

Responsabilidades y Derechos del ejercicio ciudadano

XXIII Reunión Plenaria del Círculo de Montevideo Buenos Aires, 11 y 12 de mayo

Responsabilidades y Derechos del ejercicio ciudadano



Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en cualquier medio, citando fuentes y con la autorización previa de la Fundación Círculo de Montevideo.

Las opiniones son de exclusiva responsabilidad de quien las suscribe y no necesariamente de la Fundación Círculo de Montevideo.

Editado y publicado por la Fundación Círculo de Montevideo.

Diseño y armado: Andrea Desalvo andrea.desalvo@gmail.com

índice

1.	Inicio de las Jornadas. Palabras de bienvenida.
	Julio María Sanguinetti, Alejandro Bulgheroni, Darío Werthein5
2.	La sociedad abierta y sus enemigos.
	Julio María Sanguinetti, Mauricio Macri, Felipe González Fernando Henrique Cardoso, Ricardo Lagos, Carlos Slim9
3.	Educación para la ciudadanía y la competitividad.
	Carlos Magariños, Alfredo Barnechea, Enrique Iglesias31
4.	La ética de las instituciones.
	Alberto Ruiz Gallardón, Natalio Botana, Rebeca Grynspan
5.	Síntesis de las jornadas.
	Palabras Gabriela Michetti.
	Alfredo Barnechea, Natalio Botana, Fernando H. Cardoso, Felipe González, Rebeca Grynspan, Enrique Iglesias, Ricardo Lagos, Carlos Magariños,
	Alberto Ruiz Gallardón, Julio María Sanguinetti, Carlos Slim, Darío Werthein67

1 - Inicio de las jornadas.Palabras de bienvenida.

> Julio M. Sanguinetti Alejandro Bulgheroni Darío Werthein

Julio María Sanguinetti

Señor Presidente de la Nación, señores colegas y amigos.

Quiero expresar unas breves palabras de introducción a lo que luego será un diálogo.

Simplemente quiero decirles que quienes aquí estamos —más Belisario, que no pudo estar con nosotros, y Leonel— llevamos ya veintiún años reuniéndonos y hablando. Nacimos bajo la consigna de Paul Valéry de que «El futuro ya no es lo que era». Y como el futuro no era ya lo que era, estamos hundidos en la perplejidad de que, luego de la caída del Muro de Berlín y el éxito de la democracia liberal y la economía de mercado—que nos llevaban aparentemente a la paz perpetua de Kant—, nos encontramos con fracturas, grietas, debates y, en los últimos años, hasta con fenómenos populistas que no solo vemos en América Latina sino que observamos también en Europa y en los Estados Unidos. Las migraciones, el terrorismo y otros elementos se han conjugado para ello.

Sobre eso es que hemos tenido que meditar, en medio de una revolución tecnológica que lo ha cambiado todo —los modos de producción, la riqueza, los medios de comunicación de la sociedad— y que ha generado una crisis de la democracia representativa, porque los mecanismos de representación van por otro lado.

De modo que ese ha sido y es nuestro tema. Y estamos aquí para intentar contribuir a que la sociedad pueda incorporarse realmente a esa civilización científica y tecnológica y, a la vez, conservar aquellos principios esenciales que hacen a la vida y a los principios básicos de la democracia, porque la libertad sigue siendo libertad, el Estado de Derecho sigue siendo la ley y la honestidad administrativa sigue siendo honestidad administrativa.

Con estas palabras comenzamos nuestras deliberaciones, diciéndole además, que en lo personal estoy muy feliz, porque después de muchos años es la primera vez que no tengo que venir aquí, a Buenos Aires, a defender la libertad de prensa.

Muchas gracias.



Alejandro Bulgheroni

Buenos días, señor presidente, señores miembros del Círculo de Montevideo y público presente.

Como miembro empresario del Círculo de Montevideo, les doy la bienvenida a esta XXIII Reunión Plenaria. Hemos adquirido –como dijo el presidente Sanguinetti– nuestra mayoría de edad. Año tras año la convocatoria se supera, y cada vez que concluye un encuentro siento –al menos desde el punto de vista de personal– que los debates generados y las ideas vertidas por todos nosotros colaboran en la consolidación del espíritu democrático de América Latina, contribuyendo a que las sociedades sean cada día más equitativas y los mercados más competitivos.

Como ya mencionáramos en otras reuniones, la competitividad es esencial para el desarrollo económico y social de los países. Los empresarios deben ser competitivos, utilizando todos los medios a su alcance. En cada instante de nuestra vida tenemos la oportunidad de ejercitar nuestros deberes y de hacer valer nuestros derechos. Estamos unidos por valores compartidos de libertad e igualdad, y el cumplimiento de ambos preceptos es fundamental a la hora de consolidar las democracias.

América Latina está creciendo en este sentido y está siendo reconocida como un actor de relieve en el debate de la gobernabilidad global. El Círculo de Montevideo, a través de sus diferentes actividades, contribuye en forma significativa a la búsqueda de respuestas de la política a los desafíos de la globalización.

Agradezco al Círculo de Montevideo por haber elegido Buenos Aires como sede para llevar a cabo esta XXIII Reunión Plenaria, ya que este es un momento muy especial e importante para la vida política es institucional de nuestro país, la República Argentina.

Les doy una vez más la bienvenida, y espero que tengan una muy buena presentación.

Gracias.

Darío Werthein

Bienvenidos todos.

Bienvenidos a Buenos Aires, Argentina, país que está resurgiendo con fuerza y cuya sociedad abriga altas expectativas de tener una nación mucho mejor. Es un orgullo ser anfitriones de la XXIII Reunión Plenaria del Círculo de Montevideo.

Quiero extender un agradecimiento muy especial al presidente Mauricio Macri, por acompañarnos en este momento crucial del país. También quiero agradecer a los expresidentes Lagos, Sanguinetti, Cardoso y González, así como a los demás miembros del Círculo de Montevideo, por venir a debatir, a escucharnos y a intercambiar ideas: ideas en regiones, ideas en personas, ideas plurales, como dijo el presidente Sanguinetti. Como ustedes saben, ellos han demostrado fehacientemente que creen en el diálogo y en la práctica democrática para transformar las sociedades. Lo que estamos viviendo hoy aquí no tiene vuelta atrás. Nos exige trabajar juntos y encauzar democráticamente este enorme potencial que tienen millones de ciudadanos.

Necesitamos debate, creatividad e innovación para poder avanzar. Queremos vivir en una sociedad mejor: más igualitaria, más justa y con más y mejores oportunidades para todos, y estoy seguro de que cada uno de los que estamos acá podemos contribuir positivamente al cambio de la vida de las personas. Entonces, construyamos todos juntos ese futuro que anhelamos.

Esta capacidad de construir tiene hoy una expresión muy potente, que pocas veces hemos visto en la historia de la humanidad, que son las nuevas tecnologías, que implican más y mejores oportunidades para todos y que pueden transformar sociedades enteras.

Estas tecnologías tienen características especiales. Nos afectan a todos pero son, por naturaleza, un fenómeno individual, y han demostrado que tienen un efecto democratizador increíble. Hay 3.000 millones de personas conectadas a Internet hoy, y cada habitante de este planeta tiene ya un celular. Pero eso solo no alcanza para generar una sociedad más igualitaria. Y

le es difícil a la política escapar de este fenómeno. Los ciudadanos reclaman ser tenidos en cuenta mucho más allá de las elecciones. Surgieron nuevas formas de participación pública, más horizontales y colaborativas, que obligan a los funcionarios a rendir cuentas diariamente. Estas nuevas formas de comunicación a través de las redes generaron movilizaciones sociales no partidarias ni organizadas, y empiezan a alterar las estructuras tradicionales de poder. Y a algunos líderes les es difícil entender y aceptar que el poder no es sinónimo de control sino de diálogo y transparencia.

Uno de los desafíos que tenemos con este cambio tecnológico es el de fortalecer las capacidades de los ciudadanos para que puedan ejercer sus derechos y el cumplimiento de sus responsabilidades con el fin de poder generar una sociedad mucho mejor.

La era digital también nos ofrece la enorme posibilidad de participar activamente en la generación de valor global. Por ejemplo, un maestro, en cualquier lugar de la Argentina, con un celular y una buena conexión a Internet puede acceder a la misma información que un profesor en el MIT, en Estados Unidos. Y esto nos da la oportunidad de capitalizar a los sectores menos favorecidos de la sociedad con educación, información, habilidades, conocimientos y, tal vez, hasta con recursos económicos, para formar personas que tengan la capacidad de participar en este nuevo mundo global.

Esta es la manera más efectiva de trabajar con los compatriotas de menores recursos, para que ellos mismos se conviertan en agentes y arquitectos del cambio de época que hoy tiene lugar. También es la manera más efectiva de trabajar para disminuir la pobreza y llegar incluso a pobreza cero. La pobreza no solo es falta de ingresos, sino también inexistencia de activos. Es ahí donde tenemos que trabajar fuertemente.

El modelo político también está cambiando hoy. El caminar por los barrios se conjuga con las redes, con los teléfonos, y hace que los ciudadanos tengan muchas más cercanías con todo lo público. Pero esto no va a hacer que desaparezca la democracia representativa, y tampoco las redes van a hacer que vayamos a una democracia directa. Sin embargo, ninguna de estas estrategias puede reemplazar el esfuerzo del trabajo, el

respeto por las instituciones, los sueños y el construir con otros.

Mi padre, en un momento difícil, me dijo algo que me hizo pensar hacia el futuro: «Nos puede ir bien o nos puede ir mal. Lo que nadie nos puede quitar son estos dos brazos para poder trabajar».

Muchísimas gracias a todos ustedes.

2 - La sociedad abierta y sus enemigos.

Julio M. Sanguinetti Mauricio Macri Felipe González Fernando H. Cardoso Ricardo Lagos Carlos Slim

Julio María Sanguinetti

El nuevo presidente es un hombre diálogo. Por tanto, comencemos a dialogar.

Argentina tiene hoy una posición internacional que ha disipado los nubarrones y tormentas que la rodeaban hasta hace muy poco tiempo. Coméntenos, presidente, cómo está viendo ese mundo, ese escenario de Estados Unidos, Europa y nuestra América, acerca de la cual pensábamos que íbamos a tener una democracia apacible y, sin embargo, estamos viviendo una tragedia en Venezuela.

Nos gustaría conocer sus impresiones luego de estos meses de gobierno.

Mauricio Macri

Buenos días a todos.

Agradezco al Círculo de Montevideo por invitarme a compartir con cuatro maestros —los más jóvenes dirían «cuatro capos»—, porque ellos ya gobernaron, lo hicieron acertadamente e hicieron mucho bien a sus sociedades. Yo, particularmente, aprendí mucho de ellos.

El mundo siempre nos sorprende. Decías, Julio, que ustedes se reunieron porque el mundo y el futuro estaban cambiando; pero como cada vez cambian más, estamos ante un maravilloso desafío. Y las cosas que eran malas o que significaban desventajas hoy pueden llegar a ser ventajas. Por ejemplo, estar lejos del centro del mundo hoy parece una ventaja, y antes era al revés. Argentina estaba desfasada del mundo. Chile, Uruguay, Paraguay y todos estábamos en el otro mundo, y ahora este otro mundo es lo que se presenta casi como la única región de paz. Puede ofrecer algo tan valioso como esto: no tenemos profundos conflictos culturales ni religiosos ni históricos. Cuando uno piensa, por ejemplo, lo cerca que estuvimos de una guerra con Chile hace algunas décadas, y observa la relación que tenemos hoy, pensando todos en integrarnos, se da cuenta de que las cosas cambiaron vertiginosamente, como cambiaron en el siglo anterior con Brasil.



Estamos frente a un mundo muy complejo: los países centrales tienen muchas más dudas que certezas, mientras que nosotros tenemos más de estas últimas. Porque como nosotros venimos atrás, hay un catch up obvio que nos da una tarea: mejorar las instituciones, mejorar las infraestructuras, mejorar los niveles de educación. Y es en la educación en donde tal vez tengamos la gran oportunidad, porque tenemos que reconocer que nos hemos quedado. Hablo de Argentina. No puede hablar de los otros países que, como se ve en las pruebas PISA, han mejorado mucho. Pero nosotros pasamos, de tener el liderazgo de la educación en América Latina, a integrar el pelotón. Ahora está todo el sistema de educación en crisis, con lo cual no es que tenemos que alcanzar a los demás, sino que tenemos que animarnos a revolucionar. Y es ahí donde todos encontramos nuestros límites, porque más allá de que hay algún grupo que se resiste -quizá por privilegiar su interés personal, su pequeño nicho de poder, ejercido a veces hasta en forma mafiosa-, la realidad es que a la mayoría le da miedo el cambio; la da miedo soltar lo conocido por algo diferente. Allí hay un debate muy profundo, pero en el que los jóvenes obligan, porque tienen otra audacia propia de la edad y propia de este aparato que ha revolucionado todo, que es el celular, y que los hace conectarse instantáneamente con los contenidos que ellos quieren.

Entonces, siento que si bien el mundo se presenta como algo muy desafiante, para nuestra región es un momento de oportunidades. No es un momento defensivo sino expansivo: seguridad alimentaria, seguridad energética, refugio de zona de paz. Creo que tenemos muchas herramientas para capitalizar este momento. Y tenemos que fortalecer realmente, en serio, las instituciones. Allí estamos desparejos. Siento que Chile tomó una ventaja en base a un trabajo serio de más de veinte años. Por su parte, Uruguay, a su manera, también, por más que están con mucha autocrítica por algunas cosas que han pasado en los últimos años. Pero Brasil y Argentina estamos, de distintas maneras, intentando fortalecerlas. Es el gran desafío, porque salir de la discrecionalidad del liderazgo unipersonal para apostar a un conjunto pensante que reafirme valores, ideas y objetivos es lo que finalmente proporciona solidez. Eso es lo que necesitamos consolidar en la Argentina.

Julio María Sanguinetti

Ricardo: ¿qué comentarios tienes al respecto?

Ricardo Lagos

En primer lugar, creo que Argentina ha sido históricamente el país en el que primero surgieron las clases medias en América Latina. Y a partir de la existencia de este país de clases medias, todos miramos su rol en la educación, como ha mencionado el presidente Macri.

El dilema hoy día es que como en buena parte del mundo —y en América Latina en particular— fueron creciendo también las clases medias y se fue dejando la pobreza atrás, esas clases medias demandan cada vez más derechos. Y las responsabilidades quedan un poco atrás. El drama es el siguiente. En un mundo más global, ¿qué ocurre con esas clases medias? ¿En qué sentido muchas de ellas se ven asustadas y perjudicadas? Hemos visto, por ejemplo, que los que apoyan esto de America first son aquellos blancos que se consideraban de clases medias y que ven que la globalización les está complicando la vida.

¿Por qué hago esta reflexión? Porque ahora, en esta Argentina de las clases medias, para sorpresa de todos –usted, presidente, se encuentra ante un reto enorme–, hay un nivel de pobreza del orden del 30 %. Entonces, esta involución de las clases medias, que sienten que su futuro va a ser distinto mañana, ¿en qué medida es consecuencia –y ustedes son los adelantados– de lo que está ocurriendo en otras partes, donde se está produciendo lo mismo?

Por lo tanto, como decía, usted se encuentra, ante un desafío enorme, porque lo van a juzgar más por su capacidad de reducir ese 30 %, que por descubrir que cuando reduzca ese porcentaje las demandas de esos sectores que dejan atrás la pobreza van a ser mayores. Y creo que en esa dicotomía está buena parte de América Latina.

Las demandas en Chile, como en el resto de nuestra América, son mayores porque hemos dejado atrás bolsones de pobreza. Y ¿cómo hacemos para crecer más rápidamente y satisfacer esas demandas? Si a esto le agregamos las nuevas tecnologías, nos encontramos con clases medias mucho más empoderadas y que exigen mucho más porque, como bien decía el presidente, saben mucho más.

Vemos entonces que tenemos acá un desafío de otra envergadura, lo que me lleva al tercer punto y final: si los latinoamericanos somos capaces de hablar con una sola voz. Estamos en un mundo en el que o somos capaces de hacerlo o no nos van a escuchar.

En ese sentido —y creo que este es un tema crucial de cara al futuro—, ¿somos capaces de poder encontrar el hilo conductor que nos permita tener una presencia? Las miradas se van a dirigir hacia usted el año próximo, cuando sea el anfitrión del Grupo de los 20, para ver en qué medida va a poder tener una voz, no solo de los millones de argentinos sino de los muchos más millones de latinoamericanos. Hay aquí un tercer elemento para incorporar en esta ecuación.

No es fácil reducir pobreza, encabezar un continente que quiere ser escuchado y, al mismo tiempo, aumentar los niveles de productividad, que es lo que está detrás de todo en sociedades cada vez más abiertas.

Ese sería, creo yo, un enfoque, a partir del rol que ustedes han jugado históricamente en esta América nuestra.

Mauricio Macri

Usted ha hecho un razonamiento muy global, muy acertado, donde plantea, por un lado, lo que vive Chile —lo hablábamos el otro día, con usted y con Felipe—, que es la revolución de las expectativas. Cuando uno empodera al individuo —que es lo que uno quiere—, ese individuo descubre que puede, que debe, que merece, y comienza toda esta cuestión de la insatisfacción. Ese es un tema realmente importante.

El otro asunto que se cruza en su razonamiento es que algunos de los que ya están en una situación de comodidad piden que se les defienda esa posición, y creen que se la garantiza con el aislamiento de su país. Yo no creo que el problema sea la globalización sino la tecnología, que revoluciona todo lo que uno conoce. Entonces, por más que uno se cierre —que Estados Unidos se cierre—, la tecnología la tiene adentro. Tendría que cerrar Silicon Valley, que es el que impulsa la inteligencia artificial, la robótica, la alimentación sintética. De ahí puede llegar a generarse que en Idaho se queden sin cosechar lo que cosechan. Entonces, creo que plantear el desafío en esos términos es equivocado.

Yendo al centro de la cuestión, creo que al final del camino estamos en este mundo para intentar ser felices. Entonces, la pregunta que deberíamos llevar permanentemente al debate es qué es lo que verdaderamente nos hace felices. ¿Saber que conservamos un derecho sin ninguna obligación, que es casi como decir un derecho sin ningún desafío? ¿Nos hace felices una vida sin desafíos, una vida sin superación?

Creo que ahí es donde tenemos que dar la discusión. Es difícil quizá plantear estas cuestiones a los jóvenes. Yo lo veo con mis hijos. Ellos no se plantean ganar en seguridades. Lo que quieren es vivir cada momento. No están pensando cómo van a ahorrar para dar el siguiente paso, por ejemplo, si quieren casarse. Es como una cosa más libre. Pero tienen que conservar, aun en esa libertad, ya no el espíritu del sacrificio sino ese esfuerzo por superarse, que es el que les va a permitir estar bien consigo mismos. Es lo que al final del día les va a asegurar tener un estado de ánimo que los movilice a la mañana siguiente, sin despertador, a salir a hacer lo que tengan que hacer porque están enganchados con su tarea.

Creo que ahí está el desafío de fondo, y me parece que lo más importante que como gobernantes tenemos que hacer —y que está en el centro de esta agenda— es lograr que la gente se comunique, que la gente se pueda relacionar. Porque en esa dinámica se producen cosas. Y hoy son las rutas, los aeropuertos, los puertos, los puentes, pero también es —por supuesto— Internet.

Ayer me fui hasta Malargüe, hasta una pequeña población en el medio de las montañas llamada Bardas Blancas, de muy pocos habitantes. Les llevamos la fibra óptica y hoy tienen Internet a la velocidad que necesiten.



Creo que son ciento cuarenta personas, y había que ver la revolución que significaba para ellos el verse conectados por primera vez con la Argentina, con el mundo, y pensar que podrán estudiar a distancia sin moverse de sus casas y sin abandonar ese lugar que tanto les gusta en el mundo. Cuando uno llega hasta allí, piensa qué cantidad de vidas hay en este mundo, porque uno no entiende por qué está ese pueblito ahí, en medio de la nada; por qué alguna vez alguien lo fundó. Pero la verdad es que es maravilloso. Y tal vez le compliquemos la vida a esa gente, porque ahora va a estar conectada y va a tener demandas que antes no tenía. Puede pasar, pero ellos querían esa conexión. Además, esto resolvió una asimetría extraña, porque a treinta kilómetros está la Estación Terrena de la Agencia Espacial Europea, que tiene una antena –una de las tres en el mundo- que está por conectar con Mercurio y con Júpiter. Sin embargo, en este pueblo no se podían conectar ni con la capital de Mendoza. Ahora se emparejaron las cosas.

Creo que el centro de la cuestión es entender de qué manera llega uno a la felicidad, y eso puede reivindicar el hecho de que hay que tener obligaciones. Sin obligaciones es difícil que haya felicidad.

Julio María Sanguinetti

Cuando nosotros empezamos con el Círculo, hace veintiún años, no estaba Google, que se generaliza recién en el 1997. Wikipedia es de 2002, y se acabaron ya todas las enciclopedias. Luego tenemos Youtube y WhatsApp, desde hace bien poco.

¿Qué opinas, Fernando Henrique?

Fernando Henrique Cardoso

En primer lugar, déjenme expresar mi gratitud al Círculo, así como al presidente Macri, por estar aquí con nosotros para que podamos charlar sobre tantas cosas importantes. Perdón por mi castellano un poco sufrido.

Yo creo que usted ha planteado un punto que es clásico. Los filósofos griegos de la polis hablaban exactamente de esto. ¿Qué corresponde al buen gobierno? La felicidad de los pueblos. Esa es realmente una cuestión importante. Ahora, ¿cómo se traduce la felicidad de los pueblos, que es algo abstracto? Los griegos hablaban sobre el tema, pero nosotros tenemos que medirlo. Y lo hacemos. Tenemos indicadores: los IDH, índices de desarrollo humano. Entonces, hay que mejorar las condiciones materiales de vida de la gente que permitan una vida satisfactoria. Eso es así, pero no es suficiente. Quien está en un pueblito lejos quiere más que eso. Se siente motivado quizá por otras cosas. Pero eso es la base. Tiene que ver, como se mencionó, con la pobreza; tiene que ver con la necesidad de convertir a los Estados nacionales en Estados que sean capaces de brindar servicios, de dar al pueblo la felicidad.

Pero hay más que eso. El presidente mencionó también que en el mundo actual estamos todos conectados, hasta cierto punto. Y, como consecuencia, la tarea de los gobernantes va más allá, porque los límites nacionales ya no son respetados por la Internet. Y la gente sabe, mira y compara con otros pueblos, y quiere tener lo que los otros tienen.

De todos modos, creo que hemos avanzado mucho en América Latina.

Permítanme una cuestión de orden personal. Sanguinetti tiene un bisabuelo, Saravia o Saraiva, que peleaba mucho en Brasil, y mi familia es de antiguos militares; con mi padre, mi abuelo y otros familiares había general, mariscal, etcétera. Casi todos vivieron en la frontera con Argentina o con Uruguay. ¿Por qué? Para encararlos como el enemigo principal. No había puentes hasta que yo llegué al poder. En realidad, había uno solo, el de Uruguayana, que vinculaba Argentina con Brasil. Y las carreteras brasileñas eran de tierra, no estaban pavimentadas, para impedir que los autos entraran. Y como los brasileños tienen una actitud de buen humor, decían: «Dejen que los argentinos lleguen; que lleguen hasta Bahía, porque ahí se mueren del dolor de barriga».

Bueno: eso ha cambiado totalmente. Si para algo sirvió el Mercosur fue para integrar el comercio, sí, pero sobre todo para integrar a las personas. Hay mucho más sentimiento de pertenencia a la región. Creo entonces que ahora tenemos una excelente oportunidad, que ya ha sido mencionada acá.

Es cierto que el mundo está cambiando con la tecnología y que la globalización va a generar por un lado algo muy positivo y, por otro, algo muy complicado. Porque aumenta la productividad, incrementa la concentración de capitales y no crea empleo. Eso todavía no nos ha alcanzado plenamente, pero nos va alcanzando de a poco. Y muchos de los países nuestros comienzan a entrar en ese sistema ya en deuda; no en deuda financiera sino en deuda de trabajo. En este momento en mi país hay 14 millones de personas paradas, en el desempleo. Sin embargo, yo creo que quizá sea el momento de revisar antiguas ideas de muchos de nosotros acá.

Enrique Iglesias está allí sentado frente a nosotros. Recuerdo que cuando él era presidente del BID y algunos de los que están aquí eran presidentes, nos dimos cuenta, frente a la cuestión de América Latina, de que las relaciones comerciales no eran suficientes. Había más dificultades y se entendía que había que organizar un espacio común. Pedimos entonces al Banco Interamericano de Desarrollo que preparara un proyecto llamado IIRSA, que hacía a la integración física, de infraestructura. Eso sí que era necesario, y más.

Gracias a lo que pasó en Estados Unidos con las decisiones del presidente Trump —no sé hasta dónde irá—, varios sitios de América Latina quedaron bastante desconcertados. Está otra vez en nosotros volver a llamarlos para que seamos una sola voz. Si no somos capaces de tener una sola voz, va a ser más difícil que podamos tener un rol en el mundo y obtener ventajas de toda esta cuestión de la transformación global.

El presidente Macri dijo –y es verdad– que aquí se ha logrado de todos modos, y eso es muy importante. Esta es una región pacífica. Ayer alguien me preguntó si yo estaba de acuerdo con la afirmación de que de los BRIC –Brasil, Rusia, India y China–, el único que no puede ser realmente grande es Brasil, porque no tiene bomba atómica.

Bueno: eso depende de qué se considere que es la felicidad. Si uno cree que la felicidad es el poder con base militar, de hecho no podrían ser felices ni Argentina ni Brasil, porque tuvimos la sabiduría —pienso yo— de decidir juntos —Argentina y Brasil— no tener la

bomba atómica. Yo era canciller, y aquí lo era Guido di Tella. Firmamos acuerdos para no hacer la bomba atómica. Técnicamente podíamos hacerla, pero eso iba a llevar a conflictos. Entonces, la contestación que di fue la siguiente: ¿Acaso Alemania tiene bomba atómica? ¿Japón la tiene? ¿Y Canadá? No la tienen. Sin embargo, ¿no están bien? ¿No están creciendo? ¿El pueblo no se siente más participante, más feliz?

Entonces yo creo que tenemos que rehacer nuestros sueños latinoamericanos en base a un entendimiento más global, incluyendo a México, que es otro punto clave de nuestra región, y para eso considero que la relación entre Brasil y Argentina puede ser muy importante, muy instrumental, porque puede ayudar a que, agregado México y la Alianza del Pacífico, podamos volver a pensar en términos de felicidad, y felicidad es dar un buen trabajo, educación, salud, y no armas.

Julio María Sanguinetti

En 1985, cuando la restauración democrática, los presidentes Alfonsín y Sarney desmovilizaron el tema atómico.

Mauricio Macri

El gran acuerdo entre Argentina y Brasil fue el de trabajar juntos en lo que a esa cuestión se refiere, y con un compromiso.

Julio María Sanguinetti

Eso fue muy importante, y enterraron aquella vieja rivalidad, aquel fantasma que estaba detrás de los ejércitos.

Fernando Henrique Cardoso

Estamos tan lejos unos de los otros, que cuando Alfonsín llegó a Brasil para asistir a la transmisión de mando del gobernador de San Pablo, Montoro, los brasileños no sabían quién era Alfonsín. Porque estábamos lejos. Un año después, Alfonsín era como un partícipe de las decisiones brasileñas: los Ministerios se juntaban, etcétera. Fue un cambio muy importante.



Entonces, respecto de los cambios, algunos se han producido y otros podemos producirlos.

Julio María Sanguinetti

Presidente González, usted que es el español más latinoamericano o el latinoamericano más español, ¿cómo es que nos está viendo?

Felipe González

No les voy a hablar de Europa.

Hubo una evolución rapidísima hacia la pérdida de relevancia, pero con algunos acontecimientos positivos, como el de Francia, que yo creo —y le pongo un poco de humor— es la primera derrota de Trump-Putin; espero que haya algunas más, pero esa alianza no.

Pero verá, presidente: mi tema era la crisis de gobernanza de la democracia representativa. Todos estamos con problemas de gobernanza en nuestros países. Todos. Hay factores externos y factores internos, pero la verdad es que nada es comparable a la tragedia de Venezuela, que es un tema que yo sé que conoce; sé que le preocupa y conozco su posición al respecto. Y es el tema que quiero traer a colación.

Yo soy de familia de vaqueros de tambo.

Fernando Henrique Cardoso

Militares y vaqueros son lo mismo.

Felipe González

Por lo que he visto –Maduro hablando con las vacas–, puede que sí.

La verdad es que me recordaba, más bien, a Calígula, que hablaba con su caballo hasta el punto de que lo convenció para ser senador.

Creo que va a ser un componente básico de la nueva Constituyente en Venezuela. Las vacas van a ser probablemente aliadas directas de Maduro. Pero, bueno, más allá de eso presidente, la tragedia crece y crece cada día. Ayer oía a Padrino preguntarse cuántos muertos tenía que haber para que acabara la violencia.

¡No tiene que haber ninguno más! ¡Que decida que no disparen más, y se acaban los muertos! Porque está en sus manos que no disparen más contra la gente que pide en la calle algo tan raro como la libertad, y algo todavía más raro como que quieren comer. Entonces, habría que decirle: ¿Usted quiere que no haya más muertos? No dispare, señor Padrino, e impida que los colectivos disparen.

Mi problema es que con la edad que tengo sigo sin resignarme. Y creo que podemos y debemos ayudar a sacar a Venezuela de este drama –no queda mucho tiempo- diciendo -con todo el respeto con que lo voy a decir- lo siguiente: «Señor Maduro: no se trata de hacer una nueva Constituyente, sino de cumplir y hacer cumplir la que tiene, que tampoco es mucho pedir. No le estamos pidiendo que haga un gran sacrificio; solo que cumpla su Constitución, la suya. Y si la cumple, respete los poderes de la Asamblea, que es una regla de juego elemental, una especie de test básico de democracia». Si se respeta la división de poderes, se respeta, por tanto, la Asamblea. Y si se respeta, hemos recorrido la mitad del camino, porque en la propia Asamblea se podría y se debería, no digo dialogar –que se convirtió en una palabra maldita gracias al mal uso que han hecho de ella durante un año- sino negociar la salida de la profunda crisis venezolana; desde la propia Asamblea, con toda la ayuda necesaria, nacional e internacional.

Segundo elemento: no es compatible hablar de democracia y tener presos políticos y gente inhabilitada por razones políticas. Al último que han inhabilitado –yo esto lo sigo cada día—, es al gobernador del estado Amazonas. Era lo que les faltaba. El estado Amazonas lleva desde el 2015 sin representación. Han anulado la representación. Y ahora parece que el gobernador está inhabilitado para 17 años. Por tanto, el estado Amazonas no tiene representación interna ni nacional. La segunda cosa evidente, entonces, es que debe dejar de haber presos políticos. Y no podemos consentir que se convierta a los presos políticos en mercancía de intercambio.

Entonces, ¿qué ocurre cuando uno choca contra una dictadura? Yo fui hace cuarenta años a Chile a intentar sacar de prisión a dos presos políticos: el gobernador del Banco Central y un senador. Por cierto, lo conseguí, pero sabía que estaba frente a una dictadura y pedía que pusieran en libertad a estos presos políticos. Pero en democracia «los derechos no se negocian, se exigen». Hay que respetarlos. No es compatible con la democracia que haya presos políticos.

Y la tercera cosa que es muy evidente que hay que decir al presidente Maduro es la siguiente: «No se invente una Constituyente. Convoque a elecciones a gobernadores, a elecciones municipales, y adelante las elecciones generales». Es decir, «devuélvale la voz al pueblo para que este decida». Porque la Constituyente —esa que inventan— no es devolverle la voz al pueblo; espero que tampoco a las vacas.

Por tanto, presidente, yo sé cuál es su posición. Pero, ¿qué me angustia? Que lo que no tenemos ya en Venezuela es tiempo. El proceso de descomposición y de destrucción es tan grande, que todos ahora tenemos que buscar ayudar en una salida. Y el último paso de la salida es ver cuáles son los mecanismos de reconciliación —lo dejo así, en el aire— para acabar con esta fractura mortífera de la sociedad venezolana.

Lo único que puedo decir es que sé que los representantes más significativos de la oposición suscribirían lo que estoy diciendo. Y me gustaría que se convenciera Maduro, que se convenciera Padrino y todos los que tienen que convencerse de la otra parte, de que Venezuela no tiene otra salida. Yo no he conocido, en 75 años que tengo de vida y 50 de vida política, un proceso de destrucción del aparato productivo, de la seguridad de un país, de las libertades, tan rápido y tan intenso como el de Venezuela, salvo que haya una guerra como la de Siria. Por tanto, es hora de rectificar. Es hora de que hagan el gesto de decir: «Busquemos entre todos una salida negociada, no impuesta por unos ni por otros».

Creo que puedo hablar, al menos, presidente, en nombre de esta especie de Senado que nadie nombró y que somos los viejos que estamos aquí, los «viejos rockeros de la política», porque todos estamos de acuerdo en lo que digo y a todos nos tendrían detrás los jefes de Estado que tomaran una iniciativa y que empujaran en esa dirección.

Mauricio Macri

Sabes, Felipe, que no puedo estar más de acuerdo con todo lo que has expresado. Lo empecé a decir como alcalde, como jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, cuando comenzaron los problemas con Antonio Ledezma, que era mi colega en la ciudad de Caracas, donde era intendente.

Felipe González

Sigue siendo alcalde.

Mauricio Macri

Así es.

Después siguieron con Leopoldo López.

Lilian Tintori estuvo en todos nuestros actos de campaña. Incluso estuvo en el escenario con nosotros. Yo quería mostrar a los venezolanos que estábamos con ellos. Se lo debemos. Recordemos que fue uno de los países que más argentinos recibió durante la dictadura, argentinos que tuvieron que ir al exilio. Venezuela fue un lugar que acogió a muchos compatriotas. Pero lamentablemente, sigo sin ver la salida, porque este tema de que siempre hay un escalón más al infierno, con esto de Venezuela se ha verificado. Ya hace tres años se escuchaba que peor no podían estar y, sin embargo, ¡cuánto peor están! ¡Y cuánto peor van a estar dentro de un mes y dentro de dos meses! La situación alimentaria y en el sistema de salud es catastrófica. Hoy escuchaba números acerca de enfermedades que ya en el siglo XXI se han desterrado y que sin embargo han vuelto como epidemias o pandemias en Venezuela. Así que la situación es muy, muy preocupante.



Pero también vale, para entender, mencionar la importancia de lo que pasó en la Argentina, la decisión que tomaron los argentinos. Porque no hay duda de que nosotros caminábamos en esa dirección: negando la realidad, destruyendo y combatiendo los equilibrios institucionales, la libertad de prensa —a la que se refirió Julio al principio—, etcétera. Lo que buscaban era fabricarse su propia película —que es lo que ha hecho Chávez primero y Maduro después— negando el deterioro sistemático que estábamos viviendo en la Argentina. Un ejemplo de lo que podía haber pasado en nuestro país, si continuábamos en esa política, es lo que está viviendo Santa Cruz. Se la gobernó de esa manera por más de veinte años, no por doce.

Les agradezco nuevamente esta oportunidad, y les digo que Argentina vive con mucha intensidad este momento. Todavía hay mucho debate interno y muchos miedos. Hay mucho aferrarse a que si se estaba mejor, por qué cambiar si ello significa comprometer un esfuerzo personal. Hay miedo a integrarse al mundo, y la verdad es que aislarnos del mundo nos trajo 30 % consolidado de pobreza. Por eso festejo este comienzo más dinámico de ir hacia un nuevo escalón en el Mercosur, porque el Mercosur está lleno de agujeros. Hay un aspecto político que funcionó muy bien pero que después no consolidamos, y ahora, cuando otros países del mundo quieren venir a asociarse, se van a encontrar con que ellos tienen moneda única y coordinación absoluta macroeconómica, mientras que nosotros todavía tenemos cosas para mejorar y tenemos que converger con la Alianza del Pacífico, porque necesitamos ser una unidad.

Entonces, son muchos los desafíos a encarar, pero para mí son todos retos que, si nos animamos, nos van a permitir reinventarnos, que es lo más lindo que nos puede pasar: construir una nueva vida dentro de la misma vida. Y ahí también es donde hará falta el coraje del empresariado; que no quiera defender también su rinconcito y que entienda que, si tiene capacidad emprendedora, tiene acceso a financiamiento —como hoy tiene la Argentina— y puede reequiparse, reinventarse y ampliar su oferta hacia el mundo.

Hay que tener en cuenta que tenemos dos cosas que son maravillosas: valiosísimos recursos humanos y cuantiosos recursos naturales. Lo que hay que hacer es combinarlos entre sí y con un Gobierno que facilite, que simplifique, que no ponga trabas todo el tiempo, que no esté queriendo agarrar a la gente, antes de que pueda volar, a ver qué le puede sacar. Acá necesitamos generar riqueza para poder distribuirla, y un Estado que lo haga en forma justa, que combata todo tipo de exclusión a partir de una mejor educación y un mejor acceso a la capacitación y al trabajo, que es la verdadera solución a la pobreza.

Así que ¡gracias por la invitación! Cada vez que me convoquen estos cuatro sabios, ¡yo estoy!

Julio María Sanguinetti

Simplemente quiero comentarles que proseguiremos ahora con el mismo debate, solo que entre nosotros. Como no queríamos comprometer al señor presidente, no nos metimos en muchos líos. Ahora el debate va a ser un poquito más movido.

Y el debate tiene que ver con los temas que hacen a la democracia, que hacen al impacto de la tecnología sobre la democracia representativa, y a los que de algún modo planteó el presidente acerca de la globalización y el aislamiento.

Hoy el mundo es muy curioso, porque en este momento a la señora Le Pen y el señor Trump, que se supone que son la extrema derecha, coinciden con lo que se supone que es la extrema izquierda. Y podemos agregar a los chavistas también. Son los paladines del aislamiento y del proteccionismo.

De modo que vamos a empezar con este tema que nos convoca, que es la democracia en este nuevo contexto de la revolución científica.

Comenzamos con las reflexiones de Ricardo.

Ricardo Lagos

Lo que debatimos antes con el presidente Macri tiene que ver con el tema real por el cual estamos acá reunidos: responsabilidades, deberes y derechos. Y creo que los temas confluyen en un escenario absolutamente distinto al que estábamos acostumbrados. ¿Por qué? Sobre todo por las tecnologías que, como aquí se ha dicho, nos conectan automáticamente a todos y, en consecuencia, tenemos una mayor educación, mayores medios de comunicación y una ciudadanía que se siente más empoderada porque cree saber más y sabe más porque está más educada. El tema de los derechos pasa entonces a estar en un primer plano.

Primer gran tema: cuánto de la democracia –para seguir siendo democracia– va a seguir siendo representativa, y qué grados de participación, mayores que los que hoy conocemos, vamos a tener como resultado de una ciudadanía más empoderada, más comunicada y que dice: «Perdón, señor, escúcheme: tengo algo que decirle». En consecuencia, el solo acto de votar no es suficiente.

Esto plantea un desafío muy complejo y muy difícil. Creo que las instituciones políticas que van a permitir mayores grados de participación están todavía por crearse, si queremos preservar una democracia que sigue siendo representativa porque de otra manera no podemos funcionar. Funcionar a fuerza de plebiscitos es buen camino para el populismo ramplón.

Entonces, cuánta participación y qué instituciones constituyen el primer gran tema.

El segundo es que esta cuestión se vincula con un proceso globalizador que está aquí para quedarse pero que –reconozcámoslo– ha significado, tanto en el mundo más desarrollado como en el mundo que va creciendo, como el nuestro, en América Latina, niveles de desigualdad que iban disminuyendo y que han vuelto a crecer. El peso del sector financiero al interior de nuestras economías ha crecido enormemente. En Estados Unidos el sector financiero era un 10 % del producto de esa nación a comienzos de los 80, y ahora es un 20 % o 25 %. Si uno toma esas cifras, observa que son casi calcadas de las de un paisito del porte de Chile. Treinta años atrás era un 10 % y ahora es un 20 % o 25 %.

En consecuencia, este fenómeno del sector financiero, la desregulación de los mercados y la crisis de 2008 nos colocan en un cuadro distinto. Y aquí, en-

tonces, esa ciudadanía empoderada siente que esta globalización hace crecer mucho pero que ese crecimiento no le llega. Y viene entonces la demanda: la demanda que ustedes ven en los que votaron ayer por Trump en Estados Unidos; la demanda que encarna la señora Le Pen en la reciente elección en Francia. Ahí tenemos un tema creciente y complejo. Por lo tanto, la pregunta es qué medidas de política económica se toman para disminuir esa brecha que se va agrandando producto de la globalización.

Y el tercer tema es en qué medida, desde el punto de vista ya de América Latina, podemos incidir. Creo que eso tiene mucho que ver con si somos capaces o no, como recién se señalaba, de hablar con una sola voz. Me parece que se puede decir ahora que el desafío que tiene Argentina, por el hecho de ser la sede del G20 a partir de enero y teniendo en cuenta que a mitad de año llegan todos los jefes de Estado de ese grupo a Buenos Aires, es el de saber si está en condiciones, previa coordinación adecuada con Brasil y México, de decir que habla en nombre de América Latina.

Claro: hay una frase de Charles de Gaulle –ayer la recordé porque apareció en un periódico—, que sostenía que la grandeza de Francia estaba por ser una voz fuerte en la Unión Europea. O sea, Europa era –decía Charles de Gaulle— el elemento que iba a permitirle a Francia recuperar su inserción en el espacio internacional de ayer. Aquí, yo diría que América Latina tendría que ser capaz de hacer algo similar en el mundo de distintos poderes, ya sea en Estados continente –Estados Unidos, China, India, clarísimo— o en regiones que hablan al unísono, como la Unión Europea si es capaz de superar esta crisis. Y ahí tenemos mucho que hacer.

Creo que para enfrentar al interior de nuestra sociedad los problemas a los que me he referido, el entorno internacional pasa a ser determinante, y entonces, la capacidad que tengamos nosotros acá es esencial para poder avanzar. En caso contrario, considero que nos vamos a encontrar en medio del torbellino de las nuevas tecnologías, del proceso globalizador y del mayor nivel de demandas. Porque en ese mundo solo hay derechos, derechos y más derechos; no hay deberes ni responsabilidades. Pero sabemos que ambos elementos son indispensables. Ahora, esto implica, por supuesto, una



conducción política clara, y cuando hay que decir que no porque no se puede, hay que hacerlo. A veces me doy cuenta de que muchos de nuestros gobernantes están inclinados a seguir en el «dolce far niente» y no decir que no.

Estos son los temas más complejos y difíciles que creo tenemos en este momento: demandas crecientes, incapacidad de establecer las prioridades, y la necesidad de un Estado que sea fuerte pero sin la grasa — como le gusta decir a Felipe González—; un Estado que sea eficiente. No de casualidad Macron ha sido capaz de decir en cuántas decenas y cientos de miles va a reducir el Estado francés, pero lo quiere hacer más fuerte para poder restablecer ciertos equilibrios. Acá tenemos que prestar mucha atención a qué rol queremos que juegue el Estado para poder restablecer equilibrios que el mundo global le ha hecho perder.

Creo, entonces, que los desafíos son claros y que las respuestas son nítidas.

Hay otras, como las que tienen que ver con cuáles son las instituciones políticas a las cuales me refería, que podemos empezar a hilvanar entre todos. Y paso aquí un aviso comercial: el cómo se aprende a escuchar a la gente y el cómo lo que se escucha se plasma en políticas que le den sentido, son la clave del mundo del futuro. Y en lo que a ello respecta, la utilización de las nuevas tecnologías como forma de gobernar me parece indispensable.

En sus ocho años de presidencia, Obama estableció un sitio en la red: presidenciadelarepublica.com. Y cuando más de cien mil americanos estaban de acuerdo con una propuesta o con alguna idea de un ciudadano, el presidente estaba obligado a responder a esas cien mil personas que pensaban igual respecto de determinado punto. Es decir, trató de crear una entidad en la cual pudiera establecer esta relación directa. Y creo que aquí está la clave de cómo poder llevar adelante un gobierno democrático a futuro: un gobierno que sea capaz de escuchar pero también de explicar y de dar respuesta a la demanda ciudadana.

Este es un desafío enorme de cara al futuro, y me parece que hablar de derechos y responsabilidades, que es el tema que nos convoca, es entrar en asuntos que tienen que ver con cómo recuperamos la legitimidad de nuestras instituciones democráticas -última reflexión que hago-, que está en cuestión. Están en cuestión los partidos políticos. Están en cuestión los Parlamentos. Está en cuestión buena parte de esta mélange que hay en contra de lo que se llaman las elites. Y creo que esta reacción obliga a establecer una conexión distinta: cómo somos capaces de ampliar nuestra capacidad de escuchar, de dar las respuestas adecuadas y de recuperar la legitimidad de las instituciones. Yo sé que no es posible gobernar «a punta de tuit» como algunos creen que se puede; que es imposible explicar en 120 caracteres cosas que son mucho más complejas, pero hay que buscar una forma de recibir y de dar la imagen de que se escuchó y de que ese escuchar significa respuestas políticas.

Considero que este es el gran desafío que tenemos. Además, a veces no entendemos adecuadamente esas demandas que nos llegan. Entonces, hay que distinguir las demandas que traen sustancia, que exigen ser escuchadas, y tener los dirigentes la capacidad de darles respuesta. En esa capacidad se va a jugar buena parte del futuro.

Creo que este tipo de debates es esencial para poder avanzar.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

La democracia, que tiene enemigos afuera, también los tiene adentro. Y yo creo que Brasil es un caso típico del daño institucional y del daño social que puede hacer el fenómeno de la corrupción; de cómo puede impactar en la credibilidad y en la confianza, que son imprescindibles para la institucionalidad democrática.

Me gustaría que el presidente Cardoso nos dejara sus impresiones sobre el panorama que ve.

Fernando Henrique Cardoso

Para empezar, creo que en el caso brasileño la corrupción tiene algo de naturaleza distinta de lo que siempre se ha denominado así.

La corrupción siempre existió -eso es así-, pero existió como una desviación de una conducta personal; a veces con apoyo de algún grupo, a veces -en generalorganizada fuera del Estado, con algún roce con este. Pero no se trata de eso en el Brasil actual. En el Brasil de hoy día se dio un fenómeno más complicado -quizá no sea el único país; tal vez México pueda decir algo al respecto también-: una especie de organización de la corrupción, con las bendiciones del Gobierno, con el propósito de financiar partidos y de sostener a la fuerza política de una manera más o menos organizada y con una gran aceptación por parte de los grupos económicos, especialmente de algunos que se dedicaban a contratos con el Gobierno. Entonces, se creó un sistema de corrupción. Esto se puso de manifiesto cuando comenzó el escándalo denominado mensalao, en el primer Gobierno del presidente Lula, en el cual se acusaba al Gobierno de haber dado dinero para que algunos diputados lo apoyaran. No era una corrupción por ambiciones personales de lucro, sino con propósitos políticos. Había lucro de parte de los que recibían y complicidad de los que daban, pero en aras de algo político. Y se fue profundizando. Ahora hay un segundo escándalo, el denominado Petrolao -porque alcanzó a la Petrobras-, y este ya fue mucho más amplio y tuvo la reacción de los fiscales de la república. Lo que sucede es que se descubrió que no solamente en Petrobras sino también en varios sectores del Estado, alcanzando a muchos sectores económicos, había una especie de comunión de interés de sustentación, unos en el Gobierno, otros en sus negocios y, por ende, los que estaban involucrados por razones políticas terminaron también por llevar plata en sus bolsillos.

Fue un fenómeno muy grave, muy complejo. Llamamos la atención sobre esto que ha sucedido para enlazar este diálogo con lo que dijo Ricardo.

La gente no se dio cuenta –me refiero a los políticos– de que la fiscalía también ha cambiado mucho en función de los cambios tecnológicos y de los cambios de mentalidad. Se creó también la idea de que hay independencia entre sectores del Estado. La Policía Federal, la Fiscalía, los jueces, no funcionan más, como lo hacían antiguamente, como parte de un sistema de poder, sino que responden a ciertos valores de la democracia y de la Constitución y, como tienen instrumentos de información, entendieron que era necesario, útil, poner a disposición de los ciudadanos la información que ellos tenían. Y utilizaron los medios para eso.

Así que lo que se ve en Brasil hoy es una pugna entre, por un lado, las fiscalías, la Justicia y los medios, y, por otro, los políticos que estaban interesados en el mantenimiento de las formas tradicionales de sustentación del Gobierno. Y estos fiscales se han globalizado. Ellos tienen contacto con los fiscales de Suiza, de Estados Unidos o de donde sea. Crearon una red.

Entonces, en el fondo, es el mismo proceso de innovación tecnológica el que permitió que hubiera un avance desde el punto de vista de las técnicas de investigación y una participación más amplia de la ciudadanía, que trató de informarse sobre lo que estaba pasando. Ese es el meollo de la cuestión. Y con eso se fueron destrozando las fuerzas partidarias tradicionales, todas. Todos los partidos han sido más o menos alcanzados por este mismo sistema.

Y la verdad es que detrás de todo esto -si me permiten algo más de tiempo- hay también un proceso sociológico. Nosotros nos formamos la idea de partido en el siglo XIX. Antes había pequeños grupos oligárquicos que manejaban la política. Cuando se forman los partidos -o sea, organizaciones que tienen miembros y una burocracia, y que intentan representar intereses-, hay una sociedad estructurada y, grosso modo, esos intentos de proyecto político corresponden a sectores estructurados de la sociedad: están los aristócratas, los burgueses, las clases medias, los trabajadores. Hay ahí una sustentación real en la sociedad. Pero el mismo movimiento de transformación tecnológica desorganizó a esta sociedad, porque la movilidad social es mucho más fuerte, porque las nuevas carreras existen, porque la gente prefiere tener una ocupación antes que una profesión, porque cambian de ocupación, etcétera. Es



decir que la sociedad se fragmentó. Y se fragmentaron los partidos, pero no hay una correspondencia entre la fragmentación de los partidos y la fragmentación de la sociedad.

Entonces, ¿qué es lo que puede juntar, lo que puede reunir, o todo lo contrario? Es el mensaje. ¿Cómo se explica Trump? Trump destrozó al Partido Demócrata, al Partido Republicano y a todo el establishment americano porque lanzó un mensaje regresivo -a mi modo de ver-, tendiente a volver al pasado. Entonces, les echa la culpa a los mexicanos, a los puertorriqueños, al desplazamiento de industrias. La gente no se da cuenta de que ahí hay una cuestión tecnológica, pero encuentra a su enemigo. En Francia, con la Le Pen sucede lo mismo. En Inglaterra, ocurre lo del Brexit. Pero, en el fondo, las reacciones de ese tipo tienen que ver con las transformaciones del sistema productivo, con que la gente hoy está desagregada y con que los partidos no son más conductores de la voluntad del ciudadano; entonces, quien es capaz de enviar un mensaje para bien o para mal, tiene ventaja.

Esa es una verdad y un riesgo. ¿Por qué? Porque alguien como Trump puede lograr captar un sentimiento momentáneo y entrar al Gobierno. Eso puede pasar en cualquier parte. Eso puede pasar en Brasil, porque los partidos tradicionales ya no corresponden a la sociedad actual. No se dieron cuenta de los cambios, y muchas veces no saben siquiera utilizar los medios de comunicación contemporáneos para poder llegar a la gente.

La corrupción, entonces, debe ser encarada desde ese ángulo más amplio, lo cual no disminuye la negatividad de su proceso, pero es un momento en el cual los partidos no tienen más la capacidad de conducir el voto, de conducir a las personas. Entonces, de pronto, los que tienen la capacidad de hablar —y pueden hacerlo en cualquier dirección— tienen una posibilidad, como la tuvieron en Italia en cierto momento. Y no necesariamente será hacia la derecha; puede ser hacia la izquierda. Los que hablan, aun cuando estén involucrados en la corrupción, siguen manteniendo su prestigio popular porque son capaces de utilizar los instrumen-

tos verbales para agregar lo que está completamente desagregado.

Esa es la situación de nuestra democracia –no sé si se puede calificarla así–, de nuestra libertad desorganizada.

Julio María Sanguinetti

Ingeniero Slim: usted ha estado reflexionando en los últimos tiempos sobre la tecnología, la educación, la producción, la democracia.

Carlos Slim

Creo que es claro, como lo señalan el presidente Lagos y el presidente Cardoso, que la democracia ya no es solamente representativa sino que también es participativa. La ciudadanía cada vez participa más. La sociedad civil está asumiendo, formal o informalmente, muchas actividades que inclusive a veces chocan con lo que está pasando. Y es una sociedad civil mucho más informada y con una conectividad enorme, que ya no está limitada a los clásicos medios de comunicación —que siguen teniendo influencia, como la prensa, el círculo rojo, la televisión o la radio—, porque cuenta además con una información que es inmediata.

Por otro lado, las instituciones se han vuelto más importantes todavía. Ya no basta con la división de poderes tradicional; ahora se necesita también instituciones sólidas, importantes, firmes, autónomas, con la independencia que señalaba el presidente Cardoso—sobre todo fiscalías y auditorías—, ante la tentación que han tenido ejecutivos en todo el mundo de usar recursos para fines electorales, para imágenes personales, para promoción clientelar y otros efectos en los que se desvían esos recursos de manera irregular.

Creo que esos son algunos de los nuevos paradigmas que están formándose en esta nueva civilización. Pero, por otro lado, esta tecnología exponencial, que cambia muy aceleradamente –sobre todo lo ha hecho en los últimos veinte años–, ha provocado muchos cambios que no se han conducido y que tienen a la sociedad cansada, por no decir que hay un hartazgo social en casi todo el mundo, lo que está provocando muchos problemas.

Quizá uno de los elementos más importantes de este hartazgo social está ligado al miedo, a la falta de esperanza, al pensamiento -a diferencia de lo que ha sido histórico- de que el futuro no va a ser mejor. Hay una incertidumbre que está creando un problema muy delicado, porque no es que se estén cambiando las características de la sociedad, del empleo, de cómo se hace el comercio o se lleva adelante la educación, sino que está teniendo lugar una transformación, una revolución muy acelerada, muy rápida, en la que, como ya se ha dicho varias veces, la mayor escuela del mundo no tiene salones de clase, el mayor transportista no tiene coches propios, el mayor hotelero no tiene cuartos de hotel, y el mayor comercio no tiene tiendas. Es una transformación, una revolución. La transformación es muy rápida y está provocando problemas, de tal manera que se vaticina que tal o cual cosa va a desaparecer; hay empresas, por ejemplo, que se ha reducido enormemente. En Estados Unidos, las firmas que no han desaparecido han cerrado tiendas, y las que no lo han hecho están en proceso de hacerlo. Los tamaños se están minimizando, y en el camino se quedan sin empleo millones de personas.

Entonces, creo yo que los dos grandes retos de la nueva civilización son la educación y la capacitación; es decir, hacer que existan las mismas oportunidades de capacitación y de conocimiento para todos. Afortunadamente, la tecnología lo permite. Esta no es ahora una brecha, no es un problema entre los países desarrollados y los que están en vías de desarrollo. Es un puente, una forma rápida de acceder al conocimiento. Eso es algo muy importante: acceso al conocimiento, a la educación, a las oportunidades de estudiar. Antes había una brecha entre los que podían concurrir a las grandes Universidades y los que no. Hoy todos lo pueden hacer, así estén en las sierras, aislados, a través de la tecnología. Esa es una gran oportunidad que hay que aprovechar.

Por otro lado, está la cuestión del empleo. Allí es donde más se va a sufrir, donde más se está sufriendo. Los niveles de desempleo en los jóvenes son muy altos. En la población en general, también lo son. Pero más allá del empleo, está el miedo al desempleo, el miedo a que la actividad o la profesión se vuelvan obsoletas rápidamente, y esa es una de las cosas que hay que resolver.

Creo que la gran noticia, la gran ventaja de esta nueva civilización, de esta nueva tecnología, de esta sociedad del conocimiento digital o como se le quiera llamar, es que crece exponencialmente, a diferencia de la lentitud con la que se desarrolló la agrícola, en diez mil años, o la industrial, en doscientos. Esta está muy acelerada. La gran ventaja es que esta civilización se sustenta en el bienestar de los demás. No es una sociedad de clases; no es una sociedad de poderes monolíticos. Es una sociedad abierta, de poderes cada vez más divididos, en la que cada vez es más importante la sociedad civil, la inversión privada, etcétera. El Estado va a ser cada vez menos fuerte. Aquel Estado que antes era monolítico, que juntaba poderes religiosos, económicos, militares y políticos, hoy tiene esos poderes divididos. La democracia es participativa, inclusiva; hay diversidad, pluralidad y libertad, como lo más importante. La libertad y la creatividad son las que están dando lo exponencial a esta nueva civilización, por lo que se mueve tan rápidamente.

Esta sociedad se sustenta en el bienestar de todos. Antes era importante que hubiera esclavos. Había división de clases. La sociedad agrícola se sustentaba en la esclavitud y en la explotación del hombre por el hombre. Lo importante era que las personas trabajaran mucho y consumieran poco. Hoy no. Como es una sociedad del conocimiento —ya no del trabajo físico—, se necesita que toda la población esté preparada, que conozca, que tenga algún entrenamiento, algún conocimiento. Por consiguiente, es muy importante mantener a la gente informada, a diferencia de antes en que lo importante era mantenerla en la ignorancia. Ahora hay que mantenerla informada, estudiando, preparada y capacitada.

Hay una diferencia, entonces, de ciento ochenta grados. La gente, además de estar preparada, tiene que estar incorporada a la modernidad, no solamente en el



trabajo sino también en el conocimiento. Como ha dicho Felipe muchas veces, ya no debe ser parte de la máquina sino que debe ser pastor de máquinas. Y además de tener preparación, necesita incorporarse al mercado, a la economía. Ya no es conveniente que esté en el autoconsumo. Lo que antes era una cuestión de justicia social y ética, ahora es una necesidad económica.

Entonces creo que también, cuando se habla de igualdad o de desigualdad, es importante reducir brechas, pero más aún: saber a partir de dónde hablamos de igualdad. Lo que necesitamos es buscar que haya un nivel mínimo de bienestar, ascendente. No se puede hablar de igualdad en la pobreza, de igualdad en la ignorancia. Tenemos que hablar de un nivel mínimo, creciente, rápido. Por supuesto que habrá desigualdad, porque se necesitará que haya concentración de ahorro para que pueda haber inversión en el país.

Julio María Sanguinetti

Un gran pensador italiano, Norberto Bobbio, decía que tiene que haber un mínimo ético.

Carlos Slim

Ahora es un mínimo económico, no solo ético. Es una cuestión de necesidad económica, porque tiene que haber capacidad de compra e ingreso. Y aquí insisto: lo que hay distribuir, más que el capital, es el ingreso. Lo que necesita el obrero es seguridad en su trabajo, posibilidad de ascenso, seguridad de empleo, de vivienda, de salud y de educación para sus hijos.

Ricardo Lagos

Cuando se habla de ese mínimo ético, uno recuerda esa frase de Norberto Bobbio, que dice que en toda sociedad hay un conjunto de bienes y servicios que tiene que ser igual para todos. Y es un mínimo. El habla de mínimo civilizatorio. No necesito decir que ese mínimo civilizatorio va creciendo a medida que lo hace la sociedad y, por lo tanto, ¿quién define el mínimo? Lo definen los ciudadanos. Ahora, ¿cómo se establece la relación entre el mínimo y el término?

Carlos Slim

Tiene que haber un mínimo sobre todo en salud y en oportunidades.

Ricardo Lagos

Veamos: todos nuestros países en América Latina, a comienzos del siglo XX establecieron la educación obligatoria. En Chile, por cuatro años. O sea, el mínimo civilizatorio para Chile en 1920 era que podíamos dar educación para todos, pero solo cuatro años. Después fueron seis, y luego ocho. Claro: a comienzos del 2000, llegamos a los 12.

Entonces, ese es un buen concepto de cómo se van definiendo estas cuestiones. La diferencia, cuando la sociedad se hace a imagen y semejanza del mercado, es que el mínimo lo definen los consumidores, y el tamaño del bolsillo es distinto porque el tamaño de los consumidores es distinto. En cambio, cuando ese mínimo es definido por los ciudadanos, bueno, todos tenemos un voto.

Entonces, acá hay una distinción importante entre unos y otros. Cómo definir el mínimo.

Fernando Henrique Cardoso

Es más que eso. Hay que pensar en renta mínima.

Ricardo Lagos

Bueno, en nivel. Porque ese nivel va de acuerdo al nivel per cápita o como queramos definir cuál es el nivel de riqueza de ese país y cómo lo podemos garantizar y que no sea pura demagogia.

Carlos Slim

Desgraciadamente, ese mínimo es cuantitativo y no cualitativo. La calidad de la educación desafortuna-damente es muy mala en muchos lados. Entonces, lo que hay que buscar es educación moderna y de calidad.

Fernando Henrique Cardoso

Aun así, como no habrá empleo, ¿qué se va a hacer? Los suizos votaron recién en contra de una renta mínima. Yo estaba en el Senado de Brasil cuando hubo una proposición de una renta mínima. Voté a favor, pero no creía que fuera posible que hubiera condiciones financieras. Pero considero que si continuamos en el camino en el que estamos, habrá que pensar en eso: en cómo dar una renta mínima a todos los ciudadanos porque no habrá empleo.

Carlos Slim

Lo ideal sería que no fuera necesario tener que dar la renta mínima.

Fernando Henrique Cardoso

Sería lo ideal, sí, pero es difícil.

Carlos Slim

Es el salario mínimo.

Fernando Henrique Cardoso

El salario mínimo es para el empleado. El asunto es los que no van a tener empleo.

Carlos Slim

De acuerdo.

Felipe González

Salario mínimo y renta mínima no es lo mismo. Pero, bueno, hace como catorce o quince años, me pidieron que hiciera un análisis de la situación, de cómo estaba el mundo, la globalización, etcétera. A lo mejor Enrique Iglesias se acuerda.

Fernando Henrique Cardoso

Porque es el mayor de todos nosotros.

Felipe González

Porque tiene buena memoria y porque estaba.

Se me ocurrió entonces hacer un análisis de la situación del mundo por estados de ánimo en las distintas regiones. Fíjense ustedes: una cosa es hacer un análisis con los datos, y otra hacerlo con los estados de ánimo.

Cuando hablamos de la crisis de gobernanza de la democracia representativa, tenemos que pensar que esa crisis solo se da en los lugares del mundo donde existe democracia representativa: este continente, Europa, Australia. Es decir que hablamos de una parte muy pequeña de la humanidad.

Con los estados de ánimo ocurre lo mismo. En cualquier foro en el que uno está en Europa, hay absoluta convicción —lo expresan de una manera o de otra— de que la generación de los jóvenes va a vivir peor que la de sus padres. En Estados Unidos, el triunfo de Trump también tiene que ver con eso, como se acaba de decir.

Tenemos tendencia a creer que el ombligo del mundo está donde nacemos, sobre todo si somos europeos o dependientes de la cultura europea, porque el mundo ha sido eurocéntrico durante siglos. Entonces, definimos la actuación del mundo por lo que percibimos en el estado de ánimo de ese mundo al que pertenecemos. Y no es verdad. Asia, por ejemplo, está optimista, a pesar de que hay dientes de sierra y crisis. Cuando digo que está optimista y nosotros no —que estamos relativamente pesimistas, porque estamos preocupados y no vemos el futuro—, estoy señalando que como solo China e India se acercan al 46 % de la población total del mundo, podemos decir que el estado de ánimo del 60 % de la población mundial que no somos nosotros es distinto del nuestro.

¿Sirve para algo el estado de ánimo? Pues hay que preguntárselo a los que tienen que ir a las elecciones intermedias en Argentina o en cualquier lado. Del estado de ánimo dependen muchas manifestaciones de voluntad.



Y luego, ¿realmente estamos comprendiendo el fenómeno del que hablábamos con el presidente Macri, es decir, la globalización y lo que implica? El presidente dice que lo importante o lo que más está perturbando y planteando desafíos y oportunidades es la revolución tecnológica, lo cual es absolutamente cierto. El problema es que eso que llamamos globalización -una comunicación inmediata entre los seres humanos, que es el fruto de la revolución de Internet, para entendernos- cabalga a toda velocidad sobre el caballo de la revolución tecnológica. El fenómeno de la globalización cabalga sobre ese caballo que es la revolución tecnológica. Y el galope está desestructurando a los seres humanos, que son seres históricos y que temen la velocidad del cambio. Frente a ella, se dan dos actitudes, entre las que no está la que se debiera estar. La apuntaba hace un momento Carlos; la insinúa siempre a su manera. La primera actitud es aprovecharse del miedo a la velocidad del cambio. Se vivió, pero a ritmo mucho menos acelerado, cuando comenzó la Revolución Industrial. Y el discurso del miedo es muy exitoso.

Al discurso del miedo de la gente al cambio, a perder su trabajo, a no comprender lo que pasa, a la frustración de expectativas, llamémosle discurso reaccionario; no ideológicamente, sino etimológicamente. Reaccionario. Puede ser con etiqueta de izquierda o con etiqueta de derecho. Da igual Marine Le Pen o Mélenchon, porque es la misma cosa. Es un discurso reaccionario frente al cambio. Por lo tanto, trata de demostrarle a la gente que puede protegerse del cambio. Es aquello de «produzca americano y consuma americano». O sea que aquí que no sirvan una sola Coca-Cola. O que no usen Facebook. ¡Es un disparate monumental contra la globalización, sin ninguna duda! Usted produce aquí y consume aquí. Ah, y «el vecino que consuma lo que yo produzco pero que no me venda lo que él produce». Esta frase sería el complemento de esa actitud reaccionaria. Por favor, no confundan -lo digo porque a veces me etiquetan-: no es reaccionaria ideológicamente sino etimológicamente, porque tan reaccionario es ese discurso como el de los muchachos inquietos de la extrema dura -no de la región- de España. Es algo más que regional; por eso hablo de Mélenchon.

Primera posición: reacción para intentar evitar lo inevitable, que es la revolución tecnológica.

Segunda reacción —que va muy ligada a ciertas arrogancias tecnocráticas—: la exaltación de la globalización como la solución de todos los males sin mezcla de bien alguno.

Y la única posición sensata: ¿tenemos problemas de gobernanza de nuestras sociedades? Sí. Pero lo que enfrentamos es un desafío extraordinario de gobernanza de ese proceso de globalización que se nos está yendo de las manos. Por tanto, es ahí donde tenemos que hacer un esfuerzo. Carlos se expresaba antes diciendo que había que modular el proceso, anticiparlo, gobernarlo. No nos dejemos arrastrar por ese proceso y todas sus consecuencias. Cada uno de nuestros países debería preguntarse cuáles son sus ventajas y cuáles sus inconvenientes—lo mismo deberían hacer las regiones— para insertarse dentro de ese proceso inevitable, pero que puede tener distintos ritmos, que se llama globalización. Lo comentábamos con el presidente Macri.

Argentina será la responsable del G20 a partir del 1º de enero del año próximo. Y los seis meses anteriores, la señora Merkel -que andaba por aquí estos díasestará preparando esa reunión. Hay varias visiones del G20. América Latina tiene tres países representados en él. Tiene una sobrerrepresentación, curiosa, porque no se corresponde con el PIB regional. Es decir que está más representada de lo que le corresponde. Es una buena oportunidad. Hasta ahora, en ninguna ocasión, México, Brasil y Argentina –los tres miembros– se han sentado para coordinar su posición en el G20. No digo ya que no se hayan sentado con el resto de América Latina -como sugería Ricardo hace un rato-, para presentar una posición de la región. ¿Qué significa presentar una posición de la región, coordinada? Significa el equivalente a lo que representaría solo Estados Unidos; el equivalente a lo que representaría -si tuviera una sola posición- Europa. Me refiero al número de habitantes.

Siempre hablamos acerca de si estamos en un nuevo orden mundial –hoy creo que estamos en un nuevo desorden mundial—, y teorizamos sobre el multilateralismo puro, que es teóricamente muy aceptado y prácticamente imposible de poner en práctica, y el unilateralismo, como tentación. Pero en medio, lo razonable es un regionalismo abierto, que recoja una cierta identidad de identidades con intereses comunes y que mantenga equilibrios diferentes. Porque, claro, hablar con los grandes monstruos desde la posición de Argentina y sólo representando a Argentina, no da.

Fernando Henrique Cardoso

¿Me permites, Felipe? Yo creo que ahí está el punto clave en lo que hace a la plática posible para Latinoamérica. Y se abre una oportunidad. Porque en este momento, en función de mil razones que no viene al caso discutir acá, está habiendo un desplazamiento del centro de poder en el mundo. No cabe ninguna duda de eso y todos lo saben. Hay más que la ascensión de China. Hay otra posición de Rusia. Esta se ha vuelto otra vez un actor que actuó fuertemente en Oriente Medio, en Siria. Y China y Rusia, que siempre estuvieron un poco al margen...

Felipe González

Rusia es un tigre de papel.

Fernando Henrique Cardoso

Sí, pero los chinos no lo son.

Felipe González

Los chinos no.

Fernando Henrique Cardoso

Y los chinos se están acercando.

Felipe González

Atención: el movimiento tectónico es China-Estados Unidos. Y por los próximos veinte años.

Fernando Henrique Cardoso

Así es. Y porque existe ese movimiento, China se volvió un poco a Europa, a Rusia, etcétera. Y eso abre espacio para Latinoamérica.

Felipe González

Pues, ¡claro!

Fernando Henrique Cardoso

El puente es este: como estamos en el G20, que México, Argentina y Brasil tengan una voz negociada con los demás países. Y entonces de verdad tendremos voz. Creo que hay una oportunidad nueva para replantear todos estos temas, y eso en función de ese movimiento tectónico.

Felipe González

Fernando Henrique: de América Latina hemos hablado muchas veces.

Julio María Sanguinetti

¿Me permiten un pequeño comentario?

Entre la CIA y la KGB habían armado toda una leyenda fantástica sobre el peligro militar soviético y, como consecuencia, desde la actual Rusia. Cuando se produce la apertura y va la gente del Banco Mundial y del Fondo Monetario a hacer las cuentas, no podían creer lo que pasaba. No podían creer que esa potencia fantástica tenía una economía menor que la de Brasil.

De modo que es un tigre regional muy fuerte, porque como tiene un ejército grande, los vecinos viven temerosos. Pero ya no es, en el resto, una potencia. El tema hoy es Estados Unidos - China.



Felipe González

Hemos llegado a esa cosa fantástica de que Trump se entera -o se enteró entonces- de que tenía la madre de todas las bombas desde 2003. Ah, ¿tenemos a la madre? Pues vamos a darles con la madre a estos tipos. ¿Dónde la echamos? Hombre, donde menos reacciones negativas pueda producir. Así que vamos a destruir unos túneles que pasan de Pakistán a Afganistán. La consecuencia de la «bombita» es que ya las Fuerzas Armadas de Estados Unidos les dicen: mándennos veinte mil tíos más allí, que no nos arreglamos. Sí, ¡métanse otra vez en el lío! Pero ¡era para probar la mamá de todas las bombas! Y Putin, que es el «macho alfa» de la otra parte, saca pecho de lata imperial y dice: «¡Yo tengo al padre de todas las bombas!» . Y les aseguro que la va a probar. El problema es que está pensando dónde probarla para hacer solo una demostración y no complicarse mucho la vida, porque mucho no se la quiere complicar. Lo digo en tono de broma, pero lo digo. La verdad es que no es la potencia rusa, sino la capacidad de amenaza...

Fernando Henrique Cardoso

Es la incapacidad americana de lidiar con eso.

Felipe González

Sobre todo la de Europa. Lamento decirlo, porque soy europeo. Es Europa la que no ha sido capaz de decirle a Putin que por ese camino no hay salida, y que ahora le ofrece uno.

Fernando Henrique Cardoso

Putin entró, ocupó Crimea, está en Siria.

Les voy a contar una conversación que tuve con Putin en el año 2000. Los americanos estaban entonces con la cuestión de cercar Rusia con radares, estaban con el tema de la «Guerra de las Estrellas», etcétera. Putin me dijo: «Yo no entiendo por qué. Porque nosotros no queremos pelear con los americanos. Somos los únicos que podríamos, pero no queremos. ¿Por qué no nos respetan?».

Bueno, esa es la idea rusa. Respetar, para ellos, es aceptar a Rusia como un imperio, como lo fue antes.

Felipe González

Aceptar por lo menos la zona de influencia como configuración del orden mundial.

Fernando Henrique Cardoso

Así es.

Felipe González

Lo que nos ha llevado a la Primera Guerra Mundial y a la Segunda.

Fernando Henrique Cardoso

Y los americanos y los europeos nunca lograron negociar con los rusos eso. Los han arrinconado. Ahora los rusos salen otra vez de su rincón y muestran que tienen garras. Entonces, es un problema.

Carlos Slim

La confrontación, como dice Felipe, es China-Estados Unidos, pero a Estados Unidos le conviene que Rusia no esté con China. Y ¿está de bisagra Rusia?

Felipe González

Cada uno juega en su juego.

Carlos Slim

El problema va a ser parar a Norcorea con sus armas nucleares, y lo va a hacer Estados Unidos...

Felipe González

Yo no creo que vaya a ser un gran problema. Creo que hay mucho más teatro que fondo. Pero, bueno, lo que digo es lo siguiente: cuando a Nixon le conviene avanzar en el debilitamiento de la Unión Soviética, pacta con Deng Xiaoping —de eso hace cuarenta años—,

y ayuda a la inteligencia superior del siglo XX, que ha sido precisamente Deng Xiaoping. Lo ayuda y lo saca del pozo realmente. Deng Xiaoping hace una reforma fantástica, a costa de la separación y el debilitamiento relativo de la Unión Soviética.

Ese proceso se ha agotado. Ahora China es demasiado poderosa para entendernos. Vista desde la relación con Estados Unidos, quiere aplicar la doctrina Monroe a Asia. «En el Pacífico nos entendemos», pero aquí usted ha de hacer lo que la potencia dicta. Es una cosa que Estados Unidos no puede hacer. Tiene que impulsar que se arme Japón, que haya un sistema distinto, etcétera. Pero para Trump —entre las cosas que se le ocurren— ahora el enemigo es China. Me afirmo en que es China, dice. Pero mientras tanto, lo voy a declarar el mejor de mis enemigos, para hacerlo amigo a ver si lo separo de Rusia; o a ver si a Rusia la separo —recordemos su amistad con Putin— de China.

¿Qué es lo que me preocupa? Que en la mentalidad de Trump —no digo en el proyecto porque no sé si algún día lo tuvo— el mundo es más el mundo de zonas de influencia que el mundo del unilateralismo o del multilateralismo.

Julio María Sanguinetti

Sin duda.

Felipe González

Entonces, ¿con quién quiere pactar para establecer zonas de influencia? Desprecia a Europa absolutamente. Le tiene manía a Alemania, por cierto. Y trata de ponerse de acuerdo con Rusia. Y ahora, en el intermedio, se acerca insospechadamente a China. Pero quien él siente como enemigo es China.

Fernando Henrique Cardoso

Por eso se abre un espacio para nosotros, para Latinoamérica, y hay que aprovecharlo.

Felipe González

Totalmente. ¿Por qué no ponemos esto en valor? Esta es la única región del mundo donde no existe la amenaza del terrorismo ligado a las convicciones religiosas.

Fernando Henrique Cardoso

Y eso corresponde a una acción inmediata de Brasil, Argentina y México, porque están en el G20.

Felipe González

Por supuesto.

Fernando Henrique Cardoso

Y también hay que conversar con los que no están en él. Porque hay un espacio. Estoy totalmente de acuerdo con que el movimiento tectónico está ahí. No se sabe a dónde va a llegar, pero sí que otra vez se plantea la posibilidad de una voz, de una oportunidad. Hay que hablar.

Felipe González

Hay que hablar en nombre de 500 millones.

Fernando Henrique Cardoso

Y hay que asumir el liderazgo de eso. Porque en el mundo contemporáneo, por miles de razones que no vienen el caso, hay también una personalización de las cosas. Hay que tener liderazgos que simbolicen esta voz. Eso es lo que necesitamos crear en América Latina.

Ricardo Lagos

Lo que ha ocurrido con el G20 es que América Latina, teniendo allí tres países, es un 15 %.



Felipe González

Porcentualmente, el doble de representación que Putin. Es maravilloso.

Ricardo Lagos

Lo interesante es que solo cuando se crea Naciones Unidos en 1945, de 51 Estados, de América Latina éramos prácticamente 25. Después eso disminuyó. En el mundo bipolar de la Guerra Fría, desaparecimos. Se creó el tema de los no alineados y toda esa historia. Pero si usted dice que el G20 es la respuesta donde se puede dar algo de gobernabilidad a nivel multilateral, bueno, América Latina solo será escuchada sobre la base de que México, Brasil y Argentina tengan una voz. Entonces, el que venga ahora el G20 acá, como se ha dicho, es una posibilidad de hacer una aparición en escena, y eso obliga entonces a tener una idea frente a cada uno de los temas de la agenda internacional. No es el tema de asistencia técnica. No. Es qué pensamos sobre la cuestión del cambio climático; qué opinamos en el tema migraciones, en el tema drogas, en el tema narcotráfico, en materia de seguridad. Y es ahí donde me parece que América Latina debe ser capaz de tener una posición clara y definida sobre este cuestionario internacional. Y no es difícil de lograr. Ahora, afortunadamente, el tema de entender que México tiene que estar acá es esencial. América Latina -o América del Sur- no se puede dar el lujo de regalar México a los Estados Unidos.

Fernando Henrique Cardoso

Pero ahora es el momento.

Ricardo Lagos

Exactamente: ahora es el momento.

Fernando Henrique Cardoso

América Latina, por lo menos Brasil, quedó paralizada por Chávez. El chavismo penetró fuertemente en la región y paralizó al Gobierno brasileño.

Julio María Sanguinetti

Esa es la limitación de la Unasur.

Fernando Henrique Cardoso

No podía decir que no, y no estaba de acuerdo.

Felipe González

Hay que decirle a Maduro que también van a hablar en nombre de Venezuela en el G20; que Venezuela está dentro del proyecto de América Latina.

Fernando Henrique Cardoso

Así es.

Felipe González

Cuando éramos jóvenes —aunque ustedes no lo crean hemos sido jóvenes—, nos hacía ilusión lo de los no alineados; cómo escaparse de la política de bloques. Eso fue hasta que comprendimos que los no alineados lo eran tanto que no decidían ni en sus propios asuntos.

-Esto ya no era lo que buscábamos.

Fernando Henrique Cardoso

Entonces, alineémonos ahora.

Creo que hay dos hechos importantes: por un lado, que el chavismo perdió fuerza, y por otro, que México, que estaba muy deslumbrado con Estados Unidos, ahora ve la barrera que puso Trump. Entonces, el momento es ahora. Y Argentina, que también estuvo muy influenciada por el chavismo, ya no lo está. Entonces, hay posibilidades efectivas, pero se requeriría, digamos, un cardenal de Richelieu.

Felipe González

Se requiere también mucha explicación y mucho debate. Y es el momento del debate, incluso para la recomposición de América Latina. Y un debate incluyente.

Julio María Sanguinetti

La charla nos ha ido llevando lejos y ha estado entretenida. Pero vean ustedes la paradoja de la Historia. Todas las globalizaciones —esta no es la primera— siempre han sido consecuencia de una revolución tecnológica. El Renacimiento fue la explosión científica, y el descubrimiento y el gran imperialismo español y portugués...

Felipe González

Una acotación. Todas fueron arrastradas por un cambio, que es la revolución de comunicación entre los seres humanos.

Julio María Sanguinetti

Exacto. La primera fue eso. La comandaron España y Portugal, que fueron los imperios. La segunda globalización, que fue la industrial, la comandó Inglaterra. La tercera, la posindustrial, fue la Guerra Fría, la de los que tenían el poder nuclear. Y ahora nos quejamos porque tenemos una nueva globalización que no maneja nadie. Hemos llegado a la solución final de los imperialismos, y ahora extrañamos que alguien mande.

Muchas gracias.

3 - Educación para la ciudadanía y la competitividad.

Carlos Magariños Alfredo Barnechea Enrique Iglesias

Carlos Magariños

Muchísimas gracias.

Buenos días a todos.

Quería agradecer al presidente Sanguinetti por invitarme a moderar este segundo panel del día. Más temprano hemos asistido a una muy rica e intensa conversación entre los expresidentes, con la presencia del presidente Macri prestigiando el evento.

Agradezco especialmente que me hayan invitado a trabajar sobre este tema de la educación, que es una cuestión que ha estado presente en cada una de las reuniones del Círculo de Montevideo. De una forma u otra, el Círculo siempre ha puesto el eje en la contribución que tiene que hacer la educación al progreso y a la formación de una sociedad más equitativa y más cohesionada. Por eso, el título de este panel gira en torno al concepto de la educación para la democracia, la educación para la competitividad y la educación para el desarrollo.

La verdad es que, intuitivamente, resulta muy fácil aceptar que la educación cumple un rol clave amalgamando a la sociedad y promoviendo la participación política y el desarrollo económico. El concepto tan difundido de educar al soberano se basa estrictamente en eso. Así que no hace falta dar muchos datos acerca de las contribuciones que la educación hace en ese sentido. Sin embargo, me gustaría citar apenas dos o tres números de informes producidos por las Naciones Unidas, que son muy gráficos, muy poderosos; números que muestran que personas con educación básica son 1.5 veces más proclives a elegir y a apoyar la democracia cuando están en edad de participar del proceso político, que aquellas que no tienen ningún tipo de educación.

En esos mismos estudios de Naciones Unidas, se consigna que cada año adicional de escolaridad reduce en cerca de un 5 % las probabilidades de tensiones, guerras civiles o disputas civiles en los países de menor ingreso relativo.



Se señala también que un año adicional de educación para las mujeres representa una contribución de cerca de un 25 % de ingreso adicional a lo largo de su vida laboral.

Se calcula asimismo que si los estudiantes de los países de bajos ingresos completaran por lo menos la educación primaria, unos 200 millones de personas saldrían de la pobreza.

Estos son todos números de distintos reportes de las Naciones Unidas, que sirven para remarcar la importancia que tiene la educación.

Ahora, en el panel de hoy, Enrique Iglesias —que necesita muy poca presentación— y Alfredo Barnechea —que ha sido un político peruano-van a plantearnos qué reformas, qué mejoras, qué contribuciones necesitamos del sistema educativo para fortalecer el proceso democrático, para fortalecer la capacidad de competir. Así que a mí me gustaría, en este rol de moderador, en lugar de hacer una larga presentación, plantearles a ellos determinadas reflexiones alrededor de las cuales puedan hacernos algunas contribuciones.

¿Qué decimos cuando hablamos de educar para la democracia? ¿En qué medida nuestro sistema educativo corre con alguna responsabilidad por el espectáculo de polarización partidaria que vemos alrededor de todo el mundo?

Tal vez convenga recordar brevemente que el sistema educativo actual surgió a finales del siglo XIX, cuando se estaban constituyendo los Estados nacionales y se estaban organizando los procesos democráticos, los procesos de participación política democrática. Se me ocurre citar el caso de Alemania, el caso de Italia. Es un sistema educativo que está basado en niveles sucesivos, progresivos de complejidad, relacionados con la edad de las personas y con el lugar que esas personas ocupan en la estructura social, aunque el sistema educativo tuviera el propósito de incluirlos a todos de manera igualitaria.

Este sistema educativo es portador de un sentido. Y cuando hablo de sentido me refiero a la triple dimensión del término: su fundamento, su utilidad y su finalidad.

El fundamento de este sistema educativo era, sin ninguna duda, pivotar en torno del concepto de nación. Por eso surge en el contexto de la formación de los Estados nacionales: la nación como vehículo para el futuro compartido, para la mejora de las condiciones de la sociedad.

Su utilidad era que cada persona tenía un lugar en la estructura de la sociedad, que conseguían en esa estructura de nación.

Y su finalidad era construir un futuro mejor.

Ahora bien: este sistema educativo organizado alrededor de estos conceptos y con este sentido, en los últimos 130 años ha recibido los embates del proceso de integración internacional, del proceso de globalización, que mencionaban los presidentes en la sesión de esta mañana. Ha recibido también el impacto de los reclamos de identidad nacional de las regiones de cada uno de estos países. Ha recibido el impacto de los cambios tecnológicos en términos de la contribución que ese sistema educativo puede hacer para formar ciudadanos y trabajadores competentes y competitivos.

Entonces, cabe preguntarse en qué medida este sistema educativo educa para la democracia del siglo XXI, para la democracia digital; para esa democracia que todavía tiene que construir instituciones, como nos decía el presidente Lagos esta mañana.

A veces tengo la impresión —es un impresión personal que me gustaría compartir con ustedes— de que este sistema educativo forma consumidores de democracia. El presidente Lagos me contaba acerca de cuando él desarrolló el proyecto de «Tu Constitución», en Chile. Contactaron 300.000 personas a lo largo de dos años y medio, y la mayor contribución de aquellos que planteaban temas para tratar en la Constitución chilena tenía que ver con derechos, nuevos derechos que los ciudadanos estaban pidiendo a los legisladores, a la clase política, al sistema político. ¿No será el momento de que el sistema educativo, además de formar consumidores de democracia, genere y promueva cocreadores de democracia, productores de democracia?

Esta es una de las preguntas que me gustaría hacer a nuestros panelistas. Está claro que la democracia, para muchos de nosotros, para el sistema educativo, se asocia decisivamente con elecciones. ¿No es el rol del sistema educativo plantear que la democracia es una forma de organizar la sociedad?

Estas son preguntas que seguramente muchos de ustedes se hacen y muchos de nosotros nos hacemos, pero respecto de las cuales no está claro que el sistema educativo –nuestro sistema educativo surgido en el siglo XIX– esté preparado.

¿Será necesario romper el aislamiento institucional de la escuela para penetrar en otros ámbitos? Natalio Botana mencionaba el caso del sindicalismo, de la formación de los trabajadores. ¿Necesitamos mayor interacción entre el sistema educativo y otros actores sociales para disipar esta percepción de que en la democracia compiten visiones opuestas que dirimen sus difidencias en las elecciones?

¿Será función del sistema educativo promover la idea de que en realidad la política es una forma de trabajar a través de las diferencias para generar soluciones que contribuyan a resolver los problemas sociales?

Estas son preguntas que me gustaría hacer a nuestros panelistas y sobre las que me parece que conviene reflexionar para sentar las bases de un sistema educativo moderno que disipe, que disminuya los riesgos del populismo.

En el plano de la educación para el desarrollo de la educación para la competitividad, me parece que se vuelve ineludible enfrentar una realidad que en el Círculo de Montevideo vamos viendo cómo crece de reunión en reunión de manera muy impresionante. Me refiero al impacto de las nuevas tecnologías, al cambio tecnológico, al efecto disruptivo que esto tiene en los modelos de negocios; y me gustaría agregar el impacto que tiene, más recientemente, la inteligencia artificial. Debido a que los procesos de formación son naturalmente extendidos en el tiempo, me parece que es imposible considerar el rol de la educación para la competitividad sin tomar en cuenta este efecto muy

disruptivo que tiene el surgimiento de la inteligencia artificial.

Desde 2009 hasta ahora se calcula que se han invertido casi 25.000 millones de dólares en startups y nuevos desarrollos de inteligencia artificial. Para el año 2030, las predicciones de los futuristas o futurólogos establecen que todos nosotros vamos a tener contacto con algún robot de asistencia, y que los mejores empleos, los que van a recibir más remuneración son aquellos que encuentren la forma de trabajar entre el hombre y el robot. No vamos a competir contra las máquinas. Esa es una carrera que está perdida. La carrera que tenemos por delante es cómo trabajar con ellas; cómo desarrollar una interacción entre las máquinas y los hombres que genere más empleo productivo. Hay una gran cantidad de empleos, de actividades que las máquinas realizan mejor que los hombres. Solamente podemos comprar productos producidos por seres humanos si nos gustan las imperfecciones que los seres humanos introducen en el sistema productivo. Asimismo, se generan una gran cantidad de actividades que nosotros ni siquiera sabemos que las queremos. Les pongo el ejemplo de las búsquedas en las páginas de Google. Es una tarea que el hombre no puede hacer. No puede revisar millones de páginas de Internet para encontrar aquellas cuestiones que le interesan.

Entonces, ¿cuáles son las habilidades y las contribuciones que tiene que hacer el sistema educativo para formar trabajadores con la capacidad de interactuar con esta economía dominada de manera creciente por el surgimiento de robots y por la aparición de la inteligencia artificial?

Alrededor de estos planteos radica la clave de la construcción de un sistema educativo moderno, que contribuya a reducir las tensiones políticas alrededor de este espectáculo polarizado de partidos en muchas partes del mundo, de este surgimiento o resurgimiento de las presiones populistas frente al inconformismo de los ciudadanos; y, al mismo tiempo, radica también la posibilidad de desarrollar una fuerza laboral mejor entrenada, con mayores habilidades y lista para participar de la economía global.



Así que, dicho esto y completada la introducción, me gustaría dar la palabra a Enrique Iglesias, para escuchar sus reflexiones sobre educación para la democracia y educación para la competitividad.

Muchas gracias y muy buenos días.

Enrique Iglesias

Muchas gracias.

Muchas gracias al Círculo de Montevideo. La verdad es que he tenido el privilegio de participar de las más de veinte sesiones de este congreso, lo cual no es poca cosa. Cuanto más viejo me voy haciendo, más le agradezco a la vida haber llegado, y dentro de las cosas que tengo que agradecer está, desde luego, el haber conocido a este gran presidente, que es también un gran amigo y que me dio un privilegio enorme en la vida, que es el de haberlo acompañado cuando construyó el primer Gobierno de la restauración democrática.

De manera que para mí es un placer estar aquí con él, con su señora, y con todos los buenos amigos que forman este lindo encuentro en la Argentina, que es también nuestro país.

Todo el mundo habla de educación. Yo no soy especialista en educación; soy un practicante de la economía que topó con la educación desde que se formó hasta que tuvo que actuar en la microeconomía, en la macroeconomía, en la economía nacional, en la economía internacional. El tema educativo aparece en todas partes, y se agranda, y yo creo que ese agrandamiento que evidencia tiene mucho que ver con el primer punto que vimos hoy, que los presidentes pusieron arriba de la mesa, que es el relativo al momento actual, que es un momento de un cambio espectacular en la historia de la humanidad, donde ciertamente es difícil anticipar. ¿Quién puede decir qué va a pasar dentro de tres años, ya no dentro de treinta? Siempre hubo cambios, pero ahora estos se producen con una velocidad desconocida; los cambios que están ocurriendo ahora superan todos los otros crecimientos de la humanidad en el pasado.

Se trata, además, de un momento en el que estamos experimentando el fin de la Pax Americana. Yo vengo sosteniendo que ciertamente los últimos setenta años deben haber sido los setenta años más importantes de la historia de la humanidad. En lo social, había 50 % de pobreza en el mundo y hoy hay 10 %; en lo productivo, la producción se multiplicó por tres; en lo que tiene que ver con la población, ocurrió otro tanto. Generamos, asimismo, una paz mundial. Toda mi generación, la que en 1945 celebraba en las calles de Montevideo el surgimiento de esto que se llama Naciones Unidas, soñaba que se había terminado la guerra. Y en los años 1951 y 1952 todos estábamos mirando por dónde iba a surgir el estallido de la tercera guerra mundial. No tuvo lugar. No es poca cosa. En los últimos cien años, el haber logrado eso en este período de setenta años, es un hecho a destacar. Desde ya que hay conflictos: los viejos conflictos de razas, de religiones, de nacionalismos, y los nuevos conflictos que va generando siempre la falta de inteligencia de algunos líderes.

De manera que se llega al fin de la *Pax* Americana y nace una nueva etapa. Y en esa nueva etapa, la educación es un tema central, que se vino destacando por parte de los presidentes y que ahora, la linda presentación y exposición de Carlos lo pone encima de la mesa. Es decir que estamos enfrentados al instrumento fundamental para administrar el futuro período de la historia de la humanidad, que todavía no estamos en condiciones de poder anticipar en su totalidad pero respecto del cual sabemos que la preparación para entrar en ese mundo de las nuevas generaciones es un compromiso que debemos asumir en todas las sociedades.

De los tres o cuatro puntos centrales que quisiera mencionar, lo primero que uno podría decir es que el tema de la educación es un tema de toda la sociedad. No es una cuestión exclusiva de los sectores docentes, que tienen una enorme responsabilidad. Es de la sociedad toda. Por eso es que a nosotros, en el Uruguay, nos impresionó cuando, con vistas a poder entrar en lo que podía ser una nueva forma de educar, observamos el modelo finlandés, donde es el Parlamento el que

aprueba los programas de estudio. Quiere decir que de alguna manera se compromete la sociedad a través de sus representantes en el sistema democrático a aprobar las grandes orientaciones de la gente que se va a preparar para la nueva sociedad. Porque detrás de esta preparación está la construcción de una sociedad.

Por lo tanto, lo primero de todo es señalar que la educación y la formación son un tema político, que tiene un componente fundamental de tipo docente y de tipo participativo, de lo cual hablaremos un poco más adelante. Pero es bueno reconocer que es un tema político, porque no es patrimonio de ningún sector en particular sino que en última instancia tiene que ser parte de decisiones que competen a la sociedad toda, sea a través de los organismos representativos que le da el sistema democrático, sea por medio de formas de participación de la sociedad civil, a las cuales también haré referencia más adelante.

El segundo gran tema es el que señalaba Carlos con mucha precisión: qué tenemos que preparar y para qué tenemos que preparar. Mencionaba al respecto muchas cosas importantes. El sistema productivo ha cambiado de manera espectacular. Hoy en día ya no es más la tierra, el capital y el trabajo; todo eso sí, pero sobre todo el conocimiento. El mundo del futuro avanzará enancado en la capacidad de administrar el conocimiento, la tecnología, la innovación y todas las otras cosas que vienen y que me cuesta entender, como este tema de la robotización y los problemas de la economía digital, que se convierten en un fenómeno que va a definir la capacidad de acción del sistema productivo.

Creo que también tenemos que pensar qué es lo que está pasando con la sociedad. Y hoy los presidentes señalaron muchos aspectos de esta sociedad. Está el tema de las clases medias. El 42 % de la humanidad hoy son clases medias. En América Latina ese índice es ya superior al 50 %. Nosotros, Argentina y Uruguay, hace rato que hemos pasado ese umbral y tenemos sociedades fundamentalmente de clases medias. Y esas clases medias tienen aspiraciones, se pronuncian, tienen capacidad de presentarse y presionar en la sociedad. Ven afectada su situación por los impactos de la tecnología, que anula empleos y crea otros para los

cuales es muy posible que la sociedad no esté preparada. Sufren, por supuesto, además de eso, los impactos que muchas veces genera el sistema impositivo, que se hace mucho más poderoso y vigoroso con las clases medidas que con las clases altas.

Todos estos temas están confluyendo para que tengamos una clase media enojada. La gente está enojada. Está enojada porque sus expectativas no se ven colmadas. Todos mejoraron, pero como mejoraron menos que el de arriba están enojados, y eso hace que se creen este tipo de desafecciones políticas, que son muy preocupantes y que generan estos populismos de izquierda o de derecha, simplemente por la falta de identificación de estas sociedades con el funcionamiento del sistema democrático, del cual ellos son producto privilegiado en la historia de la humanidad.

Eso genera de alguna manera todos los temas que hoy estamos viendo y que forman esa sociedad enojada, lo que se vio acelerado, además, por los temas de corrupción, que también se mencionaron hoy de mañana y que hacen que se tenga que hacer frente a esto con una nueva formación que implica generar impactos no solamente en los técnicos sino también en los políticos. Creo que la formación de los políticos comienza por incorporar en la enseñanza ciertos elementos que permitan orientar la defensa de la democracia.

Quiere decir que cambia la producción, cambia la sociedad y cambia el mundo. El mundo de hoy terminó con la Pax Americana, porque de alguna manera se terminó con el dominio de Estados Unidos en muchos aspectos. Por supuesto, sigue siendo la primera potencia mundial, pero fue la entrada del fenómeno asiático, con China e India y demás países a la cabeza, lo que crea este fenómeno importante que va a generar una nueva forma. Seguramente el tipo de Pax Americana en la que nos creamos, en la que luchamos, con todo el multilateralismo y la institucionalidad que lo ha defendido, va a tener que dejar espacio a una nueva forma de coordinar con ese mundo que crece en poder y en presencia, y generar quizá un sistema nuevo de Naciones Unidas donde tengamos una concertación de valores que nos permita vivir en paz, en progreso y en prosperidad.



Entonces, ese complejo de cosas que se van sumando nos dice que tenemos que tener un sistema educativo que reconozca estos hechos para ayudarnos a administrar el progreso, administrar la tecnología, llevar adelante los procesos de globalización y tener, al mismo tiempo, la capacidad de generar ciudadanos responsables en un mundo que ha cambiado, que se ha globalizado, y que deben entenderlo para poder moverse y hacer de eso la base de una supervivencia feliz.

Ese es el segundo punto de por qué la educación se inserta en todo este complejo de elementos que acabo de mencionar.

Hay dos puntos más. El primero es qué enseñar y el segundo cómo hacerlo. Nosotros somos un poco hijos de distintas etapas. Hemos vivido la etapa inclusiva, cuyo objetivo fundamental era que entrara el chico a la escuela o al liceo. La segunda fue la etapa gradualista, es decir, que la gente se quedara y terminara el ciclo, que no es poca cosa. En Uruguay, uno de los grandes problemas es ese: la gente que no termina la enseñanza. Bueno, ahora tendríamos que entrar en lo que se llamaría el tema de la calidad de la educación.

Yo te confieso, Ricardo, que ver 100.000 muchachos en las calles de Chile con banderas demandando calidad es un fenómeno, para mí, exótico. Nosotros salíamos a manifestar por la independencia de la Universidad y por más plata. Pero lo que ha pasado en Chile es un hecho que demuestra que la propia juventud está comenzando a entender que la calidad de la educación es algo a lo cual hay que aspirar y de la cual ellos serán los mejores y más importantes tributarios.

Ahora bien: ¿qué significa la calidad de la educación? Significa entender que hay que avanzar en campos nuevos. Hay una tendencia —que yo no entiendo pero quienes nos hablan de educación nos dicen que existe— de algunos sectores que miran con cierto menosprecio todo eso que se denomina formación humanística. Yo no. Yo creo que es muy importante que los niños sepan no solamente Matemáticas, sino también Lenguaje e Historia. Si no, van a llegar a la conclusión de que todo esto que tenemos fue dado por Dios o por la naturaleza. Para poder insertarse, deben poder co-

nocer el pasado de manera de entender el presente y lo que hemos logrado a partir de la acción de todos. Entonces, en primer lugar, debo decir que yo defiendo esa formación como un tema fundamental.

En segundo lugar, entiendo que debemos abordar la cuestión de la tecnología, dentro de la cual creo —me siento muy pobre para opinar al respecto— que todo este tema de la digitalización es la base de la globalización. Alguien decía hace poco que de algún modo le economía digital es el gran instrumento de la universalización, de la globalización. Quien maneja la economía digital está inserto en la globalización. Por tanto, este instrumento no solo es importante para administrar sistemas productivos sino incluso para incorporar a las personas en una visión global de la humanidad, que es muy importante como forma de convivir en el mundo del futuro.

Por tanto, me parece que hay ahí un frente significativo.

Y, por supuesto, tenemos que incorporar el tema de los valores. Cuando yo estaba en el liceo había una materia –no sé si existe ahora– que se llamaba Educación Cívica. Era muy importante, porque aprendíamos un poco cómo funcionaba la democracia. Bueno, yo creo que eso hay que multiplicarlo; creo que la gente debe entender cómo funciona y por qué hay que hacer lo que hay que hacer.

Me parece, por consiguiente, que en la calidad de la educación entra también el tema de los valores. Esa combinación entre el funcionamiento de las grandes humanidades y los valores es lo que de alguna manera nos puede permitir pensar que, luego, las opciones que se van a tomar van a estar basadas en este fundamento que acabo de comentar.

Respecto del tema de cómo enseñar, mi opinión es la de un lego en la materia, pero puedo aportar impresiones de la vida y del pasado.

Primero, cuando nosotros nos formamos en la escuela, allá por los, principios de los 40, éramos producto de la casa, del hogar, de la maestra, del barrio. Eran las formas a través de las cuales nos educábamos.

Hoy en día somos producto de eso, pero también de la Internet, de los problemas derivados de la digitalización y de todos los elementos que nos va dando la televisión. Entonces, ahora, las formas de llegar al niño son inmensamente importantes. Hay padres que me dicen que ellos han dispuesto que cuando se come no se mira la televisión ni se utilizan los celulares. Me parece perfecto. Ahora, cómo enseñar cuando tenemos todos este paquete de acceso a la información, creo que para la docencia debe ser un tema complicado.

Tenemos que entender entonces que la educación ya no es más el producto de la escuela, la maestra y el barrio, sino que es el producto de todo esto que se incorpora y a lo cual el niño tiene acceso. Tenemos que entenderlo así.

Ahora, dentro de todo ese esquema, considero que el tema de cómo enseñar incluye también las formas y las distintas competencias que tenemos que encontrar en la formación de los docentes, que es permanente. Esto es muy importante, como también lo es que tengan una buena remuneración y que se pueda evaluarlos. No entiendo por qué no se puede hacer de la evaluación un tema positivo. Dentro de lo que significa ayudar a formar en un mundo que cambia todos los días, ¿por qué no puede ser la evaluación algo positivo y no una cosa sancionatoria? No logro entender el porqué de esa cuestión.

Pero, en términos generales, creo que hay que aprovechar todas estas cosas nuevas que provienen de las distintas maneras de informarse. Creo que el Plan Ceibal en Uruguay fue una de esas formas: dar a cada niño una tablet, cosa que se está extiendo a todas partes.

Creo también que hay nuevas formas de acceder a la educación, nuevos instrumentos de enseñanza. Mi amigo Slim nos habla de un sistema muy importante de acceso a la enseñanza universitaria de alta calidad a través de Internet. Quiere decir que hoy es posible tener acceso a una cantidad de medios para enriquecer la enseñanza de calidad.

Estas cuatro o cinco reflexiones son, como he dicho, producto de la experiencia y no de alguna formación especial. Creo que lo que más se espera –aquello con lo que más se sueña– es que los países puedan tener un

plan nacional de educación, concertado como algo que sea producto de todas las fuerzas políticas, de la consulta con la sociedad, y que haya al respecto un cierto compromiso.

Tenemos un problema muy serio —lo mencionó el presidente Macri— con la educación. Al igual que Argentina, Uruguay estaba en la primera fila y hoy está entre el pelotón. Miramos esa situación con tristeza y no entendemos por qué nos pasó eso. Hubo momentos importantes en lo que a educación se refiere. En el segundo Gobierno de Sanguinetti, hubo avances y reformas importantes que hoy se mantienen.

Entonces, ¿por qué el sistema político, que se pone de acuerdo en muchos de estos aspectos, no puede ponerse de acuerdo en un plan? Una de las cosas que me dicen es que la educación rinde a largo plazo, y como todo el mundo está pensando en los dividendos del corto plazo, ¿para qué? Entonces, es como que no hay una presión de la urgencia del tema. Los técnicos nos hablan de esto, al igual que los maestros y los políticos, pero la capacidad de diseñar un plan de desarrollo que tenga el apoyo de las fuerzas políticas y la participación de la sociedad civil es un objetivo prioritario y fundamental si queremos incidir positivamente en lo que debe ser una sociedad moderna, más justa, más democrática, y cuyas instituciones funcionen con los valores fundamentales que queremos preservar.

Esto es todo.

Muchas gracias.

Carlos Magariños

Muy bien.

Muchas gracias, Enrique Iglesias.

Si el presidente me lo permite, quiero contar un poquito el *backstage*, la preparación de los paneles.

La verdad es que distribuimos un pequeño escrito para organizar la charla alrededor de algunas ideas, pero la sabiduría de Enrique le da esta capacidad de convertir esos papeles en un documento que tiene aho-



ra, con estos comentarios, perspectiva histórica y sólido anclaje en el presente para proyectarse en el futuro.

Ha sido muy interesante este tema que remarca Enrique Iglesias, acerca de un plan nacional de educación que cuente con el consenso de todos los actores sociales y políticos.

Enrique: muchas gracias nuevamente.

Para seguir reflexionando acerca de estos desafíos, damos la palabra ahora a Alfredo Barnechea.

Alfredo Barnechea

Yo estoy en una situación difícil, porque no soy un experto en educación sino un político, y un político que va a dar su opinión frente a tantos gurús que han hecho uso de la palabra en esta jornada.

Me preguntaba de qué iba a hablar y cómo iba a comenzar. Me acordaba, entonces, de una conversación con mi amigo Octavio Paz. No fue en su piso de México, donde lo veía siempre, sino ocasionalmente en el Palace, en Madrid. Octavio estaba solo -cosa rara, porque desde que conoció a Marie Jo en la India, a principios de los sesenta, Octavio nunca estuvo solo; siempre estuvo acompañado por su esposa-, y me invitó a que me sentara a su lado a tomar el desayuno. Me contó que estaba con muchos problemas para avanzar en un ensayo que se publicó después: un ensayo precioso sobre la India. Y en la conversación me dijo esta cosa fantástica: «Cuando no sé qué tengo que hacer, cuando no sé cómo continuar con un texto, pienso en mi infancia, y de ahí sale un torrente de imágenes, de ideas, de sensaciones, de olores, de sabores». Esta mañana pensé, entonces, que iba a volver a mi infancia.

Tengo la bendición de la provincia. Soy un provinciano, y desde que era muy niño, en el campo en el que vivía en Perú, escuché conversaciones acerca de a qué colegio iba a ir: si al jesuita de mi padre –el viejo colegio jesuita de Perú– o más bien al otro viejo colegio, al de mi abuelo y mis tíos maternos, el Colegio Recoleta, el colegio francés. Terminé el colegio muy joven, a los quince años, no porque fuese muy inteli-

gente sino porque como estábamos en el campo, me inscribieron muy rápido y muy rápido, entonces, terminé. Afortunadamente, mi madre nunca me mandó a Lima. Terminé en la provincia, y cuando fui a la Universidad, competí con los alumnos de los colegios a los que originalmente hubiera ido. Puedo decir que tuve una extraordinaria educación en la provincia, cosa que hoy día no existe ni en el Perú ni en América Latina. Competí, entonces, con otros peruanos.

Hace muy pocos años mi hijo terminó en los Estados Unidos el pregrado en Economía, y competía por los primeros títulos. A diferencia de su padre, es un muy buen estudiante. Concretamente, competía con un indonesio, con un coreano -no había ningún latinoamericano en la competencia- y con un chino, con el que mi hijo estaba exasperado. Decía que el chino era un idiota. Le pregunté por qué. Me contestó que porque cuando él se iba a acostar muy tarde, el «imbécil» ese seguía en la biblioteca, y cuando se levantaba temprano para ir a la biblioteca, el chino ya estaba ahí. Yo, que soy periodista y tengo, por tanto, una curiosidad que no tiene mi hijo -que es economista y, ahora, banquero de inversión-, me puse a averiguar quién era el chino. Era el hijo del jefe de la Inteligencia china. Así que fui a ver a mi hijo y le dije: «El imbécil eres tú, que no eres amigo de él».

Pero, ¿qué quiero decir con esto? Que la competencia cambió de ámbito. Yo competía con peruanos -estaba en una competencia nacional-; mi hijo compite con el mundo. No sé si es mejor o es peor. Es un mundo mágico, pero no sé si es mejor o es peor. La cuestión es que estamos en un mundo -como lo menciona siempre Carlos Slim- de cambio civilizatorio. Estamos en una de las tres grandes revoluciones de la historia de la humanidad, que fueron: la revolución del fuego -tomamos el fuego de los dioses-, la revolución de la electricidad y, ahora, la gran revolución del computing, de la computación. Y estamos en un mundo de la convergencia de cosas. No es ya una cosa u otra, sino la sinergia, la convergencia de cosas: la convergencia del Big Data, la revolución de los sensores, la biología sintética, la nanotecnología. Esto crea un mundo completamente nuevo y completamente incierto.

Acabo de terminar un libro muy fascinante, de Thomas Friedman, denominado «Thank you for being late». Hubo varias páginas que no logré entender del todo porque contenían explicaciones técnicas y de visitas a laboratorios, pero esencialmente esta obra se refiere al poder de las máquinas, tema que mencionaba Carlos. A mí ya me operaron con un robot. Me operaron de vesícula, y el que me operó lo hizo con un robot. No sé si funcionaba o no; yo confiaba más en el médico que en el robot de la clínica de Lima. Pero lo cierto es que me operaron con un robot. Es el poder de las máquinas, pero también -como dice Friedman-, «the power of flows», es decir, el poder de los flujos, de todo tipo de flujos. También menciona el autor «the power of one», o sea, el poder de uno: un individuo, en cualquier lugar del mundo, ya conectado a la globalización, que no es la globalización de la época de los grandes descubrimientos, ni la globalización que terminó en la Primera Guerra Mundial, sino una globalización nueva y distinta, de conectividad, donde todos estamos conectados. Ese poder de uno puede cambiar el mundo. Ese vendedor de frutas que se incendia en Túnez cambia o pudo cambiar la Primavera Árabe. Y junto con el poder de las máquinas, el poder de los flujos y el poder de uno, está «the power of many», es decir, el poder de muchos, el poder de comunidades que se pueden organizar.

Bueno, este es un mundo completamente extraño, un mundo que yo —me pasa siempre— no logro entender. Generalmente tengo problemas con mis *devices*, y son mis hijos los que logran resolverlos. No estar en el mundo digital es normal para nuestra edad. Pero se ha creado un mundo disruptivo. Ha cambiado el mundo del trabajo. Hay muchos números sobre los robots que van a reemplazar empleos formales en los Estados Unidos y en el mundo desarrollado. Ha cambiado el mundo de la representación política. Ha cambiado el mundo de la comunicación política.

Felipe mencionaba una cosa muy importante esta mañana: que todas estas revoluciones coinciden con cambios en las comunicaciones. Todos los que hemos hecho campañas políticas recientemente, sobre todo presidenciales, hemos soportado esta cosa espantosa de las redes sociales en las que cualquier imbécil puede decir cualquier cosa sobre cualquier persona inmedia-

tamente. Es el mundo de la posverdad. Es el mundo de los valores falsos, de los cuales Trump ha sido un poco la encarnación. Pero ese es el mundo en el que estamos. Crea grandes disrupciones, como las del *Brexit* y la de Trump. Macron, que para todos nosotros creo que ha sido algo así como un suspiro de alivio, es también, al mismo tiempo, una expresión de lo mismo: la expresión de la crisis de los viejos partidos, la expresión —para usar los términos del gran sociólogo que acaba de morir, Bauman— de políticas líquidas, es decir, de políticas fluidas, sin definición.

Ese es –reitero– el mundo en el que estamos. Aparentemente Macron va a ser una buena noticia. Oímos su discurso frente al Louvre –donde imita ese recorrido de Miterrand, de 1981–, discurso formal, con la bandera europea atrás. Europa es uno de los grandes proyectos de civilización del mundo. Lo de Macron es muy positivo. No sabemos qué es: si es social-liberal, si es más liberal. En fin, hay un proyecto de reducción del gasto público, proyectos de inversiones públicas, por ejemplo, en la transición digital, etcétera.

Ahora, competitividad ¿para qué? Competitividad para la gran convergencia. Hoy hablamos de China y de la India, pero como el presidente Cardoso es un gran filósofo que hemos tenido en América Latina, sabe mejor que nosotros que China e India ya eran las primeras economías del mundo cuando no había crecimiento económico y cuando lo demandaba la población. Simplemente están volviendo al papel que tenían antes de la Revolución Industrial. Esta comienza una enorme divergencia, en donde en una minoría del mundo se dispara el crecimiento económico. Eso ha vuelto a cambiar y estamos en busca de una convergencia. Se ha hablado de que hacia 2030 o más o menos en esa década, se va a producir una convergencia entre las economías desarrolladas y las economías emergentes. Bueno, ¿cómo creamos un sistema educativo y una competitividad para esto? Este es el gran tema de fondo.

Antes de terminar, déjenme contarles con lo que me encontré cuando fui candidato presidencial. Hice una campaña muy breve, de diez semanas y media, con un partido que estaba en declive, sin recursos. Prohibí los aportes de los congresistas a las campañas electorales —estoy muy orgulloso de eso—, con el argumento de



Solón, en Grecia, de que lo que se busca es que no solamente los ricos puedan entrar al servicio público sino también los pobres. Estoy muy orgulloso de eso pero, claro, si hubiera aceptado las contribuciones, hubiera tenido un presupuesto que no tuve y hubiera podido ser presidente ahora. Pero, bueno, ¿qué me encontré en la educación? Me encontré lo siguiente: en primer lugar, ruinas de edificios públicos, de colegios así como de hospitales -en el tema salud- no terminados por problemas de corrupción; en segundo lugar, me encontré con que de acuerdo con los estándares PISA -y no solamente estos sino todos los tests que nosotros hacemos-, 8 o 9 de 10 estudiantes salen de la secundaria, en Perú -no de la primaria-, sin saber hacer operaciones matemáticas elementales y sin entender textos. Me encontré también con una mafia de sindicatos que, con los fondos públicos fiscales que se les distribuyen, tienen una suerte de banco -compran hoteles y negocios-, pero que son un obstáculo para todas las cosas, para todo lo que signifique evaluaciones -se refería a ellas Enrique-, que son algo completamente normal. Me encontré entonces una educación en ruinas.

Bueno, ¿qué tenemos que hacer? Con esto termino. ¿Qué creo que tenemos que hacer? ¿Qué hubiera querido hacer yo? Con mi hijo mayor, que hoy tiene 28 años y que en agosto comienza su maestría, ya no puedo actuar. Lo habré hecho bien o lo habré hecho mal, pero ya no puedo actuar sobre él. Pero sí puedo hacer algo por un niño. Entonces, primero tenemos que volver a fortalecer la educación pública, que colapsó en América Latina. Y ¿cómo restablecemos esa educación pública de calidad? ¿Cómo restablecemos la primaria? ¿Cómo restablecemos esa educación pública de los últimos treinta o cuarenta años, esa educación pública sobre la que tú, Enrique, me contabas que estabas tan orgulloso? ¿Cómo restablecemos esa educación laica? Enrique, como buen católico, iba a estudiar con su virgencita; quizá ya te olvidaste que me contaste que la profesora se la guardó, te dijo que era muy bonita, pero fuera del colegio. Hay un gran historiador que ha dicho -no hay que olvidarlo- que Francia, que el Liceo Francés convirtió a los campesinos que vivían en un lugar llamado Francia en ciudadanos franceses. Es decir, cómo reconstruimos el liceo básico, la educación primaria básica. Primera cuestión.

Segundo: ¿cómo logramos una conectividad con el mundo? En base a una estructura y a una plataforma; teniendo un mapa nacional de fibra óptica a través del cual yo pueda permitir que esos colegios accedan a la educación *online* que ya existen en el mundo. Carlos ha hecho una labor muy meritoria con la Khan Academy, por ejemplo, pero hay centenares o miles de plataformas de educación *online* que hoy están disponibles en el mundo. En consecuencia, instalando esa estructura de conectividad estamos vinculando al país a ese mundo internacional en movimiento, para lograr esa convergencia y esa competitividad.

En tercer lugar, ¿cómo nos conectamos a la punta de la tecnología? Esta fue una de las cosas más emocionantes de mi campaña, por la que los jóvenes salieron a apoyarme y casi todos los grandes científicos en el exterior también comenzaron a hacerlo. Fue muy estimulante para mí el apoyo de profesores peruanos de Biomedicina en Harvard, o de profesores peruanos de Biología Molecular en Berkeley Hay miles de peruanos en el extranjero, y a mí se me ocurrió pensar cómo podíamos establecer una suerte de red, como tienen los irlandeses o los israelíes, para que toda esa diáspora científica de nivel mundial esté conectada al sistema educativo peruano.

Termino expresando, simplemente, que la búsqueda de esa gran convergencia tiene que ver con un tema que ha estado rozando acá, en las conversaciones: educación sí, educación para la competitividad. ¿Qué es la competitividad? La competitividad es saber que no podemos ser eternamente países productores de materias primas. Comentábamos con Enrique que las materias primas son, siempre, una bendición y una maldición: pueden producir Nigeria, y también pueden producir Noruega.

Pero, ¿cómo hacemos para transformar? Hay una idea muy brillante que expuso el presidente Lagos en el Foro Iberoamericano de Río, que lamentablemente no hemos continuado. Él dijo: ¿Cómo hacemos para crear un MIT del cobre, para que nosotros podamos ponerle valor agregado? Recuerdo que un brasileño le respondió: "Presidente Lagos: ese MIT del cobre no

tiene que estar en Cambridge, Massachusetts; tiene que estar en Chile o en Perú". No hemos hecho nada, presidente Lagos, ni peruanos ni chilenos, para lograr transformar y salir del mundo de las materias primas.

Obviamente, para lograr eso nosotros necesitamos un piso competitivo de energía, y luego un piso de equidad, de igualdad de oportunidades, con lo cual volvemos, quizás, al principio –y con esto termino–: esa es la gran tarea de nuestro día; creo que sería una de las grandes tareas de este Círculo, que reúne –aparte de a algunos advenedizos, como yo– a la selección natural de los grandes presidentes que hemos tenido en América Latina. Tenemos que pensar en inventar un nuevo modelo, en salir de la simpleza boba del neoliberalismo, que defiende algunas cosas que son obvias, como que nadie puede gastar más de lo que recauda, que son cosas de cartón, digamos.

Tuvimos la desgracia de la existencia del Consenso de Washington, que si no se hubiera llamado así, si Williamson hubiera estado en Chattanooga, Tennessee, y se hubiera llamado Consenso de Chattanooga, o Consenso de Oakland, no hubiera pasado nada, no le hubiéramos dado toda esta importancia.

Tenemos que salir de esas simplezas neoliberales, tenemos que inventar una nueva política que no haga sino recoger los grandes legados de la sociedad del bienestar, que es una de las mejores invenciones de la civilización humana, y hacerla más flexible para que se inserte, se incorpore a este mundo de competitividad, que es un mundo de capitalismo un poco salvaje. Tenemos que tener más flexibilidad laboral, pero sin volver a olvidar que todo es fundamental y que debemos lograr un piso común de igualdad de oportunidades.

Estas son las cosas que se me ocurren; quizás me salí un poco de tema, pero es lo que tenía en la cabeza, con lo que quería contribuir esta mañana.

Carlos Magariños

Muchas gracias, Alfredo.

Por el contrario, me parecen reflexiones muy pertinentes para los temas que estamos discutiendo. Creo que ha sido una contribución y una presentación muy inspiradora.

De esta forma, damos por concluido el panel correspondiente a la educación para la ciudadanía y para la competitividad.

Me gustaría remarcar algunas contribuciones del panel, como por ejemplo la importancia o la necesidad de que la educación reciba mayor atención, no solo de parte de los gobiernos, sino de la sociedad en su conjunto; trabajar sobre qué y cómo educar en el siglo XXI, enriqueciendo el sistema democrático, alejándolo de las presiones populistas y, al mismo tiempo, generando mejores oportunidades de participación a largo plazo en el sistema productivo global.

La verdad es que a veces resulta un poco paradójico enfrentarse con ciudadanos que tienen cada vez más poder de expresión, pero que provienen de un sistema formativo que no promueve el enriquecimiento del concepto democrático, alejándolo de la competencia meramente electoral —por los votos— para acceder a un concepto de ciudadanía más rico, entendido como un trabajo de cualidades públicas, que contribuye al bienestar general.

Muchas gracias, señoras y señores.

Buenos días.

4 - La ética de las instituciones.

Alberto Ruiz Gallardón Natalio Botana Rebeca Grynspan

Alberto Ruiz Gallardón

Queremos dar las gracias al presidente Sanguinetti y a las personas que, con él, hace veintiún años tuvieron la feliz iniciativa de convocar este foro de reflexión, el Círculo de Montevideo. Tengo que decir a quienes generosamente nos incorporaron a él, que sentimos una profunda gratitud, porque el aprendizaje que hemos recibido de los presidentes aquí presentes y del resto de los miembros del Círculo ha sido verdaderamente formidable, y hasta hemos tenido ocasión de aplicarlo en las distintas responsabilidades que nos han tocado en nuestra vida pública.

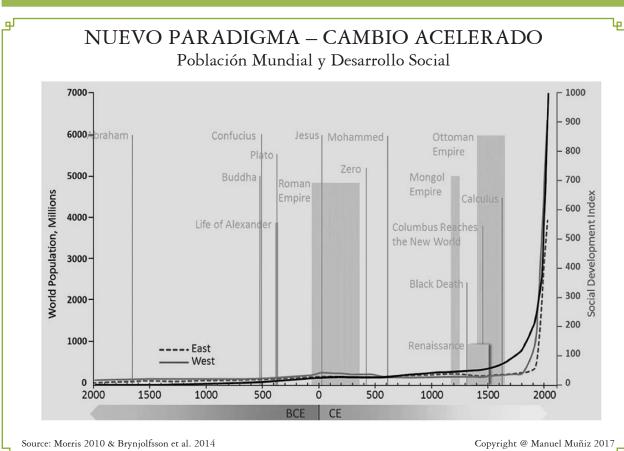
Hoy tenemos un panel para exponer sobre *La ética* de las instituciones. Debo decir que tengo el inmenso honor de que se me haya encargado la moderación de una mesa con personas tan extraordinarias como Rebeca Grynspan –a quien agradezco por estar aquí– y Natalio Botana, que es, sin duda –ustedes lo conocen muy bien–, la inteligencia viva del Círculo desde el primer momento en que lo integró.

Pero para hablar de la ética de las instituciones, que es el asunto central, me he permitido —con la anuencia del presidente Sanguinetti— intentar trasladarles algunos datos que enlazan con todas las manifestaciones que hicimos en el día de ayer.

Creo que es importante que reflexionemos que, probablemente, para entender muy bien lo que nos pasa deberíamos analizar qué piensa la opinión pública en estos momentos, no solamente en Latinoamérica, sino también en Europa. Por eso me he permitido traer un trabajo que hemos hecho en la Universidad Internacional de La Rioja —en la que tengo el honor de ser profesor de derecho procesal y constitucional—, dirigido por el profesor Daniel Muñiz, para trasladarles alguna información que corrobora todo lo que aquí se dijo ayer, pero que enlaza, también, con lo que nosotros vamos a hablar, que es por qué las instituciones están en crisis en estos momentos en el mundo.

Gráfico 1 - Lo que expone este primer gráfico es algo de lo que ayer hablábamos: el nuevo paradigma





del cambio acelerado. Es muy importante que nos demos cuenta cómo ha evolucionado la población mundial. Aquí, el cero es el principio de nuestra era; por lo tanto, contado a partir de Cristo son dos mil años antes y dos mil años después. Ayer hablábamos de cambios acelerados, y podemos ver aquí que, sin dudas, es a partir del siglo XVI que se produce, sobre todo en el mundo occidental, un aumento exponencial de la población, pero es en estas últimas décadas donde nos estamos enfrentando a un mundo radicalmente distinto de aquel que hemos tenido durante los últimos cuatro mil años.

En el siguiente grafico vemos el cambio exponencial tecnológico en lo que refiere al acceso a las nuevas tecnologias por parte de los usuarios. Gráfico 2.

Como vemos en la siguiente diapositiva, Gráfico 3 se ha producido, sin embargo, un cambio mucho más precipitado cuando hemos pasado de las válvulas de vacío a los transistores y cuando hemos pasado después a los circuitos integrados; y en este diagrama faltaría, inclusive, la inteligencia artificial, a la que ayer se hizo una enorme referencia.

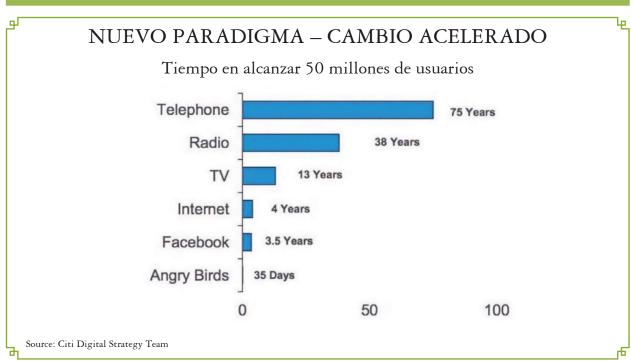
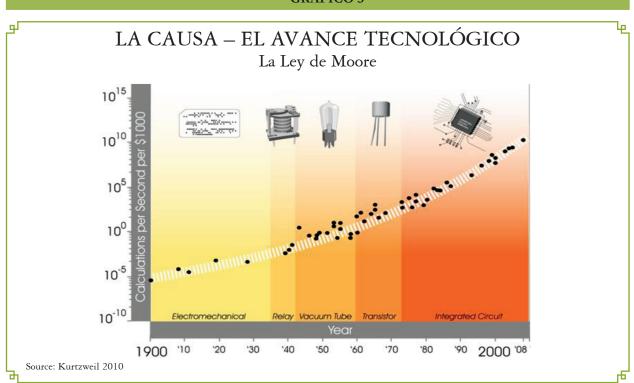


GRÁFICO 3





La siguiente diapositiva, Gráfico 4, nos muestra la consecuencia de este cambio tecnológico y de esa transformación del mercado laboral. El primer dato es muy significativo: es la producción de maíz por un acre. Hemos pasado de 20 en los primeros años de este siglo, a alcanzar prácticamente cinco veces la misma producción en el mismo espacio. Naturalmente, esto ha traído una consecuencia lógica, que es una disminución de la población que trabaja en el sector agrícola, donde vemos que de porcentajes que superaban el 50 %, en estos momentos estamos por debajo del 10 % en la media mundial.

En esta otra diapositiva, Gáfico 5, podemos ver un dato que es muy curioso, que se da como consecuencia de lo anterior. Aquí hemos cogido el origen de la riqueza del 1 % de la población mundial, considerando a aquellas personas que tienen más recursos, pero lo hicimos única y exclusivamente para ver cuál es el origen de esa riqueza. Nos damos cuenta de que en 1996, ese

1 % que tiene la mayor riqueza del mundo, en un 55 % la había heredado de sus padres y solamente habían hecho su propia fortuna un 44 %. Eso ha evolucionado y en 2001 ya eran más aquellos que habían construido sus propias fortunas; pero han tenido un cambio casi exponencial en 2014.

El cual se entiende como la capacidad de invención, de innovación y de creación.

En esta diapositiva, Gráfico 6, observamos la estagnación de las rentas. Este es, probablemente, el gran problema –entre otros que luego veremos– que está provocando el crecimiento de los populismos. ¿Qué porcentaje de hogares tiene en estos momentos rentas planas o decrecientes? Tenemos los datos del período 2005-2014 y vemos que tenemos unos porcentajes que alcanzan, prácticamente, el 100 % en algunos países de la Unión Europea, como es el caso de Italia. También tenemos los datos de Estados Unidos y del Reino Unido, además de la media agregada de los veinticin-

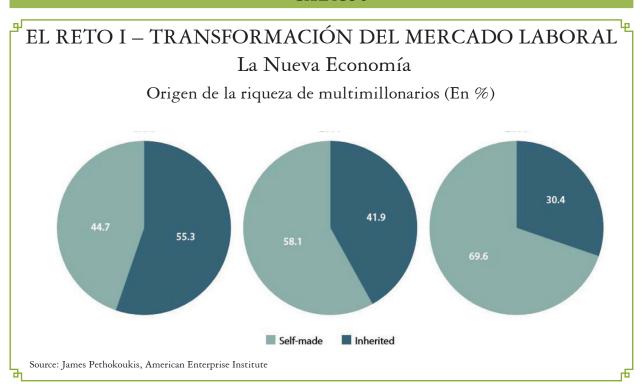


GRÁFICO 6



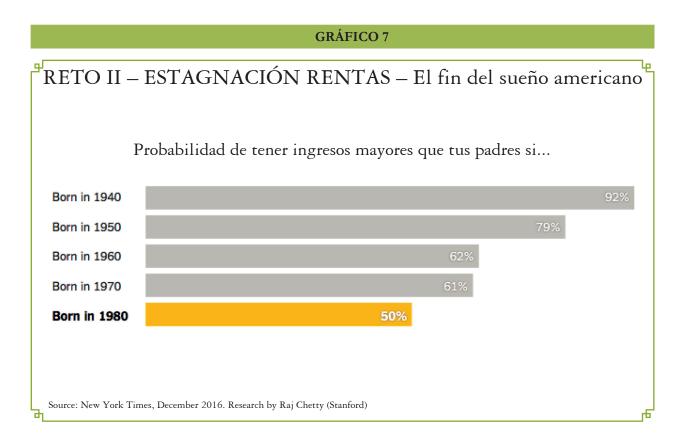


co países que están sometidos a estudio, y nos damos cuenta de que en estos momentos más del 65 % de las rentas son planas o decrecientes, es decir, no hay una expectativa o una realidad de mejora.

En la siguiente diapositiva, Gráfico 7, podemos ver lo que llamamos «el fin del sueño americano». Ayer también hablábamos de eso. Si queremos entender por qué, especialmente la gente joven, se está distanciando de las propuestas que hacemos desde las formulaciones clásicas de gobernanza, tenemos que entender este mensaje pesimista. ¿Qué probabilidades de tener ingresos mayores que tus padres tienes? Si naciste en 1940, el 92 %; si naciste en 1950, el 79 %; el 62 % si naciste en los años sesenta y el 61 % en los setenta; si naciste en la década de los ochenta, solamente el 50 % de la población mundial tiene mayor expectativa de tener unos ingresos superiores a los que tuvieron sus padres.

Lo que nos muestra la siguiente diapositiva, Gráfico 8, que está referida única y exclusivamente a Estados Unidos de América, es cómo el porcentaje de riqueza en manos de lo que llamamos el top del 1 % ha sufrido una evolución que está directamente relacionada con las situaciones de crisis que hemos pasado. Empezamos desde el nacimiento de Estados Unidos, en 1774; vemos cómo ese 1 % va acumulando más riqueza hasta la Guerra Civil; cómo se produce un nuevo aumento con la Gran Depresión, quebrado luego por la línea de sierra, y cómo, en 1982, había una situación mucho más equilibrada. Sin embargo, en los últimos tiempos, nuevamente se está produciendo una concentración de riqueza importante en manos de ese 1 % de la población.

Que el valor agregado de la riqueza generada no esté acompañado de un sistema de distribución equi-





tativa, es algo que puede explicar alguno de los fenómenos a los que en estos momentos estamos asistiendo.

En esta otra diapositiva, Gráfico 9, vemos algunas de las consecuencias de los efectos anteriores. En primer lugar, un pesimismo que se traduce en un antielitismo —luego presentaré una gráfica comparativa de los programas de los partidos populistas que lo demostrará—; en segundo lugar, los bárbaros a las puertas de nuestro sistema —y cuando hablo de «bárbaros» me refiero a aquellos que vuelven al pasado, a aquellos que entienden que todos los avances de globalización, de libre comercio, de libertad de mercado, son los grandes enemigos en estos momentos del desarrollo económico—; y el tercero y más preocupante de todos, la pérdida de fe en la democracia como sistema de gobierno.

La diapositiva que sigue, Gráfico 10, nos muestra un gráfico muy interesante. La pregunta que se le hace a los encuestados es: «Comparado con hace cincuenta años, ¿cómo es la vida en Estados Unidos para ti o para tu gente?». Les pido que se fijen única y exclusivamente -porque no vamos a entrar ahora en la desagregación por sexo y por edades- en aquellos norteamericanos que votaron a Clinton y quienes votaron a Trump. Fíjense lo extraordinario del componente de voto del actual presidente de los Estados Unidos de América. De los votantes de Clinton, el 59 % pensaba que su vida en estos momentos era mejor comparada con hace cincuenta años, y solamente había un componente pesimista del 19 % de sus votantes; sin embargo, el 81 % de los votantes de Trump pensaba que su vida era peor. Es decir: ha sido el voto del pesimismo, el voto del



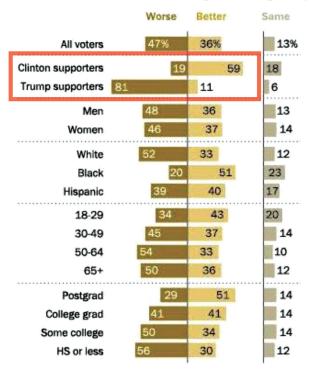
CONSECUENCIAS POLÍTICAS

- 1. PESIMISMO Y ANTI-ELITISMO
- 2. LOS BÁRBAROS A LAS PUERTAS DE NUESTRO SISTEMA POLÍTICO Y LA ERA ANTI LIBERAL
- 3. PÉRDIDA DE FE EN LA DEMOCRACIA COMO SISTEMA DE GOBIERNO

GRÁFICO 10

CONSECUENCIA I – SENTIMIENTO ANTI SISTEMA Trump y el Pesimismo

Comparada con hace 50 Años la vida en EEUU para tí o para gente como tú es...?



Source: Pew Research Center 2016

Responsabilidades y Derechos del ejercicio ciudadano

rechazo a la situación actual lo que ha llevado al señor Trump a la presidencia de Estados Unidos.

Gráfico 11 - Lo que nos demuestra la siguiente diapositiva es ese grado de pesimismo, que no solamente
afecta a Estados Unidos, sino a todo el mundo, aunque
tengo que decir aquí como algo positivo que, afortunadamente, afecta menos a Latinoamérica que a Estados
Unidos y a Europa. La pregunta es: «Los jóvenes que
viven en tu país, ¿vivirán mejor o peor que sus padres?». En Latinoamérica, el 58 % es optimista; piensan que las siguientes generaciones van a mejorar. En
Europa el dato es tremendo: solamente el 26 % piensa
que sus hijos van a vivir mejor que ellos; el 64 % de la
población está imbuido en el pesimismo y piensa que
vamos hacia atrás.

Gráfico 12 - La siguiente diapositiva -y volvemos a las elecciones americanas- explica claramente, también, por qué Donald Trump es hoy el presidente de los Estados Unidos. Esta es una pregunta sobre las características de liderazgo, que se hizo inmediatamente antes de las elecciones americanas. Olvídense de lo que figura aquí en amarillo; los datos en color azul corresponden a Hillary Clinton y los datos en rojo son los de Donald Trump. Repito: sin observar la línea amarilla, en todos los ítems gana Hillary Clinton. Los votantes americanos pensaban que tenía más experiencia, que tenía, por supuesto, mayor capacidad de juicio, e incluso que se preocupaba más por la gente como ellos -un 90 % frente a un 7 %-; Donald Trump solamente ganaba en una cosa, y es: «¿Quién va a producir el cambio que necesita el país?» Ahí, efectivamente

GRÁFICO 11

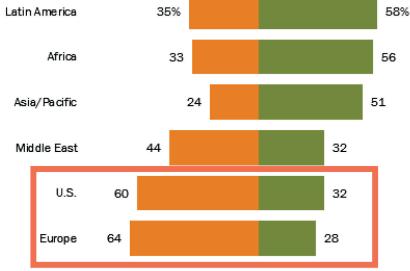
CONSECUENCIA I – SENTIMIENTO ANTI SISTEMA

Europa y el Pesimismo

Los jóvenes que viven en tu país vivirán mejor o peor que sus padres...?

Worse off

Better off



Note: Percentages are regional medians. Europe median of France, Germany, Italy, Poland, Spain and the United Kingdom.

Source: Spring 2015 Global Attitudes Survey.

Source: Pew Research Center 2015



CONSECUENCIA I – SENTIMIENTO ANTI SISTEMA

Trump como un "Outsider"

Qué característica del liderazgo valoras más?

	% Citing It Most Important Quality	HRC	Trump
Can bring needed			
change	39%	14%	82%
Has the right			
experience	22%	57%	34%
Has good judgment	20%	65%	25%
Cares about people			
like me	15%	90%	7%

SourceWashington Post, BAV Consulting, 2016.

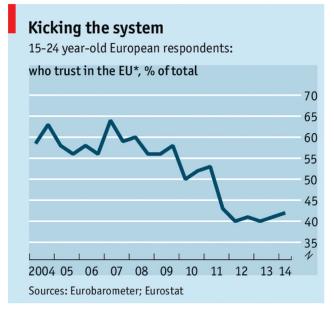
arrasaba: 82 % frente a 14 %. Pero ese dato, la necesidad de cambio por encima de la experiencia, por encima de la capacidad de análisis, por encima de la preocupación por los problemas de los ciudadanos, fue el determinante para el resultado de las elecciones de Estados Unidos.

Conclusión: lo que se quería era un cambio. Yo soy de los que piensa –aunque sé que la opinión no es pacífica– que no fue un cambio «por» Trump, sino «a pesar de» Trump, y que cualquier candidato del Partido Republicano hubiese ganado las elecciones. De ahí la inmensa responsabilidad del Partido Republicano de haber propuesto a este candidato en lugar de a algún otro.

Pasando a la siguiente diapositiva, Gráfico 13, observamos que esto es una demostración más de cómo, en estos momentos, se produce esa pérdida de fe. En este caso es un dato referido a la Unión Europea. En el año 2004 superábamos el porcentaje del 57 % de europeos que confiaban en la Unión Europea; en estos momentos estamos cerca del 40 %. Por lo tanto, no es solamente un sentimiento americano, sino que es, también, un sentimiento europeo.

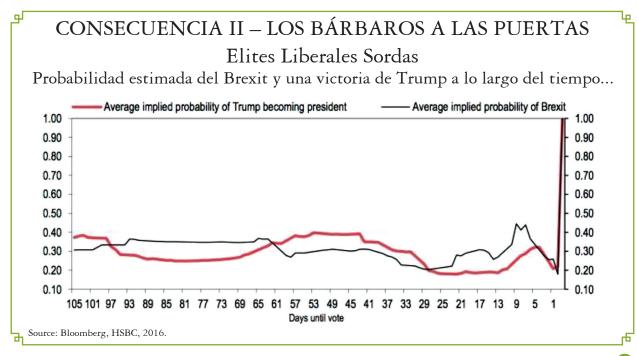
La diapositiva que sigue es, Gráfico 14 a mi juicio, muy descriptiva de algo que los miembros del Círculo de Montevideo recordarán de nuestra última reunión, en México. Nosotros nos reunimos en México en vísperas de las elecciones americanas; creo recordar, presidente, que la reunión fue sobre un fin de semana y acabó –como suelen acabar– un viernes, y que las elecciones eran el martes siguiente. En la rueda de prensa, a todos se nos preguntó –recuerden que estábamos en

CONSECUENCIA II – LOS BÁRBAROS A LAS PUERTAS Pérdida de fe en la UE



Source: The Economist/Eurobarometer

GRÁFICO 14





México, con la amenaza del muro— qué íbamos a hacer o qué pensábamos que iba a ocurrir en el mundo en el supuesto caso de que Donald Trump ganase las elecciones. Recordaréis que todos dijimos: «Esa es una hipótesis que no se va a producir», porque estábamos convencidos de que Donald Trump no iba a ganar las elecciones.

Bien. Estas son las gráficas de lo que pensaban los ciudadanos respecto de los dos resultados más sorprendentes que hemos tenido electoralmente en los últimos tiempos, que es la victoria de Donald Trump en América y el Brexit en el Reino Unido. Desde el día 105, hasta prácticamente dos semanas antes, todo el mundo pensaba que era imposible que semejante cosa ocurriese; se dispararon las luces de alarma en los días de la semana justamente anterior. Fíjense los picos cuando faltaban 9 días, 8 días, 5 días; incluso el día anterior, o el día que nosotros comparecimos ante los medios luego de la última reunión del Círculo en México, todos estábamos convencidos de que semejante cosa era imposible. Todos nos equivocamos. ¡Todos nos equivocamos! En las últimas horas, como se puede ver aquí, el Brexit salió -- en lo que, a nuestro juicio, es uno de los mayores errores históricos que ha cometido el Reino Unido- y Donald Trump, en contra de todas las previsiones, es el presidente de los Estados Unidos de América.

Esto no solamente demuestra la falta de capacidad de análisis de los politólogos, de los periodistas o de los políticos en ejercicio, sino, sobre todo, la desconexión existente entre lo que realmente quiere la gente y aquello que manifiesta en los distintos institutos electorales.

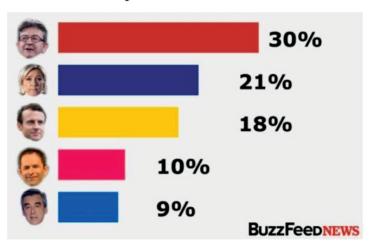
Siguiente diapositiva Gráfico 15. También se habló ayer de las elecciones francesas. No tengo aquí los datos de la segunda vuelta, que es muy reciente, pero este gráfico es muy preocupante; lo que indica es a quién votaron los jóvenes franceses en la primera vuelta. Hoy sabemos todos que Macron es el presidente de Francia, es cierto, pero solamente tuvo el 18 % de los

votos de los jóvenes en la primera vuelta; los jóvenes optaron por posturas radicales: radicales de izquierda con Mélenchon, o radicales de derecha con Le Pen. Que el 51 % de los jóvenes votantes —me refiero a jóvenes de entre 18 y 24 años—, en una democracia tan asentada como Francia, optasen en la primera vuelta por posturas radicales, es muy preocupante. Recordemos que la primera vuelta, por así decirlo, es en la que no se vota contra nadie, sino por la opción preferida, mientras que la segunda vuelta está fundamentalmente motivada por «quién no quiero yo que sea mi presidente», y por eso, afortunadamente, perdió Le Pen.

En esta otra diapositiva, Gráfico 16, tenemos un dato muy importante, que hace referencia a los puntos comunes de los partidos populistas y radicales de Europa, entre los que están contemplados los de España, Grecia, Italia, Reino Unido, Francia, Países Bajos, Alemania y Austria. Llamo la atención de los presentes sobre algo que es verdaderamente significativo: muchos, o algunos de ellos, están en contra de las políticas de austeridad, que son las que se dice que han traído las desigualdades en la Unión; otros, son claramente racistas, están en contra del Islam o están en contra de la inmigración; unos están en contra de la Unión Europea, otros no; unos están en contra de la polarización y otros no. Solamente hay un común denominador, solamente hay un punto en su programa en el que coinciden la totalidad de los partidos populistas en la Unión Europea. ¿Cuál es? Estar en contra del establishment, estar en contra de las élites. ¡Es lo único en lo que coinciden todos! Y me atrevo a decir que este común denominador lo es a los populismos de derecha como lo es a los populismos de izquierda. Es decir: en estos momentos, el motor, el sentimiento antiliberal populista es, fundamentalmente, un motor negativo; no es proactivo ni positivo, sino en contra de las élites, en contra del establishment, en contra de la casta -como dicen en España-, o en contra de la trama, como también suelen decirlo. Creo que este es un problema que debemos analizar dentro del panel que hoy tenemos que es, precisamente, La ética de las instituciones.

CONSECUENCIA II – LOS BÁRBAROS A LAS PUERTAS Y Francia?

A quién votaron los jóvenes (18-24 años) en la primera vuelta de las presidenciales francesas?



Source: BuzzFeed. Data from Ipsos - Sopra-Steria (2017)

GRÁFICO 16

CONSECUENCIA II – LOS BÁRBAROS A LAS PUERTAS La Era Anti-Liberal



Source: The New York Times, Rick Lyman (2016)



La siguiente diapositiva, Gráfico 17, nos muestra un dato estremecedor, que es la pérdida de la fe en la democracia. En esta gráfica tenemos los datos de Europa y de Estados Unidos. En la línea discontinua, que es la europea, vemos que en los años treinta —recuérdese que en esos años estaban en su máximo apogeo los partidos fascistas y nazis— más del 50 % de la población creía que era esencial vivir en una democracia, a pesar, insisto, de la proliferación de los totalitarismos que había en ese momento. Hoy estamos en un porcentaje cercano al 43 %.

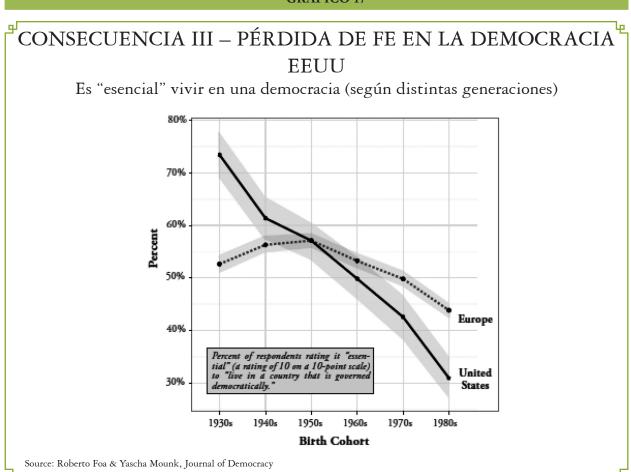
Y no menos grave es la gráfica decreciente de Estados Unidos, donde nos damos cuenta de que en estos momentos solamente un 30 % de la su población piensa que es esencial vivir en una democracia. Hay valores, como la seguridad y la prosperidad, que se han antepuesto al valor ético —de lo que van a hablar tanto

Natalio como Rebeca- de las instituciones y de nuestro sistema político.

Lo que hace la siguiente gráfica, Gráfico 18, es demostrar que esto no es exclusivo de Estados Unidos, sino que también ocurre en los países europeos. No tenemos los datos de España, pero les puedo decir que estaría representada en una gráfica semejante.

En esta otra diapositiva, Gráfico 19, —que es, prácticamente, con lo que voy a terminar— podemos observar la gran paradoja, y es que la generación de riqueza la ha producido, históricamente, aquello que en estos momentos está siendo combatido por los populismos, por aquellos partidos que, falsamente, dicen que ha aumentado la desigualdad. Esta gráfica, que lo que muestra es el aumento de la población en el mundo,

GRÁFICO 17



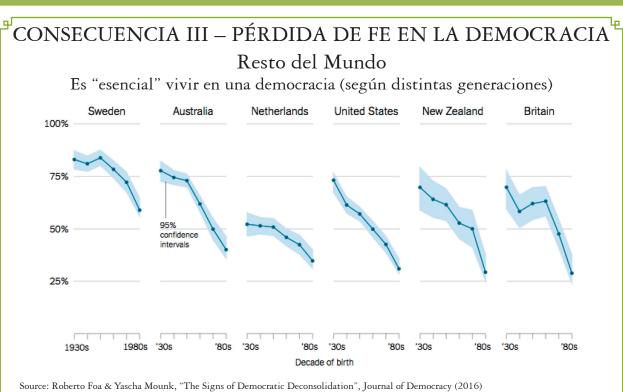
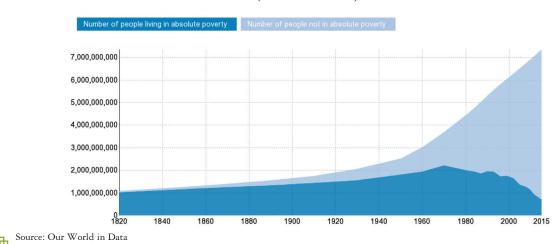


GRÁFICO 19

PERO RECORDEMOS – EL ORDEN LIBERAL ES UN GRAN GENERADOR DE RIQUEZA

Pese a una Mayor Población: Personas Vivienda en la Pobreza vs. Personas que No (1820 – 2015)



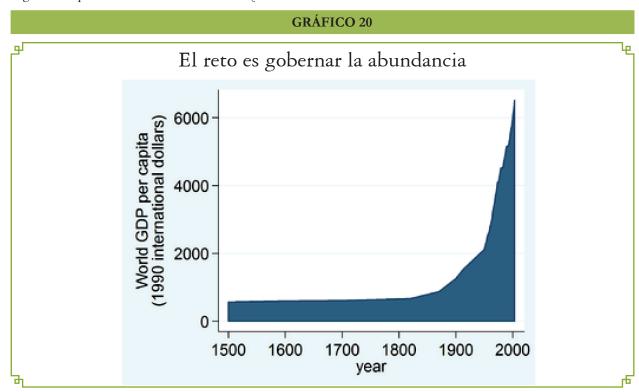


en azul oscuro nos indica el porcentaje de personas que viven en la pobreza. Nos damos cuenta cómo, a lo largo de la historia de todo este ciclo, el aumento de población no ha supuesto un aumento —que podría haber sido así, porcentualmente— del número de personas que viven en la pobreza, sino que antes, al contrario, el orden liberal no solamente ha traído prosperidad al mundo, sino que también ha traído equidad. Las políticas abiertas, las políticas de globalización, las políticas de libre mercado, las políticas de intercambio nos han traído bienestar y estamos reduciendo desigualdades. Sin embargo, la percepción de una parte muy importante de nuestra población es que eso no es así.

La siguiente diapositiva, Gráfico 20, nos indica, por lo tanto –y con esto finalizo mi introducción–, cuál es el gran reto que en estos momentos tenemos. ¿Cuál es? Quienes defendemos la economía de libre mercado, quienes defendemos la globalización, quienes estamos en contra de los populismos, quienes hemos contribuido con ese pensamiento y quienes han tenido la oportunidad –como los presidentes aquí presentes—de implementar esas políticas, han generado bienestar y riqueza para su pueblo. Pero si esto es la realidad y, sin embargo, la percepción popular es radicalmente distinta, lo que sí deberíamos reflexionar es si hemos acertado en la explicación de todo lo que hemos hecho y, sobre todo, de lo que queremos hacer durante las próximas décadas.

Muchísimas gracias.

Bien.



Gobernar la abundancia. ¡No nos hemos equivocado! Es muy importante que lo sepamos. Tendremos que rectificar y matizar infinidad de políticas concretas: en educación, en distribución de rentas, en inversión, en prestación de servicios públicos; pero tenemos que ser conscientes, sin ningún tipo de arrogancia intelectual, de que estamos en el lado acertado de la historia.

Después de esta introducción —que nos enlaza, insisto, con los mensajes que desde ayer se lanzaron—, saltamos ahora al tema que nos convoca en esta mesa, que es *La ética de las instituciones* y el porqué del desprestigio de esas instituciones.

Le pido, por favor, al profesor Natalio Botana, que inicie su exposición.

Natalio Botana

En el pensamiento político, clásico y moderno, suele exponerse la ética de las instituciones vinculándola con su contracara. Vale decir, la contracara de la corrupción. Este punto es evidente en Aristóteles, con la contraposición entre formas de gobierno puras y corruptas, y en Maquiavelo y Madison (por citar algunos nombres arquetípicos). El Maquiavelo republicano de los Discursos decía que en una república corrupta mandan los poderosos (grandi) que hacen la ley para servir sus fines egoístas en lugar de respetar la libertad común. Recomendaba que los grupos sociales se vigilasen recíprocamente para prevenir la arrogancia de los ricos y el libertinaje del pueblo. Madison en El Federalista afirmaba: "Los hombres de temperamento faccioso, de prejuicios locales o de siniestros designios pueden, por la intriga, la corrupción o por cualquier otro medio, primero obtener los sufragios y luego traicionar los intereses del pueblo". Hay pues dos clases de corrupción: la que es intrínseca al poder político y la que enlaza a éste con sus cómplices en la sociedad civil; o viceversa la que enlaza a los poderosos en la sociedad civil con sus cómplices en el poder político. Haré cuatro comentarios al respecto.

1 - La corrupción altera la forma de gobierno democrática y republicana. La altera por dos caminos. Primero porque se naturaliza en el lenguaje y en las costumbres, y es aceptada por engaño, resignación y por el efecto cauterizante de la bonanza económica: al "roba pero hace", típico de estas actitudes, se añade el uso y abuso de las denuncias de corrupción como si fueran arietes de la retórica para que la opinión pública condene sin distinguir entre unos y otros. Es la "judicialización" del conflicto político o la inversa la politización de la justicia. El segundo camino, estrechamente emparentado con el anterior, es aquel en que se desarrollan reacciones contra este estado de las cosas en la forma de una cultura jacobina que conlleva el renacimiento de antiguos censores dispuestos a poner en la picota a toda una clase política y, por ende, al sistema representativo.

2 - La difusión de los escándalos de corrupción en Iberoamérica mostrando lo que se ha llamado "elite cartels", propios de una corrupción estructural o "corrupción negra" como se la definió en otra parte, plantea la incógnita de saber si las costumbres corruptas son más resistentes a la coacción legítima de la ley. Las repúblicas, en efecto, perecen por exceso de coacción ilegítima y eso es el despotismo, o bien por déficit de coacción legítima y eso es lo que los griegos antiguos (y también la sociología moderna) definieron como anomia. Si impera la corrupción hay anomia, pero la sanción legítima de la corrupción, absolutamente necesaria, no anula de manera automática las inclinaciones sociales hacia prácticas corruptas. El caso italiano es revelador si analizamos el proceso de mani pulite. La política italiana se desplazó, en rápida carrera, del predominio de Andreotti y Craxi al de Berlusconi. Esto es: la degradación de dos grandes partidos históricos —la Democracia Cristiana y el Partido Socialista concluyó abriendo paso al "sultanato" de este último (este fue el concepto que esgrimió G. Sartori para condenar dicha experiencia). La anomia de la corrupción combinada con crisis económicas genera indignados, pero los indignados no son garantía para reformar un régimen político. Chávez en Venezuela conquistó el poder repudiando, como dijo al jurar por vez primera como presidente, una "constitución moribunda". No obstante, el régimen que engendró trajo a Venezuela más corrupción, menos libertades y más penuria: en otras palabras, la dictadura en medio de un desastre humanitario y el pronóstico tenebroso —los dioses no lo permitan— de una guerra intestina.

3 - Es fundamental, por consiguiente, bregar para que la corrupción sea sancionada por la ley y extirpada de la cultura política dentro y no fuera del régimen democrático. Ello nos exige reflexionar acerca de la escala y formas de gobierno de nuestros regímenes políticos. Si con la ayuda de esta perspectiva observamos en América Latina a Brasil, México y Argentina, podríamos esbozar la hipótesis de que el tamaño territorial y la organización federal ofrecen un marco propicio para implantar prácticas corruptas. En Brasil están investigados 12 de los 27 gobernadores; en México son 17 gobernadores y en Argentina las grandes operaciones de lavado de dinero y sobornos de una presunta asociación ilícita perteneciente al último gobierno tuvieron como epicentro dos provincias pequeñas situadas en el



extremo norte y en el extremo sur del país. Es pues indispensable pensar el problema de las instituciones en contraste con la corrupción desde dos ángulos: el que echa luz sobre los agentes que producen hechos de corrupción y sobre los jueces que deben sancionarla (a esto se ocupan intensamente los medios de comunicación), y el punto de vista más amplio que explora las causas institucionales de esta contracultura y estos disvalores. Este es el campo en el cual la teoría política suele hincar el diente.

4 - En este vasto campo de las causas institucionales y de que está detrás de ellas ha recobrado interés en el mundo la discusión acerca del sujeto político y social que produce prácticas corruptas. Creo que aquí chocan varias concepciones acerca de la ciudadanía democrática. Según la primera, la política en democracia se reduce a una lucha por el poder mediado por el uso de técnicas de más en más sofisticadas para ganar elecciones y conquistar cargos. Estas técnicas son caras, cada día que pasa más caras; las manipula una nube de expertos cuyo influjo se acrecienta a medida que proliferan nuevos medios que hacen más horizontal la comunicación. Hoy la política es productora de imágenes, de debates entre candidatos y desde luego de propaganda, que apelan más a la reacción instintiva del elector y a su condición de consumidor inmediato de bienes y servicios que a la deliberación razonada o razonable acerca de futuros posibles.

La combinación entre semejante comportamiento y las reacciones que este provoca en momentos de crisis económica y de restricción del empleo abona tanto el terreno donde crece la irresponsabilidad populista con su séquito de simplificadores y demagogos, como el espacio espontáneo de redes sociales que van creando, en desmedro de los regímenes de partidos establecidos, su propio sistema de representación. Esto lo podemos observar en Europa, Estados Unidos y América Latina.

En esta dialéctica se destaca obviamente la corrupción porque ella se articula entre el poder visible del discurso que busca convencer y el poder invisible de una masa de dinero puesta al servicio de esa intención. Se invierte de este modo el sentido de la palabra servicio. La retórica de los discursos dice que el agente democrático es un sujeto devoto del servicio público;

la realidad de los vínculos con el poder invisible nos advierte, en cambio, que ese servicio se consagra, antes todo, a recompensar a los agentes que mueven esos ingentes recursos.

La obra pública con su cadena de licitaciones es el escenario privilegiado de esta trama. Lo primero que se nos ocurre, para ahondar más sobre este tema, es que estos vínculos malsanos deben ser sancionados con todo el peso de la ley. De tanto repetido alguien me dirá que se trata de un lugar común; pero esta condición necesaria no sería suficiente si la política democrática no vuelve su mirada hacia ciertos presupuestos éticos hoy, en general, lamentablemente olvidados.

En la teoría política estos presupuestos tienen una dimensión teleológica y dado que nuestro empeño tiene que ver, según el tema de esta mesa, con la ética de las instituciones democráticas me contentaré con evocar el antiguo concepto de virtud. Ante tanto desaliño puede parecer inocente volver de nuevo a interrogar esta palabra. No hay duda que la voz virtud tiene antigua prosapia, aunque nunca esta demás distinguir en ella dos significados: por un lado la virtud de la ciudadanía en cuanto tal, todos nosotros y no sólo los que, de manera peyorativa, reciben el apodo de "los políticos"; por otro lado, la virtud contenida en las instituciones y, por ende, en un buen diseño institucional.

La virtud de la ciudadanía responde a criterios morales de vertiente religiosa o laica, a la educación en la escuela y en la familia y a las costumbres —mores—que la propia historia va depositando en la sociedad. Hoy la escuela y la familia están sufriendo cambios tan profundos como las costumbres sociales; los mores ya no son creencias sino opiniones. Sin embargo, en esta visión de las cosas públicas y privadas la palabra honradez debería tener tanto arraigo como la palabra servicio.

Lo público y lo privado se realimentan así en un continuo sobre el cual siempre sobrevuela la desnaturalización de dichas palabras. Es una operación que no debe asombrarnos, sobre todo ahora cuando atravesamos, en el plano cívico de la vida, una circunstancia de posverdad, o como se ha dicho recientemente, un momento en que ha entrado en crisis "la palabra ciu-

dadana". Esta crisis alude a un estilo que cifra su éxito en al menos dos propósitos: comerciar en el espacio público con la mentira y llevar a cabo entre las esferas del poder político, del poder económico y del poder social aquello que Adam Smith en La riqueza de las naciones llamaba "the conspiracy against the public" (traduzco, una "conspiración contra lo público", una tramoya, añado, fraguada en las sombras). Esta tramoya es un llamado de atención para entender que la virtud ciudadana, por más resplandeciente que surja en discursos y relatos, puede también ella misma corromperse.

Quien mejor entendió este asunto, creo yo, es Montesquieu en un texto clásico de Del espíritu de las leyes, "Quien lo diría —exclamó este sabio espectador de la naturaleza humana en el Libro XI de aquel texto— la misma virtud necesita límites. Para que no se pueda abusar del poder es preciso que, por la disposición de las cosas, el poder frene al poder".

En otro giro del mismo lenguaje, como escribió Mariano Moreno en Buenos Aires allá por 1810: "... el pueblo no debe contentarse con que sus jefes obren bien; él debe aspirar a que nunca puedan obrar mal; que sus pasiones tengan un dique más firme que el de su propia virtud".

No todo está garantizado pues por el buen comportamiento. Esta vuelta de campana en el pensamiento político trasladó la sede de la virtud al ordenamiento institucional; hoy diríamos nosotros el ordenamiento institucional de la democracia. Por tanto, la corrupción y la caída en pendiente de la calidad ética de la existencia cívica puede derivar de la insuficiencia institucional y de procedimientos jurídicos que, bajo su normativa, de modo culposo o doloso, encubren regímenes fácticos de impunidad.

A menudo concebimos nuestras constituciones de linaje liberal como un sistema de control del poder por parte de individuos dotados de derechos inherentes a su propia dignidad. Unos derechos, va de suyo, que deben ser protegidos y garantizados. Dejamos de lado, sin embargo, otro aspecto, porque ese mismo sistema debe obrar de tal manera que la autoridad sea capaz de ejercer control sobre acciones punibles. Se dice que el poder debe ser limitado; se olvida, con la misma

frecuencia, que la eficacia de dicho poder es proporcional a la intensidad con que actúa en el terreno de las acciones punibles. El control es pues una fuerza de doble dirección: desde abajo limita el poder de los gobernantes; desde arriba debe prevenir y sancionar las acciones que usurpan los derechos de la persona (la más elemental —hoy en plena ebullición en América Latina— es el derecho a la vida). Observo, para concluir estas breves reflexiones, que con respecto a este último punto estamos muy atrasados y, como consecuencia de este atraso, se está haciendo carne en América Latina, salvo pocas excepciones, un ánimo colectivo de desconfianza hacia las instituciones estatales y al ejercicio de las mismas; un ánimo colectivo que refleja lo mucho que nos falta recorrer para complementar la democracia electoral, que practicamos intensamente, con una democracia institucional de servicio ciudadano y no de apropiación patrimonialista. La urgencia de contar con liderazgos políticos y sociales atentos a este espíritu de recuperación ética e institucional está pues a la orden del día.

Muchas gracias.

Alberto Ruiz Gallardón

Muchas gracias, Natalio. Rebeca, por favor, te escuchamos.

Rebeca Grynspan

Voy a comenzar igual que los demás, agradeciendo al presidente Sanguinetti, que siempre nos reúne en estas jornadas de verdad entrañables e interesantes, y también a nuestros anfitriones, que nos han tratado tan bien que nos han hecho sentir como en casa.

Después de dos magníficas exposiciones sobre el tema que nos ocupa, permítanme ingresar en la reflexión de cómo reparar la relación entre los gobernantes y los gobernados, entre las instituciones y la ciudadanía.

Será difícil cumplir nuestros objetivos de sociedades más prósperas, más inclusivas, más sostenibles, si no logramos, realmente, hacer algo en términos de cómo volver a obtener colaboración entre los actores



políticos, económicos y sociales en nuestras sociedades; y una de las cosas fundamentales para ello —y yo creo que se deriva de mucho de lo que hemos hablado estos días— es cómo recuperar la confianza, el mínimo de confianza necesario para que eso sea posible.

Tenemos datos sobre la confianza en América Latina; hay un estudio de nuestra región que creo que vale la pena citar. Quiero compartir con ustedes algunos de los datos que arroja el Latinobarómetro acerca de cuán erosionada está la confianza, no solo entre las instituciones, sino también entre las personas en nuestras sociedades. De acuerdo con el Latinobarómetro, 8 de cada 10 personas consultadas en nuestra región consideran que uno no puede confiar en la mayoría de las personas. Repito: 8 de cada 10. ¡Somos la región más desconfiada del mundo! Cuando comparamos estos datos con los de otras regiones, vemos que América Latina sobresale, no precisamente por la confianza, sino por la desconfianza, incluyendo la desconfianza interpersonal. Por supuesto, las principales instituciones democráticas aparecen en la parte inferior de la lista en cuanto a la confianza de los ciudadanos; me refiero a los parlamentos, los partidos políticos, los gobiernos, el Poder Judicial, la Policía. Entonces, ¿cómo vamos a creer que es posible ponernos de acuerdo en las transformaciones que tenemos que hacer -reconquistar la virtud, poder consensuar un proyecto común mínimo de sociedad-, si no recuperamos algo de confianza, inclusive para comenzar ese diálogo entre nosotros?

Por supuesto que uno de los factores importantes de esta desconfianza —ya lo mencionaban ustedes— es la corrupción, la falta de transparencia de nuestras instituciones. No es el único pero, obviamente, es un problema central. Ya me referiré a otros, brevemente.

Mencionaré algunos números con respecto al tema de la corrupción, porque creo que después de lo que ha dicho Natalio de manera tan brillante es poco lo que uno puede añadir, pero tomar conciencia de que este es un problema real y grave en nuestra región es un inicio.

Dos terceras partes de nuestros países se ubican en la mitad inferior del ranking de percepción de la corrupción o de transparencia internacional. Hay solo tres países latinoamericanos que están entre los primeros cincuenta países del mundo en ese ranking; ellos son: primero Uruguay —obviamente—; después Chile y después Costa Rica. Todos los demás están muy por debajo en los rankings de percepción en términos de transparencia internacional.

Según estudios que ha hecho la Universidad de Vanderbilt —y también el Latinobarómetro—, alrededor de un tercio de la población latinoamericana dice haber tenido conocimiento directo de un acto de corrupción en el año en que fue consultada. Repito: ¡un tercio de la población! Y los principales hechos por los que fueron directamente afectados incluyen, efectivamente, a la Policía, a los tribunales de justicia o a los gobiernos municipales.

Lo cierto es que esta cifra de un tercio de la población que tiene conocimiento directo o ha sufrido por un acto de corrupción se debe a que el acto de corrupción no afecta de una manera abstracta a la población; no es solo que sustraiga recursos para poder asumir los servicios públicos que la gente demanda, sino que se sufren personalmente, porque en lo que refiere al bienestar ve limitado su acceso a los servicios que le son más importantes, precisamente por la corrupción. Este dato se ha mantenido estable, no ha subido durante los últimos años según todos los estudios que se han hecho al respecto en el tiempo. Entonces, uno piensa: si este dato no ha subido, ¿qué es lo que ha cambiado en la sociedad? ¿Qué es lo que ha cambiado en nuestra reacción hacia la corrupción? No hay ninguna duda de lo que se dijo aquí ayer -lo dijo el presidente Cardoso-: cambió la sociedad; la tolerancia de la sociedad hacia la corrupción ha bajado notablemente. Esta ciudadanía mucho más activa, estas sociedades de clase media que se han desarrollado en América Latina, son mucho menos tolerantes a la corrupción, a la ineficiencia e ineficacia de los servicios públicos y de las instituciones del sistema político, y menos tolerantes a la desigualdad. Las tres cosas han sucedido al mismo tiempo. Es una sociedad con más voz, pero además -y este es un hecho importante, que también se mencionó en el día de ayer- es una sociedad con más instrumentos. Es que un celular en manos de un ciudadano en este momento es un instrumento que posibilita el hecho de documentar y probar actos de corrupción de los que antes no teníamos conocimiento o no eran visibles. Por lo tanto, el tema tecnológico, unido a esta ciudadanía más empoderada, con mucha mayor voz, ha hecho que la corrupción sea un acto mucho más visible hoy en día de lo que lo era anteriormente.

Pero yo debo decir que también ha habido cambios institucionales importantes en muchos de nuestros países durante estos años, que no deberíamos pasar por alto; de lo contrario, solo sería un discurso negativo de lo que está pasando en América Latina. Los escándalos de corrupción, por supuesto, son un problema grave, pero no podemos negar -porque también es cierto- las investigaciones de las fiscalías y los procesos judiciales. Sí debemos seguir de cerca que no haya una politización de la Justicia. Yo no quisiera ver a los jueces convertidos en candidatos presidenciales, cosa que está a las puertas de suceder. Si bien eso es cierto, también lo es que hemos visto una mayor independencia del Poder Judicial, así como una mayor colaboración –también lo decía en el día de ayer el presidente Cardoso- entre las fiscalías. Es cierto que parte de lo que ha sucedido con esta mayor independencia institucional de las fiscalías y de los poderes judiciales ha sido producto de una cooperación en la región latinoamericana.

Quiero recordar aquí la Convención Interamericana contra la Corrupción, que ha tenido una serie de plataformas, de intercambio de experiencias, de colaboración a niveles internacionales que ha sido muy importante para mejorar los instrumentos de investigación y las acciones que hemos tomado para combatir la corrupción. Hoy vemos una intensa colaboración entre los sistemas de administración de justicia en la investigación y sanción de estos casos trasnacionales tan complejos, con actores y acciones que trascienden las fronteras y las jurisdicciones.

Ha habido otros elementos que colaboraron en esto. Por ejemplo, en algunos países se ha expandido la libertad de prensa como un elemento fundamental; también podemos mencionar la democratización tecnológica, a la que me referí antes, y la educación cívica, que mencionaba don Enrique. Aquellos países que no han abandonado la educación cívica, en los que esta sigue siendo un elemento fundamental, por supuesto tienen mucho mayores fortalezas para combatir este

flagelo. Pero las investigaciones también demuestran que las leyes de acceso a la información, la tipificación de los delitos de la administración —que muchas veces es un vacío que encontramos en la legislación— y la adopción de normas para evitar el conflicto de intereses, se convierten en elementos muy importantes para combatir la corrupción.

Una cosa que el presidente Lagos ha mencionado mucho y que yo creo que tenemos que retomar es el tema del financiamiento de la política: el ligamen del dinero y la acción de los partidos políticos, y cómo convencer a la sociedad de que para tener democracia hay que invertir en ella. ¡Ojalá pudiéramos cortar totalmente ese ligamen entre el financiamiento privado y los partidos políticos! Pero en las condiciones en las que estamos hoy en día es muy difícil decir: «Vamos a financiar la política solo con el dinero público, y no vamos a permitir ninguna intervención del dinero privado». En nuestros países, con el alejamiento y la desconfianza que tenemos de la política, cada vez que planteamos eso, más bien ponemos más leyes para restringir y para cortar con ese ligamen entre la política y el dinero.

Ahora, el tema ético de las instituciones no refiere exclusivamente a ese tipo de corrupción, sino que hay un problema ético que tiene que ver con otros aspectos de la vida política, que creo que mencionaba aquí Alberto: es la percepción de los ciudadanos de que las decisiones del sistema político están sesgadas hacia grupos minoritarios de la sociedad que cooptan el Estado, por lo que los resultados de ese ejercicio son injustos, ya que promueven desigualdades inaceptables.

Dije antes que estas nuevas clases medias eran menos tolerantes a la corrupción, eran menos tolerantes a la ineficacia de los servicios y de las instituciones, pero también son más intolerantes a resultados injustos del ejercicio democrático cooptado por intereses de grupos minoritarios en el Estado. Creo que eso no lo podemos dejar fuera de nuestra discusión, porque comienza a haber una distorsión de los valores en la sociedad, con dinámicas excluyentes. Este es el tercer elemento.

Creo que lo presentado por Ruiz Gallardón con respecto a Europa y Estados Unidos también es de suma



relevancia, porque se trata de dinámicas discriminatorias; surgen antivalores de grupos que promueven dinámicas de discriminación, racistas, etcétera, dentro de nuestra sociedad.

Ahí hay un tema fundamental, que de alguna manera ha sido marginado de la discusión, y es el hecho de que muchas de estas formas xenófobas, racistas, de enfrentarse al establishment -esta ola anti-establishment que tenemos- tratan de hacerlos creer que para que seamos una cosa tenemos que ser solo eso. Es como una dinámica de formar lo que yo llamo identidades excluyentes: si yo soy costarricense no puedo ser nada más; o si soy de una religión, no puedo ser nada más. Es la falta de educación -no solo cívica-, la falta de reconocimiento de una sociedad que vive en la pluralidad, que significa reconocer que cada uno de nosotros somos muchas cosas al mismo tiempo y que, por lo tanto, la posibilidad de vivir con el resto no es el paradigma del melting pot, y pido disculpas por utilizar el término inglés. El melting pot suponía que cada uno de nosotros contribuía en algo a una identidad que iba a ser única, pero compartida por todos. Hoy en día no vivimos en ese mundo; no es el mundo del melting pot, sino el de la pluralidad identitaria que cada uno de nosotros conlleva, en una convivencia en la que reconocemos la riqueza del otro.

Creo sinceramente que en nuestra región -aunque también lo estamos viendo en el resto del mundo- estamos viviendo un momento en que la sociedad va más rápido que las instituciones. Esto lo veíamos cuando estudiábamos sobre desarrollo. Yo creo que estamos viviendo un momento en que se abren todas las opciones, las positivas y las negativas, en una sociedad que ha avanzado mucho más rápidamente de lo que las instituciones han podido cambiar para responder a esas nuevas demandas, a esa nueva ciudadanía, a esa nueva forma de tratar de relacionarnos entre los gobernados y los gobernantes, entre las instituciones y la ciudadanía. La gran pregunta es si en ese desencuentro las instituciones van a ser capaces de reformarse a sí mismas y al sistema político para poder responder a esa nueva sociedad.

Aquí surge la pregunta que se hacía Wolfgang Münchau, en un artículo que recomiendo, cuyo título creo que lo dice todo —lo mencionaba Natalio de otra forma—: El momento María Antonieta de las élites, refiriéndose a la globalización. Bueno: ¿vamos a vivir el momento María Antonieta de las élites de la globalización, o vamos a poder, efectivamente, tener unas élites que puedan transformarlo, junto con el resto de la sociedad, entendiendo que el bien colectivo es el bien propio en el largo plazo? Eso todavía no lo sabemos; es una pregunta abierta. Podemos tener élites que no sean capaces de ver realmente este punto y, por lo tanto, efectivamente viviremos el momento María Antonieta de las élites en la globalización.

Alberto Ruiz Gallardón

Muchas gracias, Rebeca.

Estamos todos agradecidos y voluntariamente sometidos a la coordinación que siempre nos marca Isabel en relación con los horarios, por su prudencia y por su inteligencia, y creo que me está indicando que me da tiempo para hacer una pregunta telegráfica a cada uno de los dos ponentes, cuyas respuestas también tendrán que ser telegráficas.

Natalio: la primera pregunta va para ti.

Ayer se dijo aquí algo muy importante: detrás de cada corrupto hay un corruptor. Mi pregunta, después de tu intervención, es: ¿basta con que ese sentido ético esté en las instituciones, o tenemos obligación, también, de implementarlo en toda la sociedad?

Natalio Botana

Aquí hay una dialéctica muy intensa entre lo que podemos llamar «virtud de las instituciones», capaces de producir un buen gobierno, y la «virtud del buen ciudadano». Hoy la virtud del buen ciudadano, como dijo Rebeca y como se dijo en el día de ayer, es la sociedad movilizada, la sociedad empoderada que tenemos. Pero después de darle tantas vueltas a la cosa, tengo la impresión de que es una sociedad empoderada, pero

sin rumbo. Ese es el problema de fondo: es, repito, una sociedad empoderada, sin rumbo.

Lo que ha desarrollado esta sociedad empoderada es un concepto del pluralismo negativo, mucho más que un concepto del pluralismo positivo. Es una sociedad con una capacidad extraordinaria —como se ve en Brasil y en Argentina; en Buenos Aires debería haber un informe televisivo para saber qué número de piquetes tenemos por día—, que sabe decir que no, pero no sabe decir que sí. Piensa que decir que sí fue la gran invención de la democracia representativa, porque cuando esta se inventó, en una escala mucho más pequeña, mucho más acotada, había una extraordinaria movilización de las sociedades. ¿O acaso la sociedad de la Revolución Francesa, donde inventaron la teoría de la representación política, no estaba movilizada?

El punto, entonces, es crucial en el siguiente sentido. La sociedad, evidentemente, puede controlar, la sociedad puede acicatear, la sociedad puede hacer visible una demanda de mayor transparencia, pero si no hay respuesta en el nivel de las élites, si no hay respuesta en el nivel de la mediación que sostenga efectivamente a estas instituciones en vías de transformación, las instituciones pueden caer, y ahí sí tenemos problemas, porque cuando caen las instituciones la reforma no es dentro del régimen democrático, sino que lisa y llanamente es la caída del régimen democrático.

El problema está ahí: es una dialéctica entre la virtud del dirigente —y eso también toca a los dirigentes del poder económico, no solo a los del poder político—y la virtud de las instituciones.

Esto se está diciendo desde hace milenios y es muy difícil de resolver, pero yo creo que esos son los términos del problema.

Alberto Ruiz Gallardón

Gracias, Natalio.

La última pregunta es para Rebeca.

Al margen del juicio ético que expusimos en la reflexión que hemos hecho en esta mesa, desde tu experiencia en la Secretaría General Iberoamericana, ¿hasta qué punto la corrupción es un mecanismo de reducción de la competitividad de los países? ¿Hasta qué punto la falta de seguridad jurídica, la falta de un sistema previsible de resolución de conflictos aleja la inversión, aleja la prosperidad? ¿Estamos hablando, no solamente de un problema ético, sino también de un destroce económico de la sociedad como consecuencia de la corrupción?

Rebeca Grynspan

Yo estoy convencida de que, en el largo plazo, la corrupción es un impedimento al crecimiento y a la prosperidad; no tengo ninguna duda, no solo por la actitud de los ciudadanos, sino también de la inversión privada. El problema que veo es que no siempre es así en el corto plazo. No podemos negar que hay muchos países que crecen aceleradamente aun cuando sabemos que sus niveles de corrupción son enormes. Podemos mencionar el caso de China. En el largo plazo, repito, estoy convencida de eso; pero aquí tenemos el problema –que yo creo que no es solo del sector público, sino también del privado- de cómo logramos entender que el corto y el largo plazo comienzan al mismo tiempo; cómo vamos a tener esa visión de largo plazo. Siempre creemos que, de alguna manera, lo vamos a solucionar en el corto plazo siguiente, que nunca llega.

En los gobiernos hay que ver cómo es que la democracia genera incentivos para proyectos de largo plazo porque, en verdad, como dicen en mi pueblo, muchas veces el problema con la política es que alguien se come la piña, pero es al otro al que le duele la panza. Y la democracia no generará incentivos para poder tener un proyecto de largo plazo si no le reclamamos al de atrás, no solo al que está lidiando con ese problema. Lo que yo veo en la región es que la polarización tremenda que se está dando en muchos países -no solo en los que hoy en día están en crisis- evita que pueda conformarse, como dije antes, un proyecto común de sociedad con visión de largo plazo. El mismo problema lo tenemos en el sector privado: ¿cómo tendremos un sector privado que apueste por el largo plazo y no por el beneficio inmediato de hoy?



Alberto Ruiz Gallardón

Rebeca, Natalio: ¡muchísimas gracias!

También agradecemos mucho a los presentes. Si no hemos conseguido darles respuestas, por lo menos ambicionamos haber podido generar que ustedes se hagan preguntas; con eso nos daríamos por satisfechos.

5 - Síntesis de las jornadas.

Gabriela Michetti
Alfredo Barnechea
Natalio Botana
Fernando H. Cardoso
Felipe González
Rebeca Grynspan
Enrique Iglesias
Ricardo Lagos
Carlos Magariños
Alberto Ruiz Gallardón
Julio M. Sanguinetti
Carlos Slim
Darío Werthein

Gabriela Michetti

Les confieso que me intimida un poco esta audiencia y este lugar, y como no pude estar presente en el día de ayer, envié a algunos de los chicos de mi equipo —se lo decía recién a mis interlocutores en el saloncito contiguo—, para que tomaran notas de lo que se hablaba, a fin de poder expresar aquí palabras que tuvieran que ver, obviamente, con lo tratado. Hoy a la mañana leí esas notas y escribí algo que espero que sea de utilidad.

Por supuesto que para mí es un enorme honor, además de un placer, estar frente a esta audiencia, ante estas personas que, como decimos con el presidente Macri, son sabios todos, son personas que nos pueden enseñar muchísimo, lo que para nosotros es muy valioso.

Como ustedes saben, este es un Gobierno que trata de tener conciencia de que el poder no tiene que subírsele a la cabeza a nadie y que, en el fondo, debe ser un ejercicio de transformación de la sociedad para llevar, realmente, bienestar a todas las personas, a todos los ciudadanos, sobre todo a aquellos que tienen muchísima dificultad para generar un proyecto de vida que los haga sentir bien, que los haga sentir plenos, y que les permita poner todas sus capacidades, sus talentos, sus atributos, su singularidad en juego. Esta es nuestra noción del ejercicio del poder, y todo lo que significa esta experiencia, esta inteligencia y este conocimiento es muy bienvenido.

Por supuesto, agradezco la oportunidad de estar acá y hago mías las palabras del presidente, que en el día de ayer dijo que escuchar estas experiencias colectivas, así como las reflexiones individuales que ustedes han hecho, es para nosotros un regalo en estos días, y nos ayuda a seguir trabajando en la conducción del destino de nuestro país. Tanto para Mauricio como para mí, escucharlos a ustedes no es un simple ejercicio intelectual —como se darán cuenta— o de relaciones públicas lindas y placenteras, sino un aprendizaje político invalorable. La experiencia, las opiniones, la visión de todos los estadistas, académicos y empresarios que han hablado —incluso aquellas con las que uno no necesariamente concuerda en un cien por ciento— conforman un insumo político muy valioso para nosotros.



Siguiendo las interesantísimas intervenciones de ayer he notado que varios de los ejes temáticos han dejado traslucir una preocupación por no desaprovechar las oportunidades que se están presentando, pero también una preocupación por alguno de los rasgos que vemos en el mundo de estos días.

Se ha hecho, en primer lugar, un llamado a construir sobre las fortalezas que caracterizan a esta región latinoamericana.

Somos una región pacífica; claramente, esto no quiere decir que no tengamos conflictos, pero no son esos conflictos de los que hablamos en otros lugares del mundo; además, son percibidos como una anomalía en nuestros países, lo que es bueno porque significa que no nos acostumbramos a esas cosas y, casi automáticamente, la mayoría de nuestros países se unen en esas preocupaciones y en ese esfuerzo por buscar salida a los conflictos que de tanto en tanto surgen. Somos pacíficos porque hemos decidido serlo, y esa decisión ha sobrevivido a crisis y a cambios de rumbo ideológicos y económicos de los Gobiernos de la región, y seguramente seguirá firme en el futuro, como decisión de los pueblos.

Además de ser una región pacífica, hemos sido bendecidos con una enorme cantidad de recursos y una extraordinaria riqueza de esos recursos, lo que, lamentablemente, no se condice con los niveles de pobreza que tiene nuestra región. Esta es la principal llamada de atención que tenemos los latinoamericanos cada vez que hablamos de nuestros países y de la situación de nuestros pueblos, estos pueblos que son de naturaleza industriosa y creativa, al menos en la medida en que han podido escapar a catástrofes como la desnutrición y las adicciones. Es por eso que aspiran a una vida mejor, porque saben que la merecen y están en condiciones de alcanzarla. ¡Nuestros pueblos saben que están en condiciones de alcanzar una vida mejor!

La paz que hemos ganado y la riqueza natural con la que hemos sido bendecidos deben ser honradas y aprovechadas, y no hay mejor manera de hacerlo que profundizar la unión y cultivar la imaginación y nuestra capacidad de creación colectiva.

Una oportunidad –aunque no la única– para hacer de esto un pensamiento aún más rico y más profundo será la cumbre del G20. En realidad, tomo como un desafío la pregunta que hizo en el día de ayer Ricardo Lagos: ¿podremos, México, Brasil y Argentina, hablar con una sola voz? Lo estamos haciendo, dice Beatriz; y tendremos que seguir haciéndolo. Pero yo le agrego a esto otro desafío: ¿podremos ofrecer, como región, una alternativa al mundo? En mi experiencia de poco más de un año como vicepresidenta -o vicepresidente, como dice Julio María Sanguinetti-, y también de haber viajado por otros lugares del mundo, por países que realmente están mirando a Argentina y sus cambios de una manera muy atenta, lo que noto permanentemente es que la pregunta de los hombres de Estado, de los hombres del sector privado, de los empresarios de esos países, es: «¿Cuándo van a presentarse como región, en un solo mercado, en una sola alternativa de desarrollo conjunto?» Este es el enorme desafío que tal vez tengamos, también, hacia adelante.

¿A qué me refiero con esta alternativa? Me refiero a una visión y a un compromiso regional de dar respuestas propias y ejemplares a los dilemas que se nos presentan en los temas planteado en el día de ayer: migraciones, terrorismo, revolución tecnológica, estado de la democracia representativa. Esto es fundamental y anoche se habló de ello. Sin una reunión rica y pacífica no se pueden encontrar soluciones a estos problemas, especialmente soluciones conjuntas y regionales. Y no imagino otra manera de encontrarlas que no sea todos juntos; sin ámbitos como estos, que nos direccionen hacia ese horizonte, tampoco imagino cómo podremos alcanzarlo. Estos son los momentos: las reuniones, las discusiones, los debates, las charlas, las conversaciones que nos permiten imaginar esa respuesta colectiva, esa respuesta regional, esa mirada y esa manera de enfrentar los desafíos de forma conjunta, con toda la riqueza y con todas las posibilidades que podemos ofrecerle al mundo entero.

Agradezco enormemente que se me hayan dado la posibilidad de estar acá, con ustedes, de escuchar y de leer todo lo que se ha dicho y, humildemente, los invito a seguir con esto, a profundizar. El Círculo de Montevideo es una organización que todos valoramos;

todos sentimos que su prestigio no es porque sí, sino que realmente se lo ha ganado. En este momento de la Argentina, en particular, para nosotros sigue siendo trascendente encontrarnos con ideas inteligentes, con alternativas, incluso con creaciones disruptivas que nos sacudan a todos, para poder construir el país que deseamos, liderando algunas de las alternativas que América Latina puede tener —esa es nuestra ambición— para enfrentar los desafíos y los problemas del mundo.

¡Mil gracias por estar con nosotros, por estas conversaciones, por estar en Buenos Aires y, seguramente, por haber disfrutado nuestra ciudad, que sé que todos quieren! Están siempre invitados a seguir haciéndolo. Ojalá realmente podamos, en los próximos diez o veinte años, tener una región de América Latina que empiece a decirle al mundo cosas que el mundo necesita escuchar, y empiece a mostrarle al mundo cosas que el mundo necesita ver.

Muchísimas gracias a todos.

Julio María Sanguinetti

Estimados amigas y amigos: vamos a nuestra ronda final de conclusiones luego de estas jornadas de debate.

Esta mañana hemos tenido una extraordinaria mesa, que nos ha dejado preguntas y preocupaciones, pero también caminos. Nos ha mostrado el divorcio que se viene dando entre las instituciones democráticas y la opinión pública, ese alejamiento y desencanto del fenómeno político, así como la capacidad destructiva de la corrupción sobre la fe de la gente, que es esencial, porque la confianza es la base del desarrollo económico y de la estabilidad política; ningún régimen en la historia ha funcionado sin confianza y fe de sus ciudadanos.

De modo que, para comenzar, pediría a Felipe que haga sus reflexiones, siempre lúcidas.

Felipe González

En realidad, me invita a que siga haciendo provocaciones, y algunas haré.

Cuando terminaba Ruiz Gallardón su intervención de esta mañana, con cuadros y una exposición brillante sobre el éxito -a pesar de todo, jy con datos!- de los últimos ochenta años, si se quiere, de la historia del mundo -las cifras lo dicen y es así: hay mucho menos pobreza, etcétera- nos mostraba el triunfo de lo que él llamó economía de mercado, democracia representativa. Esas son las grandes aportaciones. «Puede haber matices», decía, pero terminaba concluyendo: «Por tanto, nosotros estamos del lado bueno de la historia, a pesar de las dificultades de los populismos», de no sé cuánto, de que aparezca Trump, de que aparezca Le Pen, de que aparezcan, en fin, todos los cuadros que ha descrito. Yo le recordé lo que pasó con un famoso alemán llamado Otto French, que murió en un accidente de circulación y en la tumba le pusieron una lápida con la siguiente frase: «Aquí yace Otto French, muerto en accidente de circulación. Tenía razón, pero aquí yace». El problema no es si tenemos o no razón, si estamos o no del lado bueno de la historia; el problema es si la sociedad es capaz de entender ese lado bueno y reaccionar frente al otro.

La segunda observación nacida de lo dicho esta mañana es la siguiente. Siempre me impresiona la reflexión de Natalio sobre la ética: la ética personal y, si se puede, la ética sustituida por el buen funcionamiento de las instituciones impregnadas de ética. La personal tiene mucho que ver, es verdad, con Erasmo y la autocontención. Cuando no había una contención institucional, Erasmo le pedía al príncipe absoluto autocontención, ética, moralidad para defender los intereses generales; nadie lo podía contener, pero él se autocontenía. Ese es el concepto de la ética personal. La ética dentro de las instituciones, que hay que renovarla, es una traslación de esa ética personal en el equilibrio de poderes y, por tanto, en un buen funcionamiento de las instituciones.



Esto plantea muchísimos problemas. Esta mañana, igual que ayer, nos quejamos –tal vez sean quejas de viejos— de que se están perdiendo los valores. Quién sabe, ¿no? Por lo menos, hay valores más dispersos; algunos se están perdiendo, otros no. Pero hay un fenómeno constante, y es que nos parece que nos pasa solo en una época.

Ayer hablamos de Venezuela. Allí, los jóvenes universitarios, primero, y ahora el resto de la población, están en la calle pidiendo libertad. Mientras Rebeca Grynspan dice que en América Latina y en Europa la gente tiene cada vez menos confianza en la democracia, que se expresa a través de la libertad de voto, allí están en la calle, arriesgando la vida -literalmente- cada día porque quieren ser libres y no quieren estar sometidos a una tiranía. Miren lo que les voy a decir: si en lugar de llamarse Maduro el tirano se llamara Pinochet, en el resto de América Latina y en Europa todas las universidades estarían en la calle. ¡Es la misma tiranía! Son los mismos universitarios los que están pidiendo libertad allí; los mismos que salíamos a la calle a principios de los años setenta en España, con las mismas mangueras de la Policía, con los mismos perdigones y con los mismos gases lacrimógenos.

Pero quería destacar, sobre todo, que ¡se añora lo que se pierde! Esto es parte de la educación cívica. Venezuela añora la pérdida de la libertad. Por muchos defectos que se le atribuyeran a la Cuarta República, ella ha sido sustituida —lo decía Natalio— por un desastre infinitamente mayor en todos los parámetros, incluidas las denuncias de corrupción, porque se han corrompido los hombres y también el sistema, que se ha convertido, no solo en un Estado corrupto, sino fallido.

Conozco países en los que la corrupción está muy institucionalizada, pero solo se hace el *harakiri* aquel que se corrompe traicionando los intereses generales. Parece una distinción sutil, y lo es, pero piénsenla. Incluso la institucionalidad tiene institucionalizador. Lo que no he visto nunca es lo que ha pasado en Venezuela: la destrucción más rápida y más sistemática de un país –social, política, institucional, económica y de su aparato productivo—, además de habérselo robado

todo en menos tiempo. ¡Y todavía no reaccionamos! Vemos a los muchachos en la calle, ¡los vemos! Cuando miraba a la vicepresidenta con su silla, recordaba que el otro día vi a una muchacha joven, adolescente, en silla de ruedas, gritando: «¡Sigan moviéndose! ¡No tengan miedo! ¡Hay que estar en la calle! ¡No podemos soportar esto!». ¿Qué no pueden soportar? No pueden soportar el hambre, no pueden soportar la falta de libertad; están pidiendo que los dejen votar, ¡votar! ¡Imagínense! ¿Se imaginan grandes manifestaciones callejeras en cualquiera de nuestros países pidiendo votar? ¡No! Menosprecian esto que llamamos las élites.

No me quiero extender, pero sí poner de manifiesto algunas bellísimas contradicciones que vivimos.

¿Cuándo defenderemos la libertad antes de perderla? La democracia sigue siendo un bien escaso en el mundo, el único que nos permite la dignidad de ser ciudadanos y, por tanto, de asumir que tenemos un paquete de derechos y de obligaciones que conforman nuestra ciudadanía. Los que no gozan de este sistema no son ciudadanos, como mucho, son súbditos; súbditos de una tiranía, de una dictadura, de un totalitarismo.

Termino con Cervantes: «No hay ningún bien mayor que la libertad». Sin libertad no hay dignidad.

Julio María Sanguinetti

Como decíamos ayer con palabras de Montesquieu, cuando se quiere alguna otra cosa en lugar de la libertad, se termina perdiendo la libertad y esa otra cosa.

Para completar el tema Venezuela le pediría a Alberto Ruiz Gallardón –que ha estado muy involucrado– que haga algunos comentarios más sobre esa situación.

Alberto Ruiz Gallardón

Gracias, presidente.

Creo que las palabras del presidente González hacen innecesario que yo añada algo a lo que en estos momentos constituye, creo, la herida democrática más importante que tiene América Latina.

Es verdad lo que dice el presidente González. A quienes hemos tenido la ocasión de conocer desde dentro la tiranía que en estos momentos se ejerce en Venezuela, la arbitrariedad con la que funcionan los poderes públicos, la supresión de la división de poderes con la ocupación del Poder Judicial desde el Ejecutivo y la anulación sistemática del Poder Legislativo —quiero decirlo con contundencia—, nos provoca dolor, nos provoca indignación, nos provoca una profunda incapacidad de abordarlo desde un aspecto colectivo. Tengo que señalar —y lo hago con dolor— que, desde mi punto de vista, todavía no tiene, por parte de la opinión pública y por parte de los gobiernos democráticos, la respuesta que merecería.

Es verdad lo que decía el presidente González en cuanto a que en otros momentos históricos, cuando en algunos países de América Latina la voluntad ha sido usurpada por dictadores que han pretendido arrogarse la legitimidad de la voluntad de todos, ha habido respuestas internas, por supuesto, pero también regionales de América, e internacionales.

Lo que hoy me gustaría trasladarles, y lo digo de forma muy especial en presencia del auténtico héroe que es Juan Carlos Gutiérrez —que se encuentra aquí con nosotros—, abogado defensor de Leopoldo López y de otros presos políticos, injustamente encarcelados por la dictadura chavista, es: ¡no podemos dejar solos a nuestros hermanos venezolanos!

No podemos dejar que estos valientes, estos auténticos demócratas, estas personas a las que no les ha importado arriesgar su prosperidad o el buen fin de sus bufetes de abogados por defender una causa justa en la que creen, que es la libertad de los inocentes, se encuentren solos.

Me gustaría aprovechar esta invitación del presidente Sanguinetti para trasladarles una convicción: en América Latina, ustedes han acabado con todas las dictaduras; con algunas ha costado más, con otras menos, pero hoy el continente es un ejemplo de cómo, con perseverancia, con solidaridad, con convicciones y con firmeza se ha alcanzado la democracia. ¡Pero esa tarea no estará conclusa hasta que acabemos con la tiranía de Venezuela! Es por ello que creo que, desde este Círculo plural en sus ideas, jamás dogmático, en el que en estos veintiún años se han construido proyectos de aportación ideológica con la única exigencia que desde el primer momento el presidente Sanguinetti nos planteó, que es defender los derechos humanos, defender las democracias, nosotros tenemos que sumar nuestra voz a la conquista de esa libertad en Venezuela. ¡No tengan absolutamente ninguna duda de que lo conseguiremos! Lo que pasa, como también lo dijo ayer el presidente González, es que no tenemos mucho tiempo, y si el tiempo se alarga, el perjuicio será para la población venezolana.

Muchísimas gracias.

Julio María Sanguinetti

Damos la palabra ahora al presidente Cardoso.

Fernando Henrique Cardoso

Voy a expresar pocas palabras.

Creo, en primer lugar, que en los recorridos que hicimos aquí reanudamos nuestro compromiso con la democracia. Hemos visto ahora, concretamente, con la referencia a la tiranía que vive Venezuela, la reacción contraria de todos. Me parece que algo importante, que va más allá de los intentos de entender o comprender las situaciones, es protestar, gritar, porque hay momentos en los que la voz no puede callarse.

Alguien dijo acá que es difícil ver que se salga a las calles a pedir por el voto. Yo he visto eso más de una vez; la edad enseña. Aunque era joven, me acuerdo de la época de Vargas en Brasil y los comicios para que fuera posible reanudar la democracia en el año 1945. Pero también lo vi otra vez en Brasil, hace poco, cuando el *impeachment* del presidente Collor, que la gente salió a la calle; y antes, durante el régimen militar, también salimos a las calles para pedir «Directa ya», o sea,



elecciones. Así que es verdad que hay un sentimiento profundo que hace a la búsqueda de libertad.

Con respecto a que los indicadores son malos en Estados Unidos, en Europa y en América Latina, hay que seguir creyendo en ciertos valores. Por cierto, hay que reconocer las realidades, y es indiscutible que, en el mundo actual, gracias a las grandes transformaciones tecnológicas —de las que muchas veces hemos hablado aquí—, la gente tiene a su disposición los medios para comunicarse e informarse; pero de ello, hasta el momento, ha derivado una gran confusión, una pérdida de rumbo. La gente sabe muchas cosas pero, ¿hacia dónde vamos? Ese es el punto.

Recuerdo, también –y algunos de los presentes han vivido más de cerca los acontecimientos—, que en Francia, con la Cuarta República, había una desconfianza generalizada, además de críticas por todos lados, y De Gaulle impuso la Quinta República. Lo hizo porque en aquel entonces estaba la guerra colonial en Argelia, donde la gente también sufría y moría por la libertad nacional. Cuando De Gaulle llegó al poder, le dio un nuevo rumbo a Francia. Pero me tocó vivir en Francia tiempo después, cuando se criticaba a De Gaulle; en la Revolución de Mayo, en 1968, los estudiantes criticaban a De Gaulle.

Siempre fue así en la historia. Las personas que tienen un rol preponderante en ciertos momentos, logrando quizás un acuerdo progresista, aparecen más tarde como si fueran reaccionarios. ¡No importa! Lo que importa es que hay movimiento. En esas circunstancias hay carencia de liderazgo.

Quisiera señalar solo este punto para no ocupar demasiado tiempo de ustedes: no se queden en las situaciones difíciles, cuando hay mucha conexión pero poco rumbo, sin que alguien sea capaz de apuntar el camino. Eso es lo que hace falta en este momento. Los líderes que hay en el mundo, con algunas excepciones, han nacido en situaciones no democráticas; los grandes líderes del mundo —no todos, pero sí los que tienen fuerza en sus países— no adquirieron esta fuerza por su creencia en la democracia, sino por el manejo de los instrumentos de Estado y por su capacidad —no hay

que negarlo— de conectarse directamente con el corazón de la gente —no por medio de *tweets*— y expresar un sentimiento, no necesariamente democrático. Eso es lo que nos hace falta a nosotros: que haya líderes que expresen el sentimiento actual en las democracias, el sentimiento de no estar de acuerdo, que implica un sentimiento de pérdida. Los datos brutos demuestran que no hubo pérdidas, en promedio, pero para quien pierde sí hay un sentimiento de pérdida.

Voy a repetir —y con esto termino— una frase que me gustó mucho, de un sociólogo francés que dijo lo siguiente: hay una mundialización —así llaman ellos a lo que nosotros denominamos globalización— que es feliz —heureux—, pero hay otra que es infeliz —malheureux—; son los que pierden con la globalización. Son esos los que ahora están protestando. Quienes creemos que es mejor que haya globalización, liberalismo y democracia, es a esos que están perdiendo a quienes tenemos que dirigirnos, porque si no los contenemos rápidamente, otros van a hacerlo y son ellos los que van a ganar, y no necesariamente van a defender la libertad ni la democracia.

En consecuencia, creo que es muy efectivo el rol de los líderes que todavía comprenden el sentimiento de la gente, y creo –y con mucha fuerza lo ha dicho aquí, principalmente Felipe– que ese sentimiento en América Latina se resume hoy en decir «NO» a lo que pasa en Venezuela, porque realmente es allí donde se ve más dramáticamente el surgimiento de una tiranía. Es necesario recuperar un sentido de virtud, de ética –en el sentido político de virtud–, para que se pueda encaminar hacia un final mejor esta situación, que tendrá, sí, consecuencias en toda la región latinoamericana.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

Pedimos al presidente Lagos unas reflexiones sobre el tema que abordó en el día de ayer.

Pero antes de eso, quisiera hacer un pequeño comentario. Venezuela nos ofrece, también, un ejemplo de lo que significa la pérdida de los partidos. Venezuela tuvo dos grandes partidos que gobernaron, y no es que Chávez los haya liquidado; no. Chávez llegó porque ya no estaban esos partidos. El propio doctor Caldera, que le precedió, había llegado a la presidencia expulsado de la Democracia Cristiana que él había fundado. Por tanto, Chávez no fue el causante de la desaparición de los partidos, sino la consecuencia, el primer gran paso hacia este desbarranque tan doloroso que estamos viviendo.

Ahora sí, le doy la palabra a don Ricardo.

Ricardo Lagos

Quisiera hacer dos reflexiones: una, a nivel de nuestros países; la otra, a nivel internacional, desde América Latina.

La primera, tiene que ver con el panel de hoy en la mañana -extraordinarias las tres presentaciones-, cuando se nos planteó por qué, en la evolución –no solo de América Latina, sino también del resto del mundo, particularmente de Estados Unidos y de Europa- aparece esa sensación de hastío, de molestia, de desagrado con las élites; qué es lo que lo explica, y en qué medida tiene que ver con cambios profundos que se están generando al interior de nuestras sociedades, producto de un proceso globalizador cuyos beneficios y frutos no alcanzan a todos. Me refiero a los gráficos que nos presentaba Alberto Ruiz Gallardón, de los que surge que la inmensa mayoría de quienes viven en Estados Unidos y Europa, particularmente los más jóvenes, piensan que van a vivir peor que lo que vivieron sus padres. Allí hay, entonces, un tema muy profundo.

A continuación, es Natalio Botana quien nos trae el tema de la corrupción como un elemento que afecta las formas de gobierno, refiriéndose específicamente a las formas de gobierno democrático y republicano.

Termina Rebeca Grynspan planteando la relación dinero-política, y en qué medida la actividad política debe tener un financiamiento público para separar completamente, hacer un muro, entre el dinero y la política, en un ejercicio republicano.

¿Por qué menciono todo esto? Porque creo que es una de las primeras tareas que tenemos en cada uno de nuestros países: ver cómo ser capaces de recuperar esa confianza en los sistemas democráticos representativos, donde sabemos, sí, que tenemos que generar mayores espacios a la participación, producto de las nuevas tecnologías. Recuperar confianzas es lo que permite recuperar, entonces, la legitimidad de las instituciones políticas, esenciales para seguir conviviendo. Es cierto que tenemos una tarea pendiente que se llama Venezuela; pero introduzcamos, también, un pequeño matiz de optimismo, porque en reuniones anteriores de este Círculo la preocupación miraba, también un poquito, desde aquí hacia el norte, a Colombia y la guerrilla que allí ocurría. Y digámoslo: con el liderazgo de los presidentes colombianos y con el apoyo del resto de América Latina, se pudo resolver ese conflicto de una manera adecuada, sin necesidad de intervenciones extranjeras.

Entonces, en el tema de recuperar confianza tenemos, tal vez, la primera de las tareas.

La segunda tiene algo que ver con lo que planteamos ayer en lo relativo al Grupo de los 20, este grupo que surge como resultado -no lo olvidemos- de la crisis internacional de 2008. Los países más avanzados conformaban el Grupo de los 7, integrado por los países industrializados, encabezados en ese momento por el presidente Bush. Bush advierte que el Grupo de los 7 no da cuenta de los desafíos del mundo de hoy y que hay que citar un Grupo de 20. Ahí llegan, entonces, las veinte economías más avanzadas, como China, India y Turquía; se incorpora Rusia de pleno derecho; y, por primera vez, en esos veinte hay tres países de América Latina. En consecuencia, por primera vez tres países nuestros -México, Brasil y Argentina- entran a jugar un rol determinante en ese contexto. Y ahora, por primera vez, el año próximo este Grupo de los 20 se reúne en América Latina. Nunca antes en su historia lo había hecho. Es tremenda la responsabilidad del Gobierno argentino la de liderar esta consulta el año próximo; y es tremenda, también, la responsabilidad de los otros dos países de poder consensuar una mirada común.

Tal vez sería el momento de pensar que la Celac, esta Comunidad de Estados Latinoamericanos y del



Caribe, que se reúne una vez al año, debería hacer su reunión unos tres o cuatro meses antes que la del Grupo de los 20 aquí en Buenos Aires. De esa forma, los tres que van a estar aquí podrán plantear con mayor propiedad lo que es el punto de vista de la Celac. ¿En qué medida, por esta vía, podemos ir armando una forma de aproximarnos para que, sobre ciertos temas de la agenda internacional, tengamos una mirada común? Son muchos los temas de esa agenda respecto de los cuales podemos tenerla: podemos tenerla frente al tema del cambio climático, la emisión de gases de efecto invernadero y todo lo que ello implica; a lo mejor podemos avanzar un poco sobre la agenda de lo que son las nuevas pandemias, comenzando -yo diría- por la droga y por el narcotráfico que conlleva; la podemos tener, quizás, sobre los temas de la seguridad y de la guerra, y sobre cómo podemos hacer para fortalecer el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas; la podemos tener respecto de los temas de comercio internacional, frente a las voces del proteccionismo que surgen en países que hasta ayer eran firmes partidarios del aumento del comercio entre las distintas naciones.

Creo, también, que junto con ello deberíamos ser capaces de reivindicar, como latinoamericanos, que queremos hablar con una sola voz, independiente de los países que miran al Atlántico o los que miran al Pacífico. Lo que no podemos aceptar es que se presente que solo los países del Atlántico hablan de temas del Atlántico, y solo los del Pacífico hablan de los temas del Pacífico. ¡Esa es una división inaceptable! Tenemos que hablar con una sola voz hacia ambos océanos. Si el Atlántico fue el elemento determinante de la segunda mitad del siglo XX, y el Pacífico es el océano donde el grueso del comercio mundial se está expandiendo en este siglo, hay que hablar con una sola voz en ambos océanos para poder tener el peso que determina una relación comercial de esa envergadura.

Por lo tanto, creo que en esta reunión del Círculo de Montevideo se nos ha presentado un desafío al interior de nuestras sociedades —y hemos tomado debida cuenta de ello—, que es recuperar confianza; pero al mismo tiempo, estando en un país que ha sido anfitrión de esta reunión del Círculo de Montevideo y lo ha hecho tan espléndidamente, podemos también pen-

sar que a otro nivel político, como anfitrión de los jefes de Estado y de Gobierno que llegarán acá en 2018, podrá presentar una región que los recibe con una mirada común, y nos permite ser actores en un mundo global.

Esa es la única forma, creo yo, de poder incidir efectivamente sobre cada uno de los temas de la agenda internacional. Si lo logramos, habremos dado un enorme paso; si no, el mundo será determinado, básicamente, por países continente. Lo que queremos es que nosotros, como continente América Latina y el Caribe, podamos ser considerados como lo que somos: una visión común desde la diversidad de cada uno de nuestros pueblos. Lo que nos une es una historia y valores comunes, y son esos valores los que queremos poner en la agenda internacional; son esos valores, también, los que nos permiten mirar cómo aquella tarea pendiente que se llama Venezuela tiene que tener el respaldo de todos nosotros, como se ha dicho en esta reunión.

Creo que en estos dos puntos de la agenda, tal vez podríamos resumir un poco lo que han sido estos dos días de deliberaciones aquí, en medio del intercambio de ideas entre esta colección de expresidentes, dirigentes políticos, empresarios, académicos; la sociedad civil, en definitiva.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

Enrique Iglesias: me parece que usted, que ha sido un activo internacionalista y un hombre de las organizaciones multilaterales, podría comentar esta visión del presidente Lagos.

Enrique Iglesias

En primer lugar, presidente, agradezco nuevamente la oportunidad de estar una vez más en este Círculo de Montevideo. Saludo a usted y a los amigos y amigas que forman parte del Círculo desde hace muchos años, y agradezco a nuestros patrocinadores y al Gobierno argentino, que hicieron nuestra estancia tan agradable.

Si después de lo que acabamos de oír tuviéramos que definir la esencia de este evento, diría que ha sido trasmitir la preocupación por el cambio; una preocupación que, por supuesto, pone el acento en los aspectos negativos, pero que tiene que partir de valorizar los aspectos positivos. Creo que el mundo de hoy es mucho mejor que el mundo de hace setenta años atrás, como tuve ocasión de decir ayer, pero es un mundo que está sometido a grandes tensiones: está en peligro la paz, está en peligro el progreso económico, están en peligro los equilibrios sociales, está en peligro la oportunidad de mantener una democracia activa y vigorosa en muchos de nuestros países. De manera que hay una sociedad con peligros, pero también con grandes oportunidades.

El mundo del futuro tiene en la ciencia una capacidad de desarrollo como no tuvo nunca la humanidad, ni siquiera en los setenta brillantes años del pasado. Si algo nos deja el pasado es decir: «Lo podemos hacer». El mundo de 1945 era terrible; lo recuerdo poco, pero era terrible. Salimos de eso, logramos una experiencia muy importante, y yo creo que si aquello se pudo hacer, podremos manejar el futuro. Creo que tenemos capacidad para administrar ese futuro, apoyándonos en el emprendimiento, en la ciencia, en la tecnología, y en una vigorosa democracia que nos permita vivir.

¿A quiénes tenemos que mirar? ¿A quiénes se miró desde aquí? ¿A quién hay que dirigir estas reflexiones? Ciertamente, el primer objetivo son los jóvenes, que son los que van a tener que manejar todo este asunto. Y los jóvenes de hoy están desencantados, con una peligrosa desafección a la vida política ¡Eso es gravísimo! Hay que enseñarles y trasmitirles, de alguna manera, que no hay profesión más noble que la de orientar la vida de una sociedad para el bienestar general. ¡Es un privilegio y una enorme oportunidad! La desafección política de los jóvenes es grave; hay que atraerlos a la vida política y atraerlos, además, a reconocer lo que se ha logrado, cosa que normalmente no se hace.

Debemos entender que para todo eso se necesita aprender a convivir, a vivir en paz; no solamente vivir en paz a través de Internet y de los contactos en el aire, sino vivir en la vida de todos los días. Creo que esa convivencia de todos los días es algo muy importante, con lo cual deberemos trasmitir a los jóvenes la capacidad de trabajar en un mundo mejor. Esto convoca a la educación.

Ayer se habló de educación y se puso el acento en la importancia de una educación que no solamente aporte conocimiento -que es muy importante-, que no solamente enseñe a manejarse en el mundo digital, que es el mundo de la globalización -el mundo digital nos globaliza por definición-, sino que en ciertos valores fundamentales que siempre hemos tenido nosotros, las viejas generaciones, potencie y amplíe nuestro compromiso con la democracia, con la paz, con la igualdad, con la solidaridad. Mencionaba ayer que este es un concepto de los últimos cincuenta o sesenta años, que nos lo dio la experiencia multilateral; el mundo era caritativo, pero la caridad no es solidaridad. Digo repetidamente que la caridad es hija del amor, y lo tienen las grandes religiones: desde el diezmo cristiano a la tzedaká judía o el zakath islámico; pero, en cambio, la solidaridad es la hija de la justicia. Eso se ha incorporado, pero es fundamental que los jóvenes entiendan que ser solidario es algo más que un sentimiento, es un compromiso para vivir mejor, para una buena convivencia con los demás.

Los jóvenes son importantes, pero también los empresarios, que son los grandes motores del crecimiento y son los que hacen posible que la ciencia se convierta en productos, en bienestar, en servicios. Ellos tienen un compromiso muy importante con la sociedad: tienen derecho a ganar, pero también deben servir. Por ello, la responsabilidad social de la empresa es hoy fundamental, sobre todo para los pequeños empresarios, a los cuales hay que apoyar para que salgan y tengan productividad.

Por último, tenemos el desafío a la política y a los políticos, que deben entender que ellos son los que van a manejar este futuro y tienen que hacerlo en un mundo que va a exigir un diálogo muy importante y muy generoso. Como sabemos, el mundo de 1945 era el del Atlántico norte y un poco de América Latina; éramos 51 países. Hoy somos 200 países y hay que promover un diálogo que integre a todos. Eso es tarea política.



Lo que está pasando hoy, en nuestros países y en otros, con respecto a la corrupción nos va a depurar; la sociedad del futuro va a ser mejor porque va a ser imposible que se incurra en estas groseras manifestaciones de corrupción que han provocado tanto daño y tanto desastre. Vamos a pasar un trago amargo, pero será una sociedad mejor, sin duda alguna: más limpia, más pura, más experimentada.

Yo creo que en todo eso, el diálogo de este grupo, de estas personas, de estos jefes de Estado que han asumido tanto compromiso con sus pueblos y han adquirido tanta experiencia, pues, de algo servirá; servirá que les digamos a los jóvenes qué es lo que hay que hacer y cómo podemos ayudarlos para que lo hagan bien.

Gracias.

Julio María Sanguinetti

El ingeniero Slim ha sido, no solo un actor económico importante, sino también un hombre que ha contribuido al pensamiento y a la compresión de los fenómenos que marcan este cambio civilizatorio. De modo que le pediría que hiciera alguna reflexión al respecto.

Carlos Slim

Gracias, presidente.

Solo quisiera subrayar dos o tres puntos de los que estuvimos conversando.

El primero es que parece indiscutible que la mejor sociedad, la mejor vida en sociedad, es la democracia representativa y participativa, la diversidad, la aceptación de esa diversidad, la aceptación de la pluralidad, el respeto de los derechos humanos y, por supuesto, quizá por encima de todo, la libertad. Esto, que parecía un hecho, vemos que empieza a cuestionarse –incluso, en Estados Unidos no está siendo claramente considerada la diversidad y la pluralidad como derechos humanos—, pero entiendo que es la sociedad del siglo XXI a la que deberíamos aspirar todos, incluyendo, por supuesto, una mayor participación de la sociedad civil y del sector privado.

Esa sociedad también tendría que encargarse de conducir los cambios que la civilización está provocando, cambios que, como vemos, son muy acelerados. Veíamos en las gráficas que presentó Alberto hace un rato que el ingreso per cápita se mantiene estable durante muchas décadas, sube en la segunda etapa de la sociedad industrial, cuando aparecen la electricidad y el motor de combustión -en la presentación mostraba el cambio del ingreso- y con la nueva civilización se acelera casi verticalmente. Pues, bueno, habrá que conducir ese cambio. Además, en lo referente al empleo habrá que impulsar esas nuevas actividades que lo generan, y habrá que ayudar a resolver el problema de las personas que se están quedando sin empleo -por ejemplo los jóvenes, que muchas veces no tienen esperanzas- con jornadas semanales más cortas, pero una vida de trabajo mucho más larga.

Creo que ese es uno de los puntos importantes.

El otro punto que quisiera subrayar es el de la educación. Por fin, tenemos ya los instrumentos tecnológicos para que cualquier persona, por marginada y remota que sea su ubicación, tenga las mismas oportunidades de estudio que las personas que van a las mejores universidades del mundo. Por supuesto, son estudios no presenciales, sino a través de la red, donde todos estos cursos están disponibles de manera gratuita -el programa que estamos desarrollando en México ya está también en Panamá-, con conectividad también gratuita y, en los casos en que es necesario -y posible-, también lo es la certificación. Creo que es muy importante tener claro que la educación, o la oportunidad de educación, ya está al alcance de la mano en cualquier país, en cualquier lugar, por remoto que esté. Todas las personas, muy pronto tendrán -de hecho, ya las tienen- las mismas oportunidades de estudio.

También en la medicina, en la salud, se está avanzando mucho. Para lograr la prevención y la detección temprana, la genética está dando grandes pasos. Mucho se va a desarrollar para poder alcanzar una salud universal de alta calidad y, por supuesto, continuar incrementando la esperanza de vida de toda la población.

Fue muy importante hablar esta la mañana de la ética de las instituciones porque, como se señaló, en algunos casos la corrupción es sistémica, estructural. Lo que hace esta corrupción es quitarle recursos a los que más los necesitan. En tanto haya corrupción, todos esos recursos presupuestales, todas aquellas inversiones o gastos públicos que se realizan, representan recursos que se les quitan a quienes más los necesitan. Creo yo que eso es inaceptable.

¿Cómo se podría contribuir a eliminar esta corrupción? Bueno, algunos puntos son muy claros. Por ejemplo, que haya información, mucha información sobre todo lo que es el gasto público, la inversión pública, los ingresos, los egresos, etcétera. Información y transparencia, y que la sociedad civil pueda estar al tanto de todo.

También es muy importante que las instituciones, todas, se fortalezcan; que vayamos más allá de la división de poderes y se pueda tener instituciones con cierta autonomía, que no se utilicen -como se mencionaba en alguna de las exposiciones- como instrumentos de política. Eso implica, también, que estén razonable y más que suficientemente pagados los funcionarios que allí trabajan, porque lo que está pasando en muchos de nuestros países es que se les baja el sueldo, a veces a la mitad, con lo que se los pone en condiciones de no supervivencia, involucrándolos en la corrupción por definición. Entonces, es fundamental que tengan una remuneración adecuada, que se evite que sean instrumento político, que esas instituciones tengan una buena autonomía, y que las personas que allí trabajan puedan hacer su carrera dentro de la institución.

Creo que este punto es esencial.

Solamente quisiera insistir en que resulta claro que en esta civilización la mejor inversión es combatir la pobreza; combatir la pobreza es combatir la marginación, es combatir el autoconsumo, es combatir la ignorancia, de manera que podamos incorporar a la modernidad a los miles de millones de personas que hoy están marginadas en el mundo.

Muchas gracias.

Julio Maria Sanguinetti

Rebeca: ¿qué te parece si agregas algo sobre este tema tan importante?

Rebeca Grynspan

Nuevamente, muchísimas gracias.

Una reflexión que ya nos hemos planteado antes pero que quiero repetir acá sobre el tema de los jóvenes es si valoramos aquello que todavía no sabemos que podemos perder. He dicho muchas veces que tal vez tenemos ahí una responsabilidad por no haberle dado suficiente espacio al diálogo intergeneracional. Para nuestra generación, como bien se dijo, la democracia es una conquista; pero para muchos de los jóvenes, la democracia es un dato. Muchos de los jóvenes juzgan la democracia solo en su funcionalidad, pero no en su valor intrínseco. La democracia no necesariamente produce demócratas; a los demócratas hay que formarlos. Entonces, en el diálogo social también tienen que darse esos valores de la democracia; tiene que haber un espacio, no solo en la educación formal, sino también en nuestra interacción con los jóvenes. En ese diálogo sobre la democracia, sobre cómo la vemos, sobre cómo la ven ellos, por supuesto, tenemos la posibilidad de poner mucho más fuertemente en el centro nuestro devenir en términos de la conquista de la democracia.

Mi segunda reflexión es sobre un tema que también se mencionó, y es que la manera moderna de ver los derechos es hablar, además, de las responsabilidades, de los deberes, no solo de los derechos. Tal vez ahí también hemos tenido un déficit educativo; hemos hablado mucho de los derechos, pero no de los deberes de esos sujetos de derecho para responder a un paradigma distinto.

Mi tercera reflexión es sobre lo que decían ustedes en el sentido de que hay que conectar con el sentimiento de la gente. ¿Cómo explicar la paradoja que estamos viviendo cuando, efectivamente, estos ochenta años han sido de gran prosperidad, de gran acceso a bienes que antes solo alcanzaban algunos pocos? Eso es así, lo veamos solo por el ingreso o lo veamos por el Índice



de Desarrollo Humano, del que hablábamos ayer. De acuerdo con el Índice de Desarrollo Humano es claro que estos últimos treinta años -sin despreciar los ochenta- han sido de enorme prosperidad y bienestar para muchos. Pero creo que no hemos conectado con un sentimiento muy nocivo para la democracia, que es que después de la crisis financiera las personas de los sectores medios se sienten hoy mucho más vulnerables que antes. Es un sentimiento de incertidumbre por la tecnología, de vulnerabilidad porque hoy no tienen la fortaleza que tenían antes para asumir los riesgos de la vida, y de miedo. Esa combinación de incertidumbre, vulnerabilidad y miedo es terrible para la democracia y para los valores democráticos mucho más plurales. Debemos conectar con ese sentimiento de la gente, debemos entender que no es solo lo material, sino el hecho de que todos los días se levantan sabiendo que si les pasa algo en el auto no pueden arreglarlo, si les pasa algo en el techo de su casa no pueden asumir ese costo, y si le pasa algo a alguien de su entorno con respecto a la salud, en muchos de nuestros países no pueden afrontar esa enfermedad. Esa incertidumbre, esa vulnerabilidad, ese miedo, son malos consejeros para la buena política y un caldo de cultivo para el populismo. Conectemos con el sentimiento de la gente, también, no solo en lo material, sino en aquello que hace a la posibilidad de la felicidad.

Termino diciendo que muchos estudios cognitivos que se han hecho últimamente sobre el tema de la felicidad ponen como obstáculo principal dentro de nuestro cerebro para ser felices, el sentimiento del miedo. Ese obstáculo vamos a tener que enfrentarlo colectivamente porque, si no, no tendremos una política que realmente conecte con el ciudadano de a pie, que es la plataforma primordial para lograr sociedades de demócratas, que puedan reproducir la democracia y no solo considerarla un dato que se da sobre ella.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

Alfredo Barnechea, ¿puedes hacer algún comentario?

Alfredo Barnechea

Gracias, presidente.

Yo simplemente haría dos pie de nota a las intervenciones de los expresidentes.

La primera es que creo que en todas las conversaciones fui un espíritu analizando cómo, del diagnóstico, podemos pasar a soluciones. Esas soluciones consisten en encontrar un nuevo modelo, no solo de gestión política, sino económica y social, que de alguna manera tiene que reunir dos cosas que parecen contradictorias pero que son fundamentales: por un lado, el legado histórico de la sociedad del bienestar —que también se ha llamado de otras maneras—, que son esos valores que han sido penalizados durante los últimos treinta años en América Latina, y por otro, relacionarlo, conciliarlo con la búsqueda incierta de esa flexibilidad que la globalización y la tecnología exigen. Ese es un centro progresista, que es lo que le está faltando a América Latina como dirección.

Una segunda reflexión, es la siguiente: América Latina fue grande no cuando siguió recetas de las metrópolis, como ha sucedido en los últimos treinta años, sino cuando inventó. Cuando América Latina inventó fue grande. Esta ciudad, este país que nos acoge es un ejemplo de ello. En Argentina, la Generación del '80 -la gran Generación del '80- transformó La Pampa en una tan extraordinaria nación, que si en 1900 hubiera habido G7 hubiera sido uno de sus miembros. Brasil era un pequeño triángulo entre Ouro Preto, Belo Horizonte, Río y Sao Paulo, con el resto del Planalto abandonado, y Kubitschek cambió eso inventando Brasilia. Hemos hablado de Venezuela y nos hemos olvidado de que los venezolanos, en 1958 y 1959, también terminaron con una larga tiranía que era reflejo de viejas tradiciones autoritarias, y se pusieron de acuerdo en algo que no era previsible, que fue el Pacto de Puntofijo, que creó prosperidad. Los colombianos, en 1958 terminaron décadas de guerras civiles -crearon otros problemas, sin duda, pero terminaron esas guerrasporque fueron capaces de salir del corsé, de pensar fuera de la caja y de inventar el gran Frente Nacional, que les dio cuarenta años de prosperidad.

Simplemente planteo esa invitación a inventar, a ser libre de los esquemas ideológicos, para que América Latina vuelva a ser una referencia en el mundo ideológico, con la búsqueda de este centro progresista.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

Muchas gracias.

Embajador Magariños, usted que es un hombre de la modernidad, lo escuchamos.

Carlos Magariños

Muchas gracias, presidente.

Voy a aprovechar estos minutos para reforzar el mensaje que trabajamos con Alfredo Barnechea y Enrique Iglesias en el panel dedicado a la educación, en lo que tiene que ver con educar para la democracia y educar para el desarrollo, porque creo que se combina muy bien con lo que planteaba recién Rebeca Grynspan: esa necesidad de generar un intercambio de experiencias intergeneracionales y reforzar la formación de los ciudadanos en el siglo XXI.

Tenemos la percepción inmediata de que el sistema educativo tiene el propósito de transmitir conocimiento, y así es; pero, obviamente, en una época en la que el conocimiento fluye a una gran velocidad, y la información —como nos decía con toda propiedad Carlos Slimalcanza volúmenes muy difíciles de procesar, creo que es hora de pensar con más dedicación que antes, no solo desde el Gobierno, sino desde la sociedad en su conjunto, que el sistema educativo es un arma formidable para la transmisión de valores, sobre todo para la formación de esos demócratas del siglo XXI, que se las van a tener que ver con unas demandas de participación social mucho más altas, mucho más dinámicas de las que experimentó la democracia en el siglo pasado.

A veces perdemos de vista —lo digo con toda humildad, porque yo lo he aprendido aquí, en el Círculo, que en el siglo XX la democracia le ganó a los totali-

tarismos por un margen mucho más estrecho del que nos gustaría admitir. Fueron batallas muy duras, pero terminamos el siglo con la mayor cantidad de personas viviendo en sociedades libres de la historia de la humanidad.

Sostener ese desafío en un contexto de cambio permanente requiere pensar qué enseñamos, qué instrumentos usamos para enseñar -como bien me señalaba en el día de ayer el presidente González-, y cómo cerramos ese gap que el cambio genera entre la situación actual y aquel lugar al que queremos llegar. Yo creo que es muy importante cultivar esa miríada de movimientos sociales y políticos que aparecen regularmente, y cada vez con mayor velocidad, en la vida política de nuestros países; desgraciadamente, también desaparecen muy rápido. ¿Qué podemos hacer para sostenerlos, para asegurarnos de que se mantengan en el tiempo? Creo que una visión moderna del proceso educativo nos obliga a pensar en una organización molecular, digamos, que rompa el aislamiento institucional de la escuela para movilizar, sobre todo, conceptos éticos y cívicos, introduciéndolos en la vida cotidiana de la gente. Esto incluye pensar la democracia, no solo como la celebración de elecciones, sino como una forma de organizar la sociedad. Pensar la democracia como sociedad y la ciudadanía como un trabajo con características y cualidades públicas, y no solo como el ejercicio del voto y el voluntariado -que no es poca cosa-, nos obliga a pensar en los ciudadanos como cocreadores y productores de democracia, y no solo como consumidores de ella.

Estoy seguro de que este tipo de debate va a fertilizar en el surgimiento de iniciativas y va a transformar las políticas públicas.

Aunque no soy un especialista en el tema de la educación, me siento muy cómodo llegando a él desde las necesidades de progreso y crecimiento de nuestras sociedades. Cuando usted fundó este Círculo, recuerdo que hablábamos mucho de la necesidad de reflexionar porque enfrentábamos una época de cambios, y a lo largo de estos veintiún años esa época de cambios se transformó en un cambio de época. Por tanto, es muy necesario actualizar la inversión que hacemos en el presistema educativo y concebirlo, no como un proceso



que surge del Estado, sino como un mecanismo o una herramienta de la sociedad para construir sociedades más cohesionadas y justas.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

Es el turno de Natalio, que ha sido nuestro maestro de historia y de doctrina. Su exposición de hoy ha sido extraordinaria —al igual que las de sus colegas—, pero siempre hay algo más para agregar.

Natalio Botana

Querido Julio: como le dijo usted a nuestro estimado Belisario Betancur cuando le hizo un homenaje en la última reunión del Círculo de Montevideo: de lo que ha dicho recién, yo soy inocente, absolutamente.

Quisiera añadir un par de palabras a las muchas que he dicho esta semana. Voy a hacer una afirmación muy rotunda: este cambio científico-tecnológico, esta mutación civilizatoria de la que hablamos en el Círculo de Montevideo y en muchos otros lugares, es inevitable; está, no se va a ir, y lo más probable es que siga creciendo. Lo que no es inevitable es la calidad política, la traducción política que, como nosotros queremos, debe ser democrática y libertaria —y, por ende, liberal—de este proceso histórico.

Este es un llamado de atención, porque estamos viviendo una contrarrevolución en un período muy corto de la historia de la humanidad. La primera revolución fue el vapor, el ferrocarril y el telégrafo; la segunda vino montada, fundamentalmente, sobre el transporte automotor, el transporte aéreo y la electricidad; la tercera, que es la digital, empezó hace unos cincuenta años, y la cuarta ya se enfila hacia la robótica y la inteligencia artificial. El problema de fondo es que las anteriores revoluciones, de carácter industrial, no necesariamente se combinaron con la democracia. Es más: es imposible concebir el totalitarismo contemporáneo –Enrique Iglesias acaba de evocar el catastrófico año 1945– sin la Revolución Industrial. ¡Es imposible concebirlo! Y voy a decir una cosa muy cruel y muy tenebrosa: es

imposible concebir los hornos crematorios sin la Revolución Industrial. De modo tal que está en nosotros, en todos nosotros —en el mundo de la Academia, en el mundo de la política, en el mundo empresarial, en el mundo de la actividad social— hacer que esa traducción política sea lo más civilizada posible, y que a esta mutación civilizatoria la acompañe, como siempre hemos soñado en este Círculo de Montevideo, la gran «Ilustración del siglo XXI».

Nada más.

Julio María Sanguinetti

Darío Werthein: ante todo, ya sobre el final de este Encuentro, en nombre de todo el Círculo de Montevideo cabe agradecer, a usted, a todo su grupo, a toda su familia –porque su grupo es la familia– el esfuerzo y, la cordialidad con la que han acogido nuestros debates.

Le pediría que hiciera alguna reflexión final.

Darío Werthein

Muchas gracias, presidente.

En primer lugar, quiero agradecerles enormemente a todos ustedes el que hayan venido aquí. La verdad es que para nosotros, Argentina, representa una bocanada de aire fresco poder escuchar estas reflexiones en momentos en que nos estamos encaminando a elecciones.

En este debate se han repetido varias palabras: educación, tecnología, futuro, confianza —que es fundamental—, valores democráticos y libertad. Voy a tomar algunas frases que me han quedado o que he recogido de todo lo que venimos charlando.

Enrique Iglesias dijo que la educación y la información son hoy una cuestión política. No hay ninguna duda de eso. Uno de los desafíos más importantes que tenemos es cómo educar y capacitar a los ciudadanos para tener una democracia abierta, para que puedan participar en un mercado laboral flexible, que hoy es muy exigente.

Luego se incorporó la palabra «tecnología». Como dijo Macri: es la tecnología que revoluciona todo. Esto genera nuevas demandas ciudadanas. Creo que una conclusión importante es que para sumar tecnologías nuevas en la sociedad hace falta mucho coraje, mucha voluntad emprendedora, creatividad y, sobre todo, libertad.

Otra reflexión que me llamó mucho la atención la expresó el presidente Cardoso: «Internet ya no respeta los límites nacionales, ni las fronteras tradicionales de poder, ni la representación». Tenemos que manejar todas estas voluntades, todas estas energías de una manera que se encaucen hacia una democracia que nos favorezca a todos, porque todo esto hace que vivamos en un mundo de pocas certezas y muchas incertidumbres, pero estoy convencido de que hay grandes oportunidades frente a nosotros.

Una frase de Carlos Slim que me encantó fue la siguiente: «La tecnología ya no es una brecha, sino un puente que da acceso a oportunidades que antes eran impensables».

Estamos frente a una revolución tecnológica, como dijo Felipe González.

Dentro de estas revoluciones, en Latinoamérica tenemos una gran, gran oportunidad el año que viene, 2018, con la reunión del G20. Me sumo a lo que dijo el presidente Lagos en el sentido de que es una oportunidad para que Argentina —o Argentina, Brasil y México— puedan tener una sola voz y representar a Latinoamérica para llevarla al lugar que realmente merece en el mundo.

Agradezco a todos ustedes. Realmente ha sido un honor poder contar con vuestra presencia aquí, en Buenos Aires.

Julio María Sanguinetti

Alfred de Musset, el gran poeta romántico del siglo XIX, escribió un librito delicioso que se llama «Confesiones de un hombre del siglo», en el que dice que a los jóvenes de su tiempo se les presentan tres visiones:

por un lado, la de un pasado irremediablemente terminado, cuyos despojos fósiles todavía se siguen agitando para confundirlos; hacia adelante, los celajes de un nuevo tiempo, las auroras claras de un futuro con un lejano horizonte; y, en el medio, algo confuso, un siglo nuevo que tiene mucho del pasado, mucho del presente, y que, como el océano que separa a América de Europa, a veces se agita hacia un lado, a veces hacia el otro, y en esa confusión no sabemos si estamos pisando semillas o estamos pisando cenizas.

Creo que esto nos ubica, o resume, de algún modo, el espíritu de todas nuestras charlas. Nos ha quedado claro cuáles son las cenizas que definitivamente tenemos que enterrar: el personalismo, el cesarismo gubernativo, la corrupción pública y privada, la pérdida de la institucionalidad, las economías cerradas, los proteccionismos ciegos, abusivos y prebendarios. También tenemos claro dónde están las semillas: las semillas de una ciencia y de una tecnología que, como dice Botana con su claridad y lucidez sin par, debemos acomodar para poder mantener y preservar aquellos valores esenciales, que esos sí son eternos porque hacen a la condición humana. La ciencia no tiene moral; la ciencia es, no inmoral, sino amoral, porque no tiene por qué tener moral. La ciencia es conocimiento, es descubrimiento, es herramienta, es perspectiva; quienes le tenemos que poner moral a la ciencia somos los humanos, los que la vamos a aplicar, los que vamos a hacer de la energía nuclear, por ejemplo, una bomba destructiva o un gran instrumento para luchar contra el cáncer, porque ambas cosas son posibles. Repito: somos los humanos.

De modo que allí está el mayor desafío: el de darle a ese aluvión científico y tecnológico una dirección, un contenido moral, una herramienta para la superación.

Con estas palabras cerramos nuestro Círculo de Montevideo.

